

LESLIE CHARTERIS

se



Llamada para EL SANTO

Lectulandia

«Llamada para El Santo» es una colección de dos relatos de misterio, con los habituales ingredientes de acción y aventuras.

En «El rey de los mendigos», Simón Templar y su ayudante Hoppy coinciden con una actriz de teatro para investigar el asesinato de un mendigo y una red criminal que se aprovecha de los más necesitados.

En «El Ángel Enmascarado», un boxeador muere en el ring en extrañas circunstancias, y el Santo, Hoppy y Patricia Holm, la compañera/novia ocasional de Templar, lo investigan con la esperanza de impedir que el Ángel Enmascarado se lleve por delante a otra víctima.

Lectulandia

Leslie Charteris

Llamada para El Santo

El Santo - 27

ePub r1.0

Titivillus 11.06.2019

Título original: *Call for the Saint*
Leslie Charteris, 1948
Traducción: José María Cañas
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

EL REY DE LOS MENDIGOS

(The King of the Beggars)

CAPÍTULO I

—**L**os pecados de comisión —dijo Simón Templar— son muy malos para la víctima. Pero los pecados de omisión son, generalmente, mucho peores para el criminal.

La única respuesta perceptible fue el silbido de una bala cuando una BB rebotó en un jarrón imitación de Sévres que había sido cuidadosamente colocado en un rincón. Hoppy Uniatz encogió los hombros, que no habrían deshonrado a un gorila, se puso otra BB en la boca, y la expelió siguiendo la estela de su predecesora, con mejor puntería. Esta vez el silbido fue seguido por un débil sonido.

—He dado en el blanco —anunció orgullosamente—. Estoy mejorándome.

—Eso —dijo *El Santo*— depende del campo de esfuerzo del que estés hablando.

Mr. Uniatz no se sintió ofendido. Su velocidad y seguridad en el tiro podían ser altamente consideradas en algunos círculos, pero jamás había pretendido competir en torneos de sutileza. Todo cuanto *El Santo* decía le parecía bien.

Ni siquiera se había preguntado aún por qué permanecían en Chicago desde hacía tres días sin un claro objetivo. En los oscuros abismos de lo que superficialmente debe llamarse la mente de Hoppy había alguna vaga idea de que estaban ocultándose, aunque no podía comprender completamente por qué. Asesinato, incendio premeditado y robo no figuraban en las recientes actividades de *El Santo*, lo cual en sí mismo era una circunstancia desacostumbrada.

Sin embargo, Mr. Uniatz había pasado antes la mayor parte del tiempo en Chicago, y aún hallaba difícil caminar a lo largo de State Street sin encogerse

instintivamente en cuanto veía botones de latón. Si Simón Templar había decidido permanecer en la habitación de aquel hotel, probablemente tenía sus razones. La única objeción de Hoppy era que le hubiera gustado matar el tiempo en el teatro cómico que había tres manzanas al Sur; pero puesto que todo parecía estar en las cartas, se había comprado una bolsa llena de balas BB y estaba disfrutando de un infantil placer practicándose en hacer buena puntería.

Mientras tanto, *El Santo* se hallaba sentado junto a la ventana con unos potentes gemelos en la mano, mirando de vez en cuando a través de los lentes la calle de abajo. Mr. Uniatz no lo comprendía, pero no deseaba mostrarse indiferente sobre este particular.

—Jefe —dijo—, es posible que encuentre algún trabajo en los periódicos. Simón bajó de nuevo los gemelos.

—¿Y qué es lo que te gustaría encontrar? —preguntó con interés.

—No lo sé, jefe —confesó Mr. Uniatz—. Pero puedo mirarlo.

—Ciertamente eres una buena ayuda para mí —dijo *El Santo*.

Extrañas emociones se persiguieron a través de la poco atractiva cara de Hoppy, semejantes a las que hubiera expresado un hombre que hubiese recibido en el diafragma el topetazo de una invisible cabra. Su boca colgó abierta, y sus pequeños ojos mostraron una expresión de estupor.

El Santo tuvo un momentáneo escrúpulo de conciencia. Quizá su sarcasmo había sido indebidamente áspero. A menudo se extrañaba de hallarse ante tan inaudita sensibilidad.

—No te preocupes —dijo—. Muy pronto te voy a proporcionar bastante trabajo.

—Jefe —repuso Mr. Uniatz ansiosamente—, me parece que me he tragado una bala.

Simón suspiró.

—No creo que eso te haga daño. Una persona que ha comido tan increíbles cosas como tú, no tiene que preocuparse por haber ingerido un pequeño trozo de plomo.

—Sí —repuso Hoppy sin enterarse—. Bien, mire cómo hago blanco.

Ya con más seguridad, se metió en la boca otra BB y la expelió hacia el jarrón.

Simón cogió de nuevo los gemelos. Fuera, el tráfico susurraba levemente, diez pisos más abajo. De lejos llegaba el sofocado ruido del ascensor. Durante algunos segundos, estuvo mirando la calle atentamente.

Después dijo:

—Puedes continuar con el juego. Estábamos hablando de los pecados de omisión, ¿y acaso te has dado cuenta de esa mujer que hay al otro lado de la calle, cerca del callejón?

—¿Esa bruja? ¡Jefe, qué asco! —exclamó Mr. Uniatz—. Claro que me he dado cuenta de ella. Echo una moneda en su platillo cada vez que paso por su lado. —Hizo una mueca—. Antes de llegar a ser tan viejo prefiero morirme primero.

—Es una mendiga profesional. Pero no hace más que dos días que está aquí. En esa misma esquina antes había un ciego. ¿Qué crees tú que le habrá sucedido?

—Es posible que no fuera ciego, después de todo. Tal vez ella le ha obligado a abandonar la esquina.

El Santo sacudió la cabeza.

—Está pecando, Hoppy.

—¿A su edad?

—Pecados de omisión. Nunca está en la esquina por la noche. Y tampoco estuvo aquí el sábado por la tarde.

—Bueno, es posible que estuviera cansada.

—Los mendigos no están cansados en las horas más provechosas —dijo Simón—. La gente que acude al teatro es la que más limosnas da. Me pregunto por qué razón no está nunca aquí cuando más probabilidades tiene de obtener mayor cantidad de dinero.

Hoppy tuvo un relámpago de perspicacia.

—¿Será porque nosotros nos encontramos aquí?

—Estoy esperando. No sé qué..., ¡pero creo que es eso!

El Santo se había levantado súbitamente, dejando, caer los gemelos en la silla que parecía haberle expulsado con una rápida convulsión de sus muelles. Salió del apartamento antes de que Hoppy hubiera podido decidir qué debía hacer con la BB que tenía en la boca.

Aquel problema era demasiado difícil para ser resuelto de pronto. Hoppy estaba haciendo aún rodar la bala en la boca cuando se reunió con *El Santo* en el ascensor.

—Ésta es la primera vez que lamento vivir en un décimo piso —dijo Simón, oprimiendo con fuerza el botón. De sus ojos había desaparecido la expresión de pereza, y ahora eran como llamas azules—. Hoppy, yo voy a bajar a pie. Tú toma el ascensor. Si ganas la carrera, trata de descubrir por qué esa mendiga ha entrado en el callejón seguida por un hombre que parecía exactamente como si le hubiera puesto una pistola en la espalda.

—Pero... —empezó Mr. Uniatz, y cerró la boca cuando *El Santo* desapareció de su vista a través de una puerta en la que podía leerse: «Escaleras». Se aseguró de que llevaba consigo su *Betsy*, en la pistolera de cuero colocada bajo la chaqueta. Pero no expulsó la BB que llevaba aún en la lengua. Uno nunca sabe cuándo puede necesitar munición.

CAPÍTULO II

Simón Templar entró en el callejón e instantáneamente se encontró solo en extraño aislamiento. Dos manzanas más allá, sobre Michigan Boulevard, los coches corrían en un incesante tráfico y las gentes caminaban por las aceras, a salvo y seguras, porque docenas de ojos las miraban. Pero cuando él volvió la esquina del callejón, ese mundo cayó dentro de otra dimensión, y sólo resultaba patente por el ruido del tráfico delante y detrás de él, que no obstante, al mismo tiempo, resultaba aún más remoto por la seguridad de que un disparo probablemente no se oiría confundido entre los ruidos de Chicago. Y en el callejón donde había entrado no había nadie sino la vieja mendiga, el pistolero y él mismo.

El hombre estaba recostado contra una pared, frotándose los ojos furiosamente con la mano izquierda, mientras su derecha blandía agitadamente una pesada automática. También la mendiga sostenía una pistola, pero su dedo no estaba apoyado en el gatillo. Parecía estar intentando aproximarse lo bastante para apoderarse del arma del hombre. Su vestido andrajoso se estremeció grotescamente cuando dio un salto hacia delante con una sorprendente agilidad para una mujer que hacía unos momentos parecía estar entorpecida por una combinación de reumatismo, artrismo y senilidad.

Una vaharada de un olor agudo y acre hirió las cavidades nasales de *El Santo*. Supo que se trataba de amoníaco, e instantáneamente comprendió por qué el pistolero se frotaba tan frenéticamente los ojos. Pero la ventaja de una pistola de amoníaco sólo consiste en desarmar al enemigo, aprovechándose de la sorpresa. El pistolero no estaba aún desarmado y era muy probable que en cualquier momento comenzara a disparar desatinadamente.

El Santo cesó de correr, se apartó silenciosamente a un costado, y siguió andando de puntillas. Dio dos apresurados pasos hacia delante y dejó caer duramente el borde de su mano sobre la muñeca del pistolero, de forma tal que la automática rebotó en el suelo. Los veloces movimientos de *El Santo*

fueron ininterrumpidos, y cuando alargó la mano la culata de la pistola quedó en la palma de su mano. Escuchó durante un momento.

—¡Qué lenguaje! —observó reprobadoramente—. Corres el riesgo de morderte la lengua, Júnior.

Golpeó al pistolero ligeramente en el mentón con su automática, y los sonidos inarticulados que lanzó parecieron demostrar que la advertencia de *El Santo* había sido justificada.

La mendiga parecía una polichinela, cuyas cuerdas hubieran cesado de moverse. Sus ojos miraron a *El Santo* con indecisión, y sus entumecidas facciones se crisparon desagradablemente. Y, sin embargo, cuando *El Santo* la miró a su vez, sintió rebullir en su interior una absurda intuición.

—¿Qué se ha comido la vieja bruja? —inquirió Mr. Uniatz desde alguna parte al fondo—. ¡No se mueva! —Diestramente interceptó a la mujer cuando ésta hizo un rápido movimiento para ponerse a salvo—. Sin su mango de escoba no podrá escapar de aquí. Deme ese juguetito. Y procure no moverse de donde está.

El Santo acabó de dominar al pistolero. Entonces retrocedió un paso y miró de nuevo a la mendiga, con una pequeña arruga formada entre sus cejas.

Hoppy dijo:

—Eh, ¿qué clase de calentador es éste?

—Lanza amoníaco —contestó *El Santo*—. Júnior ha recibido una buena chorretada en los ojos. Me pregunto... —Miró a lo largo del callejón—. Quizá nos estamos demorando demasiado aquí. Este callejón puede ser muy bueno para cometer un asesinato, pero no es lo bastante íntimo para hacer una confesión, y quiero que Júnior me abra su corazón.

Júnior rechazó profanamente cualquier intención de hacer de Simón Templar su confidente. *El Santo* le golpeó de nuevo en la cabeza y dijo:

—Cállate. Seremos cariñosos compañeros antes de que te des cuenta —volvió sus claros y azules ojos hacia la mendiga, que permanecía en un profundo silencio—. Mi hotel está al otro lado de la calle —dijo—. ¿Querrás tener una charla con nosotros en él?

Por un instante sus ojos relampaguearon, sorprendentemente brillantes y alertas. Lo que Simón había ya advertido —la incongruente vitalidad bajo aquellos informes andrajos y entumecidas facciones— resultó inequívoca durante ese fugaz momento antes de que la máscara cayera de nuevo.

—No sé a qué se debe todo esto, señor. No sé nada. Yo tengo mis propias preocupaciones...

Simón dijo:

—Estará usted de regreso a tiempo para la representación.

Sus ojos buscaron su rostro. Cuando ella habló, su voz había cambiado. Era más profunda, más resonante.

—Muy bien —asintió—. Correré el riesgo.

—Creo que el ascensor será lo más indicado. Hoppy, si tú escoltas a la señora, yo te seguiré con Júnior.

—Muy bien, jefe.

Simón Templar cogió el brazo del pistolero y se lo torció diestramente hacia arriba.

—Vas a ser buen muchacho y vas a venir tranquilamente, ¿verdad?

—¡Váyase al infierno! —respondió Júnior.

Simón le retorció un poco más el brazo.

—No soy un hombre irrazonable —observó—. Te doy una elección. O cesas de forcejear y mantienes la boca cerrada, o te romperé el brazo y con ello tendrás un buen motivo para vociferar. Debo advertirte que tengo una debilidad por componer fracturas. Pero no creas que estoy tratando de coaccionarte. Eres perfectamente libre de elegir.

CAPÍTULO III

Júnior, porque así se le pidió, se sentó con las piernas cruzadas en el centro de la alfombra, con las sucias manos en el regazo.

—¿Debemos atarlo? —preguntó Hoppy.

El Santo tenía una idea mejor. Arrolló un trozo de alambre alrededor de los dedos pulgares de Júnior y unió los dos extremos.

—He aquí —dijo, retrocediendo unos pasos y mirando a Júnior—. Ahora está perfectamente a salvo. Además, después podemos necesitar la cuerda para ahorcarlo.

El cautivo permaneció silencioso, con su flaco rostro hurañamente fijo sobre la alfombra. Aparte del hecho de que se parecía asombrosamente a una rata, tenía pocas características por las que pudiera distinguírsele.

—Muy bien —dijo *El Santo*—. No lo pierdas de vista, Hoppy. Dale un golpe en los dientes si intenta levantarse.

Se acercó a un lado de la mesa y preparó una bebida con hielo y whisky. Luego su mirada se volvió a la mendiga.

La mujer había revivido. No hay otra palabra para expresar su estado. Incluso bajo sus remendadas y raídas ropas, su cuerpo se había quitado de

encima treinta años. Y sus ojos ya no eran apagados.

Preguntó:

—Usted es *El Santo*, ¿verdad?

Simón contestó:

—Tiene usted esa ventaja sobre mí. Yo no conozco su nombre... aún.

—Le he reconocido. Por eso he venido aquí.

—¿Qué desea beber?

Ella indicó con la cabeza el vaso que él estaba sosteniendo y Simón avanzó a través de la habitación y se lo entregó. Entonces supo que estaba en lo cierto. Sus dedos tocaron los de ella, y lo que sintió fue una prueba suficiente. Su mano era firme y, sin embargo, suave, de piel como la seda.

Había hecho un hermoso trabajo de caracterización. *El Santo* podía apreciarlo. La miró con absoluta franqueza. Y a través de los afeites y de las arrugas astutamente creadas, su rostro real empezó a destacarse como una clara y limpia escultura que ni siquiera el espeso maquillaje podía ocultar enteramente.

Ella desvió la mirada.

El Santo siguió mirándola fijamente. Luego murmuró:

“ Pequeño es el mérito
de la hermosura de la luz retirada.
Le pido que salga a la vista...”

Ella abrió la boca para hablar, pero Simón Templar continuó en voz baja:

“ Sufre por ser deseada,
y no se sonroja por ser admirada.”

Hoppy dijo:

—¿Eh?

Fue la risa de una mujer joven la que sonó entonces. Y no fue la áspera voz de la mendiga la que dijo:

—Mr. Templar, estoy empezando a comprender las razones de su reputación. ¿Cómo ha sabido que soy actriz? ¿No me ha reconocido?

El Santo se llenó un vaso, le entregó toda una botella a Hoppy, se sentó y estiró sus largas piernas.

—Acabo de comprender por qué no está nunca en su esquina durante las horas de las funciones. Una mendiga verdadera estaría. Es cuando más dinero se saca. Y el sábado por la tarde tampoco estuvo usted aquí. Supongo que tuvo una *matinée*. Pero no la he reconocido, no.

Ella dijo:

—Soy Mónica Varing.

El Santo elevó las cejas. Varing era uno de los grandes nombres, tan conocido en los círculos teatrales como el suyo en su campo particular. Drew, Barrymore, Terry, Varing..., todos ellos eran nombres que brillaban a través de las marquesinas de los teatros de todo el mundo. Durante diez años, Mónica Varing había sido esa rara cosa que se llama actriz..., no simplemente estrella, sino una seguidora de la tradición que perdura en el London Globe desde los anfiteatros griegos. Y además de eso, si él recordaba otros retratos de ella, era la más indisputable belleza de la escena moderna.

Ella indicó con la cabeza al hombre sentado sobre la alfombra y dijo:

—No sé si será conveniente seguir hablando ante él.

—¿Lo dice por si consigue escapar y hablar? —preguntó Simón con sus ojos azules en los que mostraba una débil expresión de regocijo—. No tiene que preocuparse por eso. Júnior no hablará indistintamente de ahora en adelante. Nosotros podemos arreglarlo, ¿verdad, Hoppy?

Hoppy dijo con convicción:

—Jamás he sabido de nadie que haya hablado después de haber sido arrojado al lago con los pies metidos en un saco de cemento.

—¡Escuchen! —gritó Júnior—. ¡No pueden hacerme eso a mí!

—¿Por qué no? —preguntó *El Santo*, y ante esta lógica pregunta, Júnior se quedó silencioso.

Mónica Varing dijo:

—Nunca había pensado que esto pudiera suceder. Había tendido una trampa, poniéndome yo misma como cebo...

—Empiece por el principio —la interrumpió Simón—. Con su predecesor, quiero decir. ¿Qué le ha sucedido?

Mónica contestó:

—Era John Irvine. Estaba ciego. Era director de escena en vodevil..., género en el que la mayor parte de nosotros comenzamos. El se quedó ciego hace diez años, y consiguió un permiso de mendigo. Siempre que yo actuaba en Chicago, lo buscaba y ponía algo en su platillo. Era una..., bien, una libación, en el sentido clásico. Pero no era solamente eso. Por muy largas que fueran mis jiras, John siempre podía reconocer mis pasos. Me saludaba y me deseaba suerte. Las noches de estreno siempre le daba cien dólares. Y yo no era la única. Muchos otros actores le recordaban...

—El último miércoles —continuó Simón por ella—, un tipo llamado John Irvine fue hallado muerto de un balazo en el callejón donde nosotros nos

hemos conocido. Antes de ser matado fue golpeado... Ha dejado viuda e hijos, ¿verdad?

—Tres hijos —dijo Mónica.

El Santo miró a Júnior, y su rostro no fue precisamente amistoso.

—Unos cuantos mendigos han sido apaleados en Chicago durante las últimas semanas. Los que han sido capaces de hablar han dicho la misma cosa. Algo acerca de un misterioso personaje llamado el Rey de los Mendigos.

—Los mendigos tienen que pagar a Su Majestad un porcentaje de sus ganancias —dijo Mónica amargamente—. Y si no lo hacen así son golpeados. El «gang» ha querido dar ejemplo con Irvine. La idea ha sido asustar a los otros. Esto le ha sucedido a él, pero podía haberle ocurrido a cualquiera de los otros mendigos. La Policía..., bien, ¿por qué habrían de darle importancia?

—¿Por qué se la ha dado usted? —inquirió Simón.

Ella afrontó su impersonal mirada no menos directamente.

—Usted puede crear que estoy loca, pero ha significado bastante para mí. La Policía tendría que ocuparse de ello, pero también sé que no se ocupará. No es lo que se dice un asunto sensacional, y ningún comité cívico va a desencadenar una lluvia de protestas si se desentiende del asunto. Yo soy buena actriz y sé caracterizarme, de forma tal que no se me reconocería a la luz del día. Pensé que podría descubrir algo. Prefería más coger a ese Rey de los Mendigos que ser estrella en una obra de éxito en Broadway.

—Yo también —dijo *El Santo*—. Y no es que me haya ofrecido nadie actuar en Broadway.

Este fue el toque de Robín Hood que indudablemente le haría morir algún día..., literalmente. El murmullo de un nuevo complot que no podía mantenerse fuera del alcance de su hipersensible oído, estaba volviendo a sonar como un interminable fermento de perversidad. Una fuerza terrible y nauseabunda que se cebaba en pobres y desamparados... Un complot a base de peniques, pero del que se podían sacar muchos peniques... *¿De modo que quieres ser mendigo, compañero? Muy bien, pero tendrás que pagar por ello, compañero. Necesitas tener protección, compañero. Nosotros procuraremos que no tengas competencia, ¿sabes? Pero tienes que inscribirte en la Asociación Protectora, compañero. Tendrás que pagar un impuesto. De otro modo, no sabes qué te puede suceder. Puedes ser expulsado de las calles; incluso puede que quedes muy mal herido, compañero. Nosotros te ayudaremos, pero tú tienes que pasar por el aro...* Y en alguna parte de la

cima, como siempre, una suave y gruesa araña se hacía aún más gruesa gracias a los que pagaban su impuesto al Miedo.

El Santo dijo:

—Por eso es por lo que estoy sentado en esta silla desde hace días. Por eso es por lo que la he estado observando a usted hasta que Júnior le ha hecho entrar en el callejón. Estoy intentando ascender un escalón más en la escala.

Mónica Varing repuso:

—Yo voy a descubrir...

—Tiene usted valor —la interrumpió Simón—. Lo sabemos. Pero esté asunto necesita algo más que eso. Requiere una cierta experiencia en terrenos peligrosos. Por ejemplo, conseguir que la gente confíe en uno. —Se volvió a su silencioso huésped—. ¿Quién es el Rey, Júnior?

Júnior pronunció cosas muy rudas.

—¿Ve usted? —dijo *El Santo*—. La atmósfera no está a tono. Tendremos que esperar hasta que yo haya hablado de hombre a hombre con él. Incluso lo sobornaré, si es necesario. Le presentaré a un buen dentista. Sé que no le agrada ser confundido por una rata cada vez que pasa un servicio exterminador. Además, estoy seguro de que no puede masticar convenientemente su alimento. Probablemente, la mala digestión le agrió el carácter en su juventud y le impulsó a una vida de crimen. Podremos arreglar eso. Le llevaremos a un dentista y le pediremos que le haga una buena dentadura. Y ahora, si quiere usted llamarme mañana...

Mónica Varing, ante su asombro, se encontró en la puerta.

—¡Espere un minuto! —protestó—. Yo he empezado esto...

—Y ha hecho usted un hermoso trabajo —dijo *El Santo* sinceramente—. Pero el vocabulario de Júnior puede herirla a usted cuando realmente comencemos a trabajar sobre él. Además le he prometido que no llegaría tarde a la representación. Mas podremos volver a vernos. ¿Querrá almorzar conmigo?

Cerró la puerta tras ella, y regresó donde estaba Júnior. Lo observó pensativamente.

—Jefe —dijo Hoppy, dando voz a una profunda entonación—, ¿quién habría pensado que ese viejo saco era una actriz?

—Aún podrá sorprenderte más la próxima vez que la veas —dijo *El Santo*—, aun cuando no use abanicos en su acto... Me ha dado una idea, Hoppy. Siento estímulos dramáticos...

Mr. Uniatz pareció sorprendido. Afortunadamente, antes de que pudiera hablar, Simón alivió su mente.

—Voy a ser actor. Voy a representar el papel de un mendigo. Después de todo, puedo ser un cebo tan bueno como el de Mónica Varing... Primero, desde luego, será mejor que pongamos a Júnior a buen recaudo.

—Eso va a ser difícil, jefe —dijo Hoppy dubitativamente—. ¿No estarán cerrados los almacenes de cemento?

—Entonces intentaremos otra cosa —repuso *El Santo* alegremente—. ¿No sabes dónde podemos tener a Júnior hasta que sean abiertos? ¿No sabes de ningún cálido y cómodo calabozo?

Hoppy pensó.

—Déjeme ver. Conozco a un tipo llamado Sammy the Leg.

—Entonces, toma el teléfono y llama a Samuel. Pregúntale si le gustaría tener un huésped en su casa.

—¡Escuche! —estalló Júnior—. ¡Yo no sé nada acerca de todo este lío de mendigos! La señora me ha hecho entrar en el callejón...

—Con tu pistola en su espalda —repuso Simón—. Lo he visto. Tú necesitas protección. Si a las mendigas les da por obligarte a entrar en callejones, no estarás a salvo hasta que te encuentres encerrado en un lugar donde no puedan encontrarte. Hoppy y yo sentimos que debemos cuidar de ti.

Apuró su vaso alegremente, mientras Mr. Uniatz hablaba de forma muy poco concreta.

—Todo está arreglado, jefe —dijo finalmente—. Podemos ir allí ahora mismo.

—¡Yo no iré a ninguna parte! —gritó Júnior desesperadamente.

—¡Qué cosas dices! —se burló *El Santo*.

CAPÍTULO IV

Dos millas al norte de Wheaton, Simón Templar lanzó su coche por un paseo bordeado por altos setos.

Incluso la fortaleza de *El Santo* se sintió ligeramente sacudida a causa de la sorprendente aparición de una casa que estaba agazapada como Tom de Bedlam en medio de bien cuidados céspedes. Simón no era una gran autoridad en materia de arquitectura, pero sintió que el hombre que había designado aquella excrecencia debiera haber recibido un balazo, preferiblemente en el cráneo. En otros tiempos había sido una mansión. Había una cuadra convertida en garaje, y los alojamientos de los sirvientes colgaban precariamente en la parte trasera de la gris estructura, como una giba extra

sobre un camello. Cúpulas, balcones, balaustradas, lobanillos, verrugas y otros escrupulosos fragmentos destacaban sobre la casa. Era un hermoso ejemplo del más destacado período de estilo no funcional.

—Aquí es —dijo Hoppy orgullosamente—. Era la más clásica mansión en el país cuando Capone vivía aquí.

Simón detuvo el coche, y sonrió animadoramente al turbado pasajero que viajaba detrás de él.

—No dejes que ese estilo rococó te asuste, Júnior —declaró—. Yo he visto depósitos de cadáveres que parecían clubs nocturnos. Desempaquéalo, Hoppy.

Mr. Uniatz, que constituía la otra media parte del sandwich cuyo jamón era Júnior, se había apeado ya del coche. Quitó de las rodillas de Júnior la manta de viaje y expertamente deshebilló la correa que había tenido inmovilizados los tobillos del pistolero.

—Vamos —dijo—. Yo he visto a mejores tipos que tú hablar aquí.

El desvencijado porche crujió bajo ellos. Hoppy tocó la campanilla, y casi instantáneamente algo parecido a un barril de cerveza cubierto con un cuero de piel negra apareció en la puerta y comenzó a golpear a Hoppy violentamente junto a las orejas. Simón observó sorprendido la escena. Aullidos, maldiciones y joviales amenazas espesaron el ambiente. Mr. Uniatz, con una horrible mueca hendiendo su rostro de antropoide, sostuvo un mortal forcejeo con su oponente, y de esa manera atravesaron el umbral y se desvanecieron en el interior de la casa. Sus gritos continuaron oyéndose más sofocados.

Tendremos que seguirlos —dijo *El Santo*, cogiendo a Júnior por el cuello—. No podemos quedarnos aquí afuera.

Tiró de su carga a través de la puerta, y comprobó que el alboroto había cesado y que Hoppy y el barril de cerveza estaban dándose golpes en la espalda, mientras maldecían furiosamente.

—¿Son éstas las reglas de Queensberry, o acaso necesitan un cuchillo? —preguntó Simón, con interés.

Una voz salió con violencia del barril de cerveza.

—¡Hola, amigo! —dijo—. De modo que usted es *El Santo*, ¿eh? ¿En qué clase de lío estás metido ahora, Uniatz? ¡Eh, deme la mano, compañero! Cualquier amigo de Hoppy es un compañero mío, camarada.

—Éste es Sammy the Leg —aclaró Hoppy innecesariamente.

—Venga la mano —gritó Sammy, aferrando con su garra la mano de Simón y sacudiéndola vigorosamente—. Vamos adentro. Tomaremos una

cerveza. Hoppy, piojoso hijo de una bruja, seguramente tendrás el gaznate seco.

Con gritos y exclamaciones cayó sobre Mr. Uniatz y se lo llevó más allá de una cortina de cuentas. *El Santo* los siguió a una discreta distancia, empujando a Júnior ante él.

Había una enorme y blanca nevera colocada en un rincón de un *living room* pasado de moda, y Sammy the Leg estaba ya extrayendo botellas y entregándolas. Se detuvo ante Júnior.

—¿Éste es el tipo que usted desea quitarse de encima? —preguntó—. Bien, para él no hay cerveza. Siéntese y cierre la boca.

Empujó a Júnior violentamente en las profundidades de una silla y se encaró con él.

El Santo se relajó y bebió cerveza. Su frío sabor le cosquilleó agradablemente la garganta. En aquel ambiente se sentía muy a gusto. Experimentaba la impresión de que ciertamente Sammy the Leg iba a gustarle mucho. El hombre tenía una cierta franqueza que era refrescante.

—Para un compañero —dijo Sammy; agitando su botella— estoy dispuesto a hacerlo todo. No necesita decir una palabra. Desde que compré esta casa, yo soy mi propio jefe. Nadie me ocasiona molestias. Yo tengo aquí un buen escondrijo en el que puedo mantener a un tipo de forma que nadie lo encuentre.

El Santo se repantigó más confortablemente. Hizo un ademán con la cabeza hacia su prisionero.

—¿Había visto a Júnior antes?

Los pequeños ojos de Sammy se clavaron en el espécimen.

—Es importado. No es uno de los muchachos de Chicago. Claro que puedo estar equivocado. ¿De dónde procedes, compañero?

—¡Vete al infierno! —contestó Júnior sin originalidad; pero su voz rechinó.

Sammy the Leg estalló en una risa estrepitosa.

—¡Mira que decirme que me vaya al infierno...! Es un guasón. ¿Le ha oído usted?

—Es un personaje —dijo *El Santo*—. Tengo la idea de que está trabajando para otro personaje. Alguien llamado el Rey de los Mendigos.

—Escuche, compañero —dijo Sammy cautamente—. Yo no sé nada. Yo simplemente alquilo habitaciones. Ahora voy a ir a dar un paseo. Cuando me necesite, toque esa campanilla que hay encima de usted, *Santo*. Entonces pondré a su compañero en un lugar seguro. Hay más cerveza en la nevera.

Hizo una mueca, y salió de la estancia.

Simón oyó el retiñido de la cortina de cuentas cuando recobró su posición normal. Volvió a retiñir de nuevo cuando Sammy the Leg asomó su rostro a través de ella.

—Hay un hornillo eléctrico debajo de ese estante y puede tostarle los pies en él —advirtió—. Eso dará resultado.

Se desvaneció, y *El Santo* miró especulativamente al indicado estante.

—No es una mala idea —pronunció lentamente—. Hoppy, ¿qué pasa con Sammy?

—¿Eh? —dijo Hoppy—. Ha salido.

—Sí. Ya me he dado cuenta. Lo que quiero es saber si estás seguro de si Sammy the Leg es digno de confianza.

—Escuche —dijo Hoppy, casi indignado—. Sammy y yo estuvimos juntos en Joliet.

Hizo esta afirmación más orgullosamente de lo que cualquier graduado en Harvard hubiera podido hacerla al identificar a uno de sus condiscípulos, y ante tales credenciales Simón se relajó.

—En ese caso —dijo—, ya puedes empezar a encender el hornillo.

Júnior abandonó de un salto su silla. *El Santo* no se levantó. Su pie salió proyectado hacia delante, y Júnior volvió a sentarse bruscamente.

—Dios mío —dijo entrecortadamente—. Usted no puede hacer...

Las cejas de Simón formaron un arco angelical:

—¿Por qué no? Los progresos en el terreno ortopédico aumentan constantemente. Y en cualquier caso podrás caminar hermosamente con una pierna artificial. Claro que puede que sólo necesites un pie. Eso depende de lo pronto que empieces a hablar.

Júnior dijo frenéticamente:

—Estoy diciendo la verdad. Aparte de mí ese maldito hornillo. Hablaré, ¿sabe? Por amor de Dios, hágame algunas preguntas.

—Aparta el hornillo, Hoppy —dijo *El Santo*—. De todos modos puedes dejarlo encendido. Puede que nuestro amigo aún lo necesite. De todos modos, sólo quiero que me respondas a una pregunta, Júnior. ¿Quién es el Rey?

—Créame —contestó Júnior ávidamente—. Desearía saberlo. Estoy metido en el asunto. Desde que empecé a viajar. A causa de mi salud. Pero nunca he visto al Rey.

Estaba diciendo la verdad. Simón lo sabía, porque era conocedor de tales casos. Júnior estaba evidentemente temeroso del poder del Rey, pero temía aún más a *El Santo*. Después de todo, Simón Templar estaba sólo a unos

pocos pasos de él, en tanto que el Rey de los Mendigos no lo estaba... por el momento.

Simón dijo:

—Me habría sentido sorprendido si hubieras dicho algo diferente en esta parte de la historia. Sin embargo, en tu mente debe haber unas cuantas perlas preciosas de información. Me gustaría oírlas. Empieza desde la primera vez que oíste hablar del Rey.

Júnior comenzó a hablar antes de que *El Santo* hubiera acabado. Al parecer, procedía de San Francisco. Viajando a causa de su salud unos cuantos meses antes, había llegado a Chicago y naturalmente había ido a parar a los más bajos fondos. Allí se le había acercado uno de los embajadores del Rey, que había quedado intrigado por el aspecto evidentemente criminal de Júnior.

—Pero nunca he visto al Rey —repitió—. Frankie es mi contacto.

—¿Frankie qué?

—Frankie Weiss. Yo soy simplemente un recaudador, eso es todo. Hago las rondas y recojo el dinero de los mendigos. Se lo entrego a Frankie y él me paga a mí. Eso es todo lo que tengo que ver con el asunto.

—Una hermosa y bien urdida historia —dijo *El Santo*—. Excepto en un punto. Te has olvidado contar por qué has obligado a miss Varing a entrar en el callejón.

—Ella era nueva. No se había unido a nosotros. Y me ha dicho que me fuera al infierno. Cuando algún mendigo se opone a pagar, nosotros tenemos que convencerlo —contestó Júnior débilmente.

—Supongo que generalmente se los convence dándoles una paliza —dijo *El Santo* ligeramente—. Por casualidad, ¿no te ha tocado a ti convencer a un mendigo llamado John Irvine?

—Yo no he tenido que ver con eso. ¡Lo juro por Dios!

—¿Entonces quién lo ha hecho?

Júnior tragó saliva.

—Ha podido ser Frankie.

Hubo un casi inaudible silbido, Júnior se llevó una mano a la mejilla con una sorprendente expresión, como si hubiera sido agudamente picado por algún insospechado insecto.

—Podría haberte dado en un ojo —dijo Hoppy Uniatz enigmáticamente—. Tú, piojoso bobalicón.

—No lo desanimas aún —dijo *El Santo*—. Dime, Júnior, ¿qué sucede cuando un mendigo acepta pagar?

—Bien, entonces pasa a pertenecer a la Sociedad.

—¿Sociedad?

—La *Metropolitan Benevolent Society*... Entonces yo lo llevo a Frankie. Pero esto es lo único que yo tengo que ver con el asunto. Frankie espera en su coche y se lleva al tipo a alguna parte. Después de eso, yo ya no tengo por qué preocuparme. Y no hago preguntas.

—¿Dónde te encuentras con Frankie?

—Cada vez en un sitio diferente. El próximo miércoles tendré que verle a las ocho de la noche en la esquina de State y Adams.

—Espero que no se sentirá muy desilusionado cuando vea que no apareces —dijo *El Santo* suavemente.

Júnior tragó saliva.

—Escúcheme —suplicó—. Se lo he dicho todo. He abierto la boca...

—Ciertamente lo has hecho —concedió Simón—. Lo que me preocupa es que pueda ser un hábito en ti. Y ciertamente no desearía que fueras a ver al Rey, o a Frankie Wiess, y les hablaras acerca de este pequeño *tete-á-tête* que estamos teniendo. De modo que, mientras decidimos si hemos de matarte, tendremos que mantenerte fuera de la circulación... ¿Quieres llamar a Samuel, Hoppy?

Mr. Uniatz resolvió este problema exponiendo sus cavidades nasales a un estentóreo bramido que hizo vibrar la araña de luces. Pocos segundos después Sammy the Leg entró, resplandeciendo hospitalariamente.

—¿Todo resuelto? —preguntó suavemente—. Oh... me olvidaba. Éste es Fingers Schultz. ¿Recuerdas a Fingers, Hoppy?

—Sí —contestó Hoppy—. ¿Dónde está?

Sammy se apartó a un lado, y reveló a un hombrecillo descolorido que miró parpadeando a *El Santo*. Hoppy dijo:

—Hola, Fingers.

Mr. Schultz movió la cabeza y siguió parpadeando.

Sammy the Leg dijo:

—No puedo llevar solo un asunto como éste. Fingers me echará una mano. —Pareció sorprendido—. ¡Eh! He hecho un chiste. Fingers...^[1] mano. No está mal.

Nadie rió. Simón inquirió:

—¿Podrá tener aquí unos cuantos días a Júnior?

—Estaré encantado —contestó Sammy—. Son veinticinco al día. Siempre cobro una semana por adelantado. —Extendió la palma de la mano—. Comida y habitación —explicó—. A usted le cobro un precio barato.

Simón abrió su cartera y puso bastantes billetes sobre la palma del otro.

—Gracias —dijo Sammy—. Si usted desea cesar de mantenerlo, hágalo saber, y puede que también nos cuidemos de eso.

—Se lo haré saber —aseguró Simón gravemente—. Vamos, Hoppy.

Al salir echó una última ojeada al pálido rostro de Júnior, cuyos ojos estaban muy abiertos.

CAPÍTULO V

Simón se citó con Mónica en el «Pump Room», y casi no la reconoció cuando el jefe de los camareros la condujo hasta su mesa. Los retratos que medio recordaba de ella la presentaban en una actitud de pose, y la última vez que la había visto a través de las candilejas hacía ya más de un año, con peluca empolvada y miriñaque.

Con el moderno vestido que llevaba en aquel momento no era menos hermosa, pero resultaba diferente. Y desde luego muchísimo más diferente que en el papel que desempeñaba la primera vez que se había encontrado con ella.

Cruzó el local hacia él con espléndida seguridad en cada uno de sus movimientos. Su modisto había hecho primores con su traje de tejido escocés, que ella llevaba diestramente para acentuar las líneas que se adivinaban bajo el tejido y que le quitaban a uno el aliento. *El Santo* se permitió contemplar admirativamente la exquisita y larga curva que descendía desde la cintura hasta la rodilla bajo la chaqueta de corte sastre. Las acostumbradas banalidades del encuentro parecieron más que ordinariamente vacuas cuando él se levantó para dejar que ella se deslizara en la silla colocada junto a la suya.

Ordenó cócteles para los dos, y después se hizo un pequeño silencio mientras Mónica Varing le miraba, y Simón se reclinaba en su silla y se concedía el placer de observar a Mónica Varing en todos sus destellos. Su admirablemente mudable rostro no era dos veces completamente el mismo, y la cálida vitalidad que irradiaba le daba a ella una trascendente viveza que los críticos no cesaban de alabar y los artistas intentaban en vano imitar. Tres generaciones de actrices llamadas Varing habían poseído esa íntima iluminación, pensó *El Santo*. Debía haberse perpetuado de madre a hija como una llama encendida prolongándose en una línea ininterrumpida.

En aquel momento parecía anhelante como una colegiala dominada por el aburrimiento. Mirarla era algo excitante, y también era excitante oler su perfume. El aroma que flotaba a través de la mesa era lo bastante esquivo para que Simón intentara aproximarse cada vez más a ella con objeto de identificarlo.

—Bien, Mr. Templar —dijo ella por último, con una voz tan suave que Simón sintió como si un dedo aterciopelado recorriera sus nervios haciéndolos vibrar—, ¿tiene usted la costumbre de mirar siempre a la gente de esa manera?

—Suelo hacerlo cuando se trata de alguien tan agradable de mirar como usted —respondió él descaradamente.

Ella puso una cara que demostró que no rechazaba enteramente el cumplido.

—Deme un cigarrillo —dijo—. Y hábleme de lo que realmente quiero oír.

Cuando él le ofreció su paquete y el encendedor, pensó en todo ello de nuevo.

Sabía muy bien que lo más cuerdo habría sido prescindir por completo de Mónica Varing. Era una mujer que estaba acostumbrada a actuar en escena. Había estado en el centro de su propio escenario lo bastante para sentir que el resplandor en que estaba envuelto su nombre le pertenecía por derecho propio, y su intento de mezclarse en el lío disfrazada de mendiga demostraba su fertilidad en recursos y su determinación, ya que no estrictamente su sensibilidad. Era improbable que permaneciera sentada tranquilamente y dejara a *El Santo* llevar a cabo su papel sin desear tomar parte en el asunto. Y el caso era que no podría salir al escenario a hacer sonrientes reverencias después de haber caído el telón tras una representación ante el Rey de los Mendigos.

A *El Santo* le había dicho todo esto su lógica. Pero la impaciencia de verla de nuevo, sin su disfraz, había sido más fuerte que cualquier lógica. Y ahora que ella estaba allí con su hermosura a pocas pulgadas de él, toda su lógica se convirtió en algo casi insensato.

—Realmente no hay mucho que decir —repuso, tratando de soslayar el tema.

—¿Qué sucedió anoche? —preguntó Mónica, inclinándose hacia adelante distraídamente y dando unos golpecitos con sus largos dedos sobre la mesa—. Recuerde, éste era un asunto mío antes de que usted se inmiscuyera.

—Yo tenía la impresión de que estaba abierto al público —replicó él—. Me decidió a tomar parte en él la creencia de que iba a ayudar a una anciana.

Estaba observando el caso antes de aquello, y estoy dispuesto a seguir observándolo. Quiero ver qué hombres están implicados en el embrollo. El Rey se protege de modo extremo. Conseguir aproximarse a él puede llegar a ser peligroso.

—Usted no puede prescindir de mí. Quiero *hacer* algo, *Santo*. Yo tenía una poderosa razón para mezclarme en este asunto, si usted no lo ha olvidado.

Él alzó una ceja y sus ojos se iluminaron con una expresión atractivamente impertinente.

—Ha tenido usted su probabilidad. No sé aún dónde voy a necesitarla más.

—Aparte de sus ojos esa mirada perversa —dijo ella— y trate de llenar la cuestión. ¿Qué ha logrado saber por Júnior?

—Me temo que no mucho.

Le dijo lo que había llegado a saber, no reservándose sino la dirección de Sammy the Leg. Desde luego no era mucho lo que hubiera podido retener.

—Yo creo que Júnior ha sido decente... tan decente como puede ser —concluyó—. El Rey no duraría mucho si cualquier tipo como Júnior pudiera poner su dedo sobre él. En la única cosa que Júnior ha podido mostrarse reacio a hablar es en la participación que él haya podido tener en el asesinato de Irvine. Podemos arrancárselo, pero no creo que tuviera ningún valor ante un tribunal. De modo que probablemente tendremos que matarlo, para estar seguros.

Su tono fue lo bastante grave como para que ella sintiera un estremecimiento.

—Entonces quizá consigamos más si yo continúo representando mi papel de mendiga —dijo, pero *El Santo* sacudió la cabeza.

—Me desagrada tener que criticar su actuación, pero opino que el papel tiene que ser representado de otro modo. Y es un modo que tiene sus riesgos, riesgos que yo no permitiré que usted corra.

Eso llevó tres días. Frankie Weiss no acudió a su cita con Júnior el miércoles por la noche; y, después de que *El Santo* hubo esperado una hora, empezó a sentir una familiar sensación en la raíz de los cabellos. Ese expediente había fallado. Lo mejor que podía esperar era que la desaparición de Júnior de sus acostumbradas guaridas hubiera sido informada sin hacer sospechar a Frankie otra cosa sino que Júnior había abandonado la ciudad... llevándose el dinero.

Pero debía haber otros agentes además de Júnior, y en eso fue en lo que se basó el plan de Simón.

Por las noches se convirtió en mendigo. Se hizo una cuidadosa caracterización que a él le resultó mucho más fácil que a Mónica Varing, por el hecho de que no tenía que desfigurarse tanto como ésta. Unas pocas y diestras líneas le pusieron diez años en el rostro, y una carencia de expresión y unos lentes negros le dejaron medio preparado para desempeñar el papel. Un viejo traje adquirido en una casa de empeño de Halstead Street, un bastón blanco, un sombrero machacado, un platillo de estaño y un manojito de lápices, así como unas cuantas manchas de mugre artificial aplicadas a su rostro — porque un ciego no puede usar espejo—, y estuvo listo para sufrir cualquier escrutinio. Hopsy se acercaba en determinados momentos para charlar con él, y continuaba sus prácticas en el arte de expulsar BB. Cuando caminaba a lo largo de las calles hallaba más satisfactorio trabajar con blancos vivientes, y su puntería se mejoraba de modo prodigioso.

Simón continuaba comiendo con Mónica Varing, pasaba magníficas tardes en su compañía, y recenaban después de las funciones de teatro. De modo completamente natural se hizo costumbre para ellos aceptar que debían comer juntos cada día y cenar y lo mismo al otro día, al otro y al otro.

De ese modo tres días pasaron más rápidamente de lo que puede decirse, y mientras hablaban del Rey de los Mendigos, una muy diferente comunidad de intereses comenzó a remplazarle como el principal eslabón entre ellos.

Fue Mrs. Laura Wingate quien le trajo suerte a *El Santo*.

O quizá fue Stephen Elliott, aunque el filántropo de cabellos grises no fuera el que echó la moneda en el platillo de Simón.

—Pobre hombre —dijo con simpatía una voz melosa—. Siempre me siento muy apenada por los ciegos. Tenga.

Era una mujer que parecía extraída de un dibujo de Mary Petty, sobresaliente a proa y a popa, con mucho vello en la barba y una mirada de determinada caridad. El hombre era un cero a la izquierda a su lado, flaco y silencioso, con la mirada fija abstraídamente en las más remotas distancias y los dedos manoseando la cadena de reloj que se extendía a través de su chaleco.

—Gracias —murmuró *El Santo*—. Dios la bendiga, señora.

—Oh, no tiene importancia —repuso la voz melosa, y, de pronto, se rió tontamente—. Yo siempre *siento* que debo dar algo a los pobres infortunados.

—¿Cómo? —El hombre dejó de manosear la cadena de su reloj—. Laura, vamos a llegar tarde.

—Oh, querido. Por supuesto...

Siguió andando, con sus ridículamente altos tacones golpeando afanosamente y meciendo exageradamente las caderas.

Hoppy Uniatz, que justamente en aquel momento había llegado a hacerle una de sus visitas, se inclinó contra la pared junto a *El Santo* y se estiró para mirar en el interior del platillo.

—Una puerca moneda de diez centavos —observó con disgusto—. Y yo podría conseguir diez de los grandes justamente a la vuelta de la esquina por las joyas que lleva.

—Es el espíritu lo que cuenta —dijo *El Santo*—. ¿No la has reconocido?

—No es otra de esas actrices, ¿verdad?

—No. Pero no hace todas sus limosnas con monedas de diez centavos. Es Mrs. Laura Wintage. Últimamente la he visto retratada en los periódicos. Ayuda a Stephen Elliott... el abstraído caballero que has visto con ella.

—¿Qué es lo que hacen?

—Fundan misiones y casas para los pobres. Filantropía... Date un paseo, Hoppy —dijo *El Santo* abruptamente, y los párpados de Mr. Uniatz se agitaron.

Pero no se volvió a mirar. Lanzando un gruñido sacó una moneda, la echó en el platillo de estaño, y se alejó.

—Dios le bendiga —dijo *El Santo*, más alto esta vez.

Otro hombre se detuvo frente a él. Era alto, de rostro áspero y rigurosamente vestido. Sus cabellos rubios se mostraban bajo un sombrero costoso. Un fino bigotillo acentuaba las delgadas líneas de su boca curvada en el labio inferior.

Simón entonó:

—Ayude a un pobre ciego... ¿Me compra un lápiz?

El hombre dijo:

—Deseo hablar con usted.

—¿De qué, señor?

—Usted es nuevo aquí, ¿verdad?

Simón asintió.

—Sí, señor. Un amigo me dijo que ésta era una buena esquina... y precisamente no hace mucho que ha muerto...

—Está bien —le interrumpió la voz áspera del otro.

No hay duda de que ha muerto. ¿Sabe por qué ha muerto?

—No, señor.

—No era listo. Por eso ha muerto. Puede que usted sea más listo. ¿Qué le parece?

—Yo... no comprendo.

—Se lo diré. ¿Ha oído alguna vez hablar de la *Metropolitan Benevolent Society*?

Simón movió su cabeza lentamente, con los desvalidos movimientos de los ciegos.

—Soy nuevo en la ciudad —contestó en tono quejumbroso—. Nadie me ha dicho...

—El tipo que está a la cabeza es el Rey de los Mendigos.

Estas palabras sonaron de modo irreal en el mecánico alboroto de una calle de Chicago. Era algo que pertenecía a los tiempos de François Villon. Sin embargo, el fantástico título brotó fácilmente de los delgados y torcidos labios del hombre rubio, pero sin el superficial hechizo de aquel período. En términos actuales fue tan fríamente siniestro como el cañón de una pistola. Simón tuvo un momento de fastidio, un deseo de apartarse del maligno, pero fue puramente un movimiento interno. Por todas las apariencias era aún el mismo: un mendigo ciego, un poco asustado ahora, y muy inseguro de sí mismo.

Incluso su voz fue chillona y vacilante.

—He... he oído hablar de él, Sí señor. He oído hablar de él.

El hombre rubio dijo:

—Bien, el Rey me ha enviado a mí especialmente para invitarle a unirse a la Sociedad.

—Pero suponga que yo no...

—Le conviene. El tipo que tenía esta esquina antes que usted tampoco quiso unirse. ¿Se da cuenta?

El Santo no dijo nada. Luego, muy lentamente, asintió.

—Listo muchacho —dijo el hombre rubio—. Vendré a recogerle a las diez de la noche aquí mismo.

—Sí, señor —murmuró Simón Templar.

El hombre rubio se alejó.

CAPÍTULO VI

—**É** se era Frankie —anunció Mr. Uniatz unos pocos minutos después—. No ha cambiado mucho.

—Frankie mismo, ¿eh? —sonrió Simón—. Bien, por fin vamos a movernos. Frankie va a iniciarme en la *Metropolitan Benevolent Society*, y es

muy posible que consiga ser presentado al Rey.

—Y entonces le dará el pasaporte, ¿eh?

—¿Sabes, Hoppy? Nunca he cometido un regicidio. —Por un breve segundo el rostro del mendigo ciego mostró la misma expresión que había servido de anuncio al fin de más de una odiosa carrera—. Puede ser una nueva sensación... Pero no será tan fácil.

—Si yo consigo aproximarse a él con mi *Betsy*...

—Lo malo es que no estás invitado. Y podría parecer extraño si me presentara con una escolta. Esta vez tu trabajo consistirá en espiar.

Le dio más detalladas instrucciones.

A las diez de la noche los beneficios de *El Santo* ascendían a cuatro dólares, veintisiete centavos y una guía de Los Ángeles, cuyo valor sería de unos seis centavos. Como esperaba ser registrado, no llevaba ningún arma letal, ni siquiera el ligero cuchillo de mango de marfil que en su mano era tan veloz y mortal como una pistola. Llevarlo hubiera sido cometer una equivocación, y nada habría sido más estúpido que lanzarse extemporáneamente a un asalto frontal.

A las diez ignoró cuidadosamente al discreto y negro sedán que avanzó silenciosamente y se detuvo a unos pocos pasos de él. Las facciones del conductor estaban en la sombra bajo un sombrero con el ala bajada, pero las manos quietas sobre el volante no eran las de un Rey. Simón pensó que las uñas eran demasiado sépticas para pertenecer a la realeza, incluso a una realeza de granujas. Además, la realeza nunca conduce sus propios coches, excepto en los casos raros como el ex rey Alfonso. El hecho es que *El Santo* miró a través de sus gafas negras y aparentemente no vio a Frankie Weiss salir del coche y acercarse hacia él.

El hombre rubio no parecía más risueño y afectuoso que antes de comer. Su boca de tiburón sin duda se había abierto para coger un sabroso bocado y en lugar de ello se había tragado una vieja bota. Mr. Weiss se detuvo ante *El Santo* y le miró.

Simón hizo retiñir su platillo.

—Socorra a un hombre ciego, señor.

—Deje de actuar —dijo Frankie—. Supongo que me recuerda.

El Santo vaciló.

—Oh. Oh, sí. Usted es el hombre que... Conozco su voz. Pero yo soy ciego.

—Puede ser —dijo Frankie escépticamente—. Será mejor que me acompañe.

—Por... sí, señor. Pero me gustaría saber un poco más acerca de este negocio.

Frankie aferró a *El Santo* por el brazo con huesudos dedos que se clavaron deliberadamente en la carne.

—Vamos —dijo, y *El Santo* sólo tuvo tiempo de asegurarse de que Hoppy Uniatz estaba en su puesto media manzana más allá antes de hallarse en la parte trasera del sedán y de que el ruido de la portezuela al cerrarse le entregara irrevocablemente a su capítulo de la aventura.

El aspecto del chófer le confirmó en su opinión de que el hombre era un subordinado. Simón tuvo pocas probabilidades de estudiarlo más atentamente, pues cuando el coche se puso en movimiento suavemente Frankie quitó de la nariz de *El Santo* los lentes de cristal negro, los dejó caer en el regazo de Simón y los reemplazó con una venda de elástico totalmente opaco. Simón deslizó los lentes en un bolsillo y alzó una mano en señal de protesta.

—¿Por qué hace esto? No necesito que se me venden los ojos.

El chófer se rió brevemente. Pero el tono de Frankie no tenía ningún regocijo cuando dijo:

—Puede ser. Y puede ser que no.

—Pero...

—Olvédelo —dijo Frankie—. Resérvelos para los policías. ¿Cree acaso que nos importa si es usted ciego o no? Un tipo tiene derecho a ganarse la vida. —Una desagradable burla sonó en su voz ahora—. En ese punto nosotros no tenemos nada que ver con las autoridades. No nos preocupamos acerca de dar permisos a los mendigos. Si usted es lo bastante listo para engañar a la policía, la cosa está bien... siempre que no intente engañarnos a nosotros.

—Sí —dijo el conductor, riendo de nuevo—. Este tipo parece ser bastante listo, ¿verdad, Frankie?

—Cállate —ordenó éste sin rencor—. Naturalmente que lo es. Pero nadie te lo ha preguntado a ti.

Sus manos se posaron sobre *El Santo* y exploraron eficientemente cada pulgada de la cabeza a los pies sin dejar por registrar un lugar donde un arma hubiera podido ser ocultada.

Simón dijo defensivamente:

—No comprendo esto. ¿Dónde vamos?

—A una especie de alojamiento —contestó Frankie—. Usted tiene que ser presentado y juramentado.

Simón intentó reconocer la ruta sirviéndose del oído, pero incluso un hombre nacido y criado en Chicago se habría sentido al final desconcertado a causa de las vueltas que el coche estaba dando. Confió en que no fueran lo bastante confusas para despistar a Hoppy a despecho de su capacidad en seguir pistas que, junto con su celeridad en el tiro, eran los pocos legados útiles de su vocación durante la época de la prohibición.

Una media hora después, por lo que *El Santo* pudo juzgar, el coche se detuvo y la portezuela se abrió con un golpe seco. Simón se llevó una mano a la venda que le tapaba los ojos, pero Frankie le dio un bofetón en ella. Con la misma crueldad anterior le aferró el brazo de nuevo y lo condujo a través de una área pavimentada donde el viento soplaba suavemente contra su cara. Ahora apenas se oía ruido de tráfico, y el aire tenía el claro olor de un distrito residencial.

Una puerta se abrió y se cerró. Simón pudo oír el eco de sus pasos, y luego otra aldaba sonó, y fue guiado por unos escalones descendentes.

—Muy bien, vuélvase hacia las luces —dijo Frankie, dejando de agarrarle por el brazo—. Quédese donde está.

El Santo se quedó quieto, y en la pausa que siguió oyó unos suaves pasos y algunos susurros, semejantes a los que hubiera podido producir un pequeño grupo esperando en consciente silencio.

Después la venda le fue quitada de los ojos, y una luz penosamente intensa resplandeció directamente en su rostro.

No hizo ningún gesto, aun cuando el resplandor fue brutal. La nueva ceguera que hubo de padecer representó muy poca diferencia. Sabía que hubiera sido imposible ver más allá de aquellos focos en cualquier circunstancia. Era el sistema usado por la policía, pero con una diferencia. Permanecía inmóvil, sabiendo que unos ojos estaban, estudiándole desde detrás de las luces, pero que no eran los ojos de los guardianes de la ley y del orden. Pertenecían a compañeros de Júnior y le examinaban con objeto de averiguar si era espía de una banda contraria, o simplemente para conocer sus facciones.

Una voz comenzó a hablar, artificialmente falseada a través de un micrófono.

—Bien venido a la *Metropolitan Benevolent Society* —dijo untuosamente—, una organización designada para prestarle toda ayuda y protección que usted pueda necesitar...

Fue un pequeño discurso que parecía estar grabado en un disco, según pensó Simón. Igualmente se dijo que había sido usado muy a menudo, hasta

el punto de convertirse en parte de una rutina regular. De nuevo la llamarada de monstruosa incongruencia brotó a través de él a causa de la situación: despiadados asesinos haciendo un discurso piadoso. Pero su rostro no mostró otra cosa que una expresión ligeramente vacua.

La voz continuó diciendo que la mendicidad era una de las más antiguas y honrosas profesiones, que los antiguos monjes la habían practicado respetablemente, como hoy día lo hacía el Ejército de Salvación, pero que en esta época la práctica individual estaba en peligro a causa de toda clase de arbitrarias persecuciones. Y por ese motivo todos los mendigos tenían que asociarse para salvaguardar los derechos que individualmente no podían ser defendidos. Debido a ello, todos los mendigos profesionales se habían visto obligados a asociarse y establecer un local privado para su confraternidad.

Y esta confraternidad, por supuesto, era la *Metropolitan Benevolent Society*.

El Santo hubo de admitir que todo aquello sonaba muy bien. Ahora le era posible ver un poco más a través de las vertiginosas manchitas que flotaban ante sus maltratadas retinas, pero no era mucho lo que había que ver: solamente parte de una habitación con desnudas paredes de cemento, y una puerta en una de ellas, también se veía sobre el suelo un altavoz portátil, cuyos hilos desaparecían detrás de las luces.

—En pago a nuestra protección, usted entregará la mitad de sus ingresos diarios a Big Hazel Green, encargada del «Hotel Elliott», en donde se le dará alojamiento a un precio nominal. Ella será su contacto con el cuartel general, y le suministrará todas las informaciones precisas y le asignará su territorio. Una cosa más... —La voz se hizo más untuosamente amistosa que nunca—. No intente engañarnos. Será observado constantemente, y cualquier violación de nuestras reglas será severamente castigada. Si tiene alguna pregunta que hacer, Frankie se la contestará.

Simón tenía muchas preguntas que hacer, pero sabía que aquél no era el momento oportuno para preguntar. Se dio cuenta de que no había subestimado la precaución del Rey. Aun suponiendo que estuviera ahora aquí, cosa que Simón dudaba más que nunca, Su Majestad o cualquiera de sus consejeros privados le habrían metido un balazo como a un conejo antes de que hubiera podido atravesar la protección de las luces.

No era cosa de hacer un apresurado jaque mate. No era siquiera el momento de dar jaque.

—No, señor —respondió débilmente—. No tengo que hacer ninguna pregunta.

—Vámonos, pues —dijo Frankie.

Volvió a ponerle la venda de elástico y otra vez le aferró por el brazo. De nuevo oyó el ruido de la aldaba, y subieron los escalones. Otra vez sintió el viento frío y el cemento bajo sus pies.

Algo sonó en el bolsillo de *El Santo* y rodó por el suelo. Simón se detuvo y se inclinó, tanteó vacilante, pero la mano de Frankie le hizo ponerse en pie de nuevo. La sospecha sonó en su voz.

—Eh, ¿qué es lo que se propone?

El chófer dijo:

—Sólo es que se le ha caído medio pavo al tipo. Aquí está.

—Lo siento —balbuceó Simón—. Creo que estoy..., algo nervioso.

Esto lo manifestó con convicción, y los dos hombres se rieron brevemente.

—De ese modo no se hará rico —dijo el chófer, y puso la moneda en la mano de *El Santo*—. Vamos. Daremos otro paseíto.

—¿Adónde?

—Por ahí —contestó Frankie—. Daremos unas vueltecitas. Y luego lo llevaremos al lugar donde le hemos recogido. Es sencillamente una pequeña precaución para que no vuelva sin ser invitado. Al Rey no le gustan los visitantes.

CAPÍTULO VII

Simón tenía ya encargados unos cócteles cuando Mónica Varing llegó al «Buttery» al mediodía del día siguiente. Era la mujer más puntual que jamás había conocido. Lo cual era agradable, e igualmente le complació que las bebidas estuvieran a punto, recientemente refrescadas, en el preciso momento en que entró en el local.

—Bien —dijo él, cuando ella se sentó y mientras tenía sus manos cogidas —, desde anoche ambos podemos considerarnos fraternalmente.

Sus hermosas cejas se elevaron un tanto.

—¿Qué es lo que he hecho?

—Ha sido una figura retórica —explicó él apresuradamente—. No me siento fraternal en absoluto. Pero ahora soy un miembro acreditado de su fraternidad de mendigo. Incluso he tenido una audiencia con el Rey.

—Dígamelo todo.

El Santo se lo contó.

—Cuando dejé caer la moneda —concluyó— fue la señal a Hoppy de que todo estaba bajo control y que tenía que tomar la dirección del lugar. Él lo hizo todo muy bien, pues no consiguieron despistarle con las maniobras zigzagueantes a través de la ciudad, y después regresamos a la casa e hicimos un pequeño trabajo de escalada. Desgraciadamente no obtuvimos grandes resultados. Es una casa vacía. Estaba el altavoz en el suelo y un micro en la habitación de abajo, pero nada más excepto los focos.

—¿A quién pertenece la casa? —preguntó Mónica. Y *El Santo* se encogió de hombros.

—Estoy intentando descubrirlo. Mientras tanto tenemos otra pista. Ésta es esa Big Hazel Green, administradora del «Hotel Elliott». ¿Y sabe usted a quién pertenece ese hotel? A Stephen Elliott.

—¿Stephen Elliott? ¿El filántropo?

—Eso es lo que se dice. En cualquier caso, el hotel Elliott es más o menos una institución caritativa, de acuerdo con las investigaciones que he hecho. El asunto es: ¿Sabe Elliott que su administradora es un oficial de enlace del Rey de los Mendigos?

—¡Oh! —dijo ella lentamente—, ¿puede Elliott ser el Rey?

El Santo movió la cabeza.

—Justamente como una historia de detectives. Pero esas cosas suelen suceder... Me gustaría tener una charla con el hermano Elliott, de un modo no oficial.

Mónica frunció la frente.

—¿Puedo ayudarle?

—Esta mañana he leído en los ecos de sociedad que Mrs. Laura Wingate va a dar un cóctel hoy. ¿La conoce usted?

—No, pero estoy segura de que conozco a alguien que tiene amistad con ella. Déjeme que haga unas cuantas llamadas telefónicas.

Simón llamó a un camarero, y encendió un cigarrillo para ella mientras traían un teléfono y lo colocaban en la mesa. Después él se fue a una cabina telefónica e hizo una llamada particular.

—¿Hoppy? —preguntó—. ¿No has conseguido aún el informe de esa compañía de bienes raíces?

—No, jefe. —La voz de Mr. Uniatz, que nunca se había distinguido por la pureza musical de su tono, tenía un acento preocupado que fue registrado por el sensitivo oído de *El Santo* justamente un segundo antes de que explicara abruptamente su causa—. Hay un polizone aquí, jefe. No sé qué hacer, pero él quiere hablar con usted. Sólo que no tiene ningún mandamiento.

—Para eso no se requiere ningún mandamiento —repuso *El Santo*—. Si desea escuchar mi dulce voz, podemos complacerle. Déjale que se ponga, Hoppy. Todo está en orden.

—Así lo espero —murmuró dubitativamente Mr. Uniatz.

Después una voz fría y vibrante sonó en el oído de *El Santo*.

—¿Mr. Templar?

—Sí.

—Soy el teniente Alvin Kearney. Me gustaría verle a usted para tratar de un asunto.

Simón dejó escapar una lenta bocanada de aliento.

—¿Está usted haciendo suscripciones para los fondos de la Policía? —inquirió amablemente—. Si es así, puede contar conmigo. Esa costumbre de quitar de en medio a los viejos policías me ha parecido siempre innecesariamente cruel.

—¿Qué? —dijo Kearney—. Escuche, Mr. Templar. Deseo verle a usted.

—Ya lo ha dicho. Acerca de un asunto. Pero precisamente en este momento estoy ya viendo a alguien acerca de un asunto. Quizá si usted me dice la naturaleza de ese asunto suyo me mostraré más cooperativo. ¿Cómo sé que es importante?

—Tenemos un muerto en el depósito de cadáveres y queremos que lo vea. Eso es todo.

—¡Ah! —dijo *El Santo*, y permaneció en silencio mientras encendía pensativamente un cigarrillo—. Me gustaría verlo, teniente. Siempre he dicho que Chicago es una de las más hospitalarias ciudades del mundo. Pero he visto ya el Instituto de Arte, el Campo de Marshall y el Museo de Historia Natural, y no creo que necesite ver un cadáver para que aumente mi amor por la ciudad. A menos que tenga dos cabezas. ¿Tiene dos cabezas?

Kearney contestó obstinadamente:

—Sólo tiene una cabeza y queremos que lo vea. Yo soy cortés, Mr. Templar. Pero ha de saber que puedo dejar de serlo.

Simón lo sabía. Había oído ese tono de voz antes. Y antes.

Y además se sentía definitivamente curioso.

—Lo sé —murmuró—. Precisamente es lo mejor de su naturaleza. Bien, haría cualquier cosa por hacerle a usted feliz. ¿Cuándo y dónde quiere que eche una ojeada a ese cadáver?

—Si puede ir al depósito ahora mismo, nos encontraremos allí. Se lo agradeceré.

—De acuerdo —dijo Simón—. ¿Le parece bien dentro de veinte minutos?

—Por mí no hay inconveniente. Gracias, Mr. Templar.

—De nada —contestó *El Santo*, y se dirigió más sobriamente a la mesa.

Mónica había acabado sus llamadas. La oscura riqueza de sus cabellos se estremeció cuando alzó la cabeza para mirarle.

—Ya está arreglado —anunció alegremente—. Iremos con los Kirklands. No les he hablado de usted. Será una sorpresa.

Simón dijo:

—Espero que pueda serlo. La Policía acaba de comunicarme algo importante. —Se sentó—. Ha sido hallado un cadáver, y parece que desean que lo identifique. No comprendo por qué creen que yo puedo suministrarles los indicios necesarios. No es mi cadáver ni el suyo ni el de Hoppy. De eso podemos estar seguros.

El rostro de ella sólo se hizo un poco más pálido, lo cual pudo haber sido un reflejo de la luz en su piel de camelia.

—Entonces, ¿quién puede ser?

—Yo pienso en tres personas —dijo *El Santo*—. Y Stephen Elliott no es una de ellas.

CAPÍTULO VIII

La última vez que Simón Templar viera al hombre que yacía en la losa del depósito de cadáveres había sido en la sala de recibo de Sammy the Leg. El rostro de rata de Júnior era tan poco atractivo en la muerte como en la vida..., menos aún, a causa del pequeño agujero ribeteado de azul que desfiguraba su frente. Cuando *El Santo* lo miró, sintió la apremiante necesidad de desmaterializarse, de deslizarse, como el humo, hacia la casa cercana a Wheaton y acosar a preguntas a Sammy. Aparentemente, Hoppy tenía pensamientos análogos, pero no parecía estar en condiciones de articularlos.

El teniente Alvin Kearney era un hombre muy alto y delgado con salientes ojos castaños y una nuez de Adán que no cesaba de agitarse. Parecía principalmente fascinado por el cadáver, con una manera obtusa y desesperada.

—¿Lo conoce? —inquirió.

—¿Qué le hace pensar que pueda conocerlo? —replicó Simón cautamente.

—¿No lo ha visto nunca? —insistió Kearney.

El Santo contestó lastimeramente:

—Raramente conozco a tipos con balazos en la frente. Ofrecen un aspecto tan lamentable que me desasosiegan.

Kearney cerró la boca y movió la nuez de nuevo. Sus mejillas se oscurecieron un poco.

—Es usted muy gracioso —dijo—. Quiero una respuesta directa.

Los inocentes ojos azules de Simón miraron francamente a Kearney.

—Lo siento —dijo—. No puedo ayudarle. No puedo ni siquiera decirle cuál es el nombre del hombre. ¿Quién es?

—No lo sé —respondió Kearney—. Hasta ahora no ha sido identificado.

—¡Oh! ¿No tenía en su mano una nota diciendo que sus restos me debían ser enviados?

—No —contestó Kearney—. No obstante, hay algo que le vincula a usted. Lo hemos hallado en una casa situada al norte de Theaton. ¿Qué dice a eso?

El Santo sacó un cigarrillo y lo hizo girar entre sus dedos, corrigiendo pequeños fallos en su redondez. Su rostro no mostró más reacción que un ligero fruncimiento pensativo; pero un súbito vacío se había hecho justamente bajo sus costillas. Siempre le había parecido evidente que Kearney no le había llamado por simple y cívica hospitalidad. Ahora, al ser descubiertas las cartas, esa evidencia resultó indiscutible. Pero todo procedía de una dirección tan fantástica que *El Santo* se sintió como caminando en la oscuridad.

Dijo:

—Espere un minuto, teniente. ¿Dice que ha hallado a este tipo *en* la casa?

—Yo, personalmente, no. Pero desde luego estaba en una habitación del sótano.

—¿Las batidas de los vigilantes de Policía locales incluyen en su jurisdicción el *interior* de las casas?

Kearney contestó:

—No, naturalmente. Nos ha avisado una llamada telefónica. Un aviso anónimo. Lo acostumbrado. Nosotros le damos a eso una importancia rutinaria, pero el hecho es que en la casa estaba este tipo.

—¿No hay ninguna pista? —preguntó Simón.

—¡Pistas...! —Kearney mascó la palabra—. Bueno..., puede haber una. Hemos sabido a quién pertenece la casa.

Estaba mirando fijamente a *El Santo*. Simón simplemente movió la cabeza y mostró un cierto interés en su mirada.

Kearney añadió:

—Pertenece a un tipo llamado Sammy the Leg. Es decir, perteneció hasta ayer. Ha sido traspasada. Ahora pertenece a Mr. Simón Templar.

¡De modo que consistía en eso...! El vacío bajo las costillas de *El Santo* se llenó bruscamente con una extraña pesadez.

Era como una pesadilla, absurda, imposible; era algo que, lógicamente, sólo podía sucederle a un perro. Sólo teóricamente podía simpatizar con las emociones de ese hipotético sabueso vigilando a algún can rival extrayendo un hueso enterrado a muchas millas de distancia del terreno originalmente enterrado..., y discerniendo que el hueso era una especie de trampa que se le había tendido.

De algún modo se las ingenió para encender un fósforo y acercarlo a su cigarrillo sin temblar lo más mínimo.

—Alguien debiera habérmelo dicho —murmuró—. Siempre he deseado ser propietario de una finca.

—No sabe nada acerca de ello, ¿eh? —dijo Kearney—. Soy lo bastante amable para creer que no lo sabía. ¿No ha conocido nunca a Sammy the Leg?

El Santo sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no. Y tampoco he firmado ningún contrato de traspaso.

—Vaya, vaya... Esto parece representar una contrariedad. Tenemos una gran cantidad de antecedentes sobre Sammy.

—Kearney sacó una libreta y una pluma. —¿Le importa firmar esto? Deseo comparar algunas firmas.

Simón escribió su nombre cortésmente.

—Si me muestra el contrato, podré decirle con toda seguridad si es una falsificación. En efecto, puedo decírselo desde ahora.

—No puedo creer en su palabra —dijo Kearney francamente—. Admito que parece una mala jugada, y bastante sucia. Pero, no obstante, debemos asegurarnos. Usted tiene una cierta reputación, *Santo*.

—Así lo tengo entendido —repuso Simón—. Me sorprende que no me encierre.

Súbitamente Kearney sonrió burlonamente.

—Hemos pensado en ello. Pero el comisario ha dicho que no. En algún tiempo debió hacer usted algo en su favor.

Lo cual era cierto. Pero Simón no contestó a la pregunta que la observación implicaba. Estaba mirando fijamente el cadáver de Júnior.

—¿No vive nadie en esa casa de Theaton?

—Nadie ha aparecido por ella desde que hemos recibido la llamada.

No se comprende, con la falta de viviendas que hay —dijo Simón lentamente—. ¿No cree que debieran haber estado alrededor de ella como hormigas, tan pronto como el cadáver ha sido sacado...? Bien, parece que alguien me ha adoptado como heredero. Lo único que lamento es no poder ayudarlo. No obstante, si logro descubrir algo, se lo haré saber. ¿Le parece bien?

Kearney respondió:

—Desde luego. Por supuesto, si esto es una mala jugada, eso significa que usted está mezclado. Podría significar que alguien anda tras usted. Probablemente no sabe por qué, ¿verdad, *Santo*?

La actitud de Simón cambió. Se inclinó hacia delante confidencialmente.

—Bueno —dijo—, si me promete que esto va a quedar entre nosotros, y no será publicado, puedo decirle que estoy ocupado en una pequeña cruzada.

Kearney abrió los ojos.

—¿Sí?

—Sí —contestó Simón, y acercó más su boca al oído del detective—. No diga ni palabra de ello, pero estoy decidido a matar a todo el mundo en Chicago.

Regresó al hotel y le contó a Hoppy la historia. Las mandíbulas de Mr. Uniatz se contrajeron con mayor fuerza a medida que Simón iba hablando.

—No lo comprendo —dijo finalmente Mr. Uniatz, haciendo una gran confesión.

—Ni yo tampoco —repuso *El Santo*—. Afortunadamente, tampoco lo entiende Kearney. Pero no es tonto. No creo que haga preguntas equivocadas. Está sobre la verdadera pista, ¿sabes?

—¿Sí? —dijo Hoppy.

—Sabe que estoy mezclado en algo. Y por ahora no puedo dejar que la Policía intervenga en esto. Si lo hiciera, el Rey se apresuraría a ocultarse. Mientras Su Majestad crea que sólo hay un hombre tras sus huellas, no se asustará y, por lo tanto, no emprenderá una retirada estratégica. ¿Nunca has intentado desprender de una roca una anémona marina?

—¿Para qué hubiera podido yo querer una cosa como ésa? —preguntó Hoppy apenadamente.

El Santo consideró solemnemente la pregunta.

—Si necesitas un motivo, podemos decir que la anémona había asesinado a una tía tuya. El nombre de la tía era Abigail. Su vida era cada vez más difícil porque hacía objeto de chantaje a las anémonas. ¿Está claro esto?

—Desde luego —respondió Hoppy, satisfecho.

—Si escarbas de prisa, puedes arrancar la anémona. Pero si no eres lo bastante ligero, se contrae y se convierte en un nudo tan cerrado que no puedes hacerte con ella. Yo no quiero que el Rey se retraiga de ese modo.

Hoppy dijo:

—Seguro.

—Espero que el Rey no sepa que yo soy el mendigo ciego. Es un punto de ventaja. Y no creo que la mala partida que me ha jugado tenga probabilidades de conseguir sus efectos. —Simón frunció el ceño—. Pero..., puede que sea más listo de lo que yo creo. Tenemos que esperar y ver qué pasa. A lo mejor podemos coger una anémona para...

—¡Eh! —le interrumpió Hoppy súbitamente—. ¿Qué es una anémona?

Simón decidió que lo más prudente era dejar morir la cuestión.

—Lo que necesitamos saber es cómo ha sucedido todo esto —dijo ceñudamente—. ¿Quién ha hecho qué a quién? ¿Júnior escarbó a través de la pared y logró escapar? Entonces, ¿quién lo ha quitado de en medio y ha llamado a los polizontes? ¿Hay algo malo acerca de ese tipo llamado Fingers Schultz? ¿Quién ha hablado mucho a quién..., y ha mezclado mi nombre en el asunto? ¿Y cuánto es lo que se ha dicho? Lo más importante de todo es saber quién ha hecho huir a Sammy.

—Sammy no tiene nada que ver con todo esto —dijo Hoppy con decisión—. Yo garantizo a Sammy con mi ojo derecho. Si él firma un recibo, lo firma.

—No nos ha firmado ningún recibo —señaló Simón.

CAPÍTULO IX

El Santo había supuesto que la choza de Mrs. Laura Wingate en Lake Shore Drive sería verdaderamente suntuosa; pero no estaba preparado para admirar las perspectivas que se abrieron ante él cuando salió con Mónica Varing del ascensor y vio el lujoso ambiente.

—¡Dios mío! —dijo casi aturdido en el momento en que se abría paso a través de la bullente muchedumbre—. Mónica, ¿está segura de que no nos hemos equivocado de sitio?

—Creo que no. Hemos podido cruzar la puerta sin obstáculo alguno. Todo el mundo está aquí.

Esta observación pareció perfectamente correcta. A través de la amplia terraza, habían sido colocadas diversas mesas, quitasoles playeros ponían en el ambiente su alegre nota de color, y las secas gargantas se abastecían en las

bandejas llenas de cócteles. *El Santo* tomó dos martinis y compartió su botín con Mónica.

—Déjeme echar una ojeada a esto —sugirió—. No sé exactamente lo que busco, pero hay un modo de descubrirlo. Si da usted con una pista, tal como un cuerpo rígido con el mango de un cuchillo sobresaliendo en la espalda, silbe tres veces.

—Yo no sería tan optimista —dijo ella—. Los sirvientes deben estar muy bien adiestrados como para dejar escombros sobre el césped. Sin embargo, antes de que acabe el día habrá aquí más de un cuerpo rígido.

Al decir esto, Mónica señaló a un muchacho que estaba tragándose de golpe vaso tras vaso con la desesperación de un dragón flamígero tratando de alimentar sus llamas.

Se deslizaron entre las conversaciones, en busca de un remanso entre los otros huéspedes y con objeto también de separarse de los Kirklands. *El Santo* examinó a la gente sin hallar nada que diera dirección a sus preguntas no formuladas aún. La reunión parecía estar compuesta por los ingredientes más imparciales: artistas viejos, jóvenes, hombres de negocios y políticos, mezclados con sus esposas, concubinas y prometidas. Fue exasperante para él no hallar ni una pequeña muestra de aroma siniestro en la mezcla.

Entonces, a través de un claro en la muchedumbre, vislumbró una blanca cabeza que se parecía a Stephen Elliott, y condujo a Mónica hacia él. Pero antes de que hubieran adelantado algo la gente volvió a apartarse, esparciéndose como una ola ante la embestida de una monumental figura que se lanzó sobre ellos como un trasatlántico. Simón pensó que podría detenerse a tiempo, antes de que los aplastara con su monstruoso pecho.

—Creo que la conozco —gritó Mrs. Wingate, ignorando a Simón para concentrarse en su compañera—. Debe ser Mónica Varing. ¡Imagínese!

Mónica sonrió y dijo:

—Me temo que no he sido invitada, Mrs. Wingate, pero he estado con los Kirklands esta tarde y han insistido para que viniera con ellos. Espero que a usted no le importe.

Representó el papel de una dama con tan perfecta sujeción y tanto encanto que incluso Simón se sintió impresionado, en tanto que Mrs. Wingate casi se desmayaba.

—Estoy encantada. ¿Cómo podría importarme? Hace mucho tiempo que admiro su arte, mi querida miss Varing... ¡Oh! ¿Un cóctel?

Agitó las manos frenéticamente y un sirviente apareció con una bandeja. Ofreció bebida a Simón el último, y la atención de Mrs. Wingate se dirigió a

la escolta de Mónica.

—¡Oh, querido...! Creo que le conozco a usted también —dijo, y se rió de un modo irremediable—. Estoy segura de que le conozco, sí. Tengo una memoria terrible para los nombres.

—No hay ninguna razón para que conozca el mío —dijo *El Santo* amablemente—. Yo tampoco he sido invitado. He venido con miss Varing. Mi nombre es Templar. Simón Templar.

—Simón Templar... —repitió Mrs. Wingate, mirándole a lo largo de su nariz—. Por algún motivo, me es familiar. ¡Oh, ya lo sé! Es el senador de...

Detrás de *El Santo* una voz profunda, suave y ligeramente melosa, dijo:

—No, Laura. En absoluto.

Stephen Elliott se unió al grupo con una especie de benévola disculpa que recordó a *El Santo* a un empresario de pompas fúnebres asociado con el muerto.

Visto sin el obstáculo de los lentes negros a través de los cuales *El Santo* le había observado la primera vez, tenía un fresco tinte colorado en sus largas facciones aristocráticas, muy semejantes en perfil a las de un caballo bien alimentado, lo que sugería que acababa de darse un masaje facial. Su piel confirmaba esa impresión con una suavidad que hacía indudable que se dedicaba la misma atención diaria. Cualesquiera que pudieran ser sus otras filantropías, era evidente que debía ser una bendición para su barbero.

Simón lo admitió en su círculo con una amabilidad que no contenía ninguna sugerencia de reconocimiento.

—Ahora no soy objeto de la curiosidad pública —dijo—. Pero hubo un tiempo en que lo fui más bien penosamente.

Mrs. Wingate le miró fijamente.

—No puedo recordar los nombres, pero tengo una memoria admirable para los rostros... Yo... ¡Oh, no! Por supuesto que no.

Pero sus ojos mostraban perplejidad.

La implorante sonrisa y la voz innaturalmente suave de Stephen Elliott indicaron que era mejor decir lo que dijo:

—Mr. Templar es *El Santo*, Laura. Seguramente has oído hablar de *El Santo*.

—¡Oh, cielos! —exclamó Mrs. Wingate, perdiendo su pose y llevando una de sus manos al zafiro que colgaba sobre su elefantino pecho.

—Mi querida Mrs. Wingate —dijo *El Santo* ligeramente—, aun cuando estuviera desempeñando activamente mi profesión, jamás se me ocurriría arrebatarse zafiros de una garganta tan hermosa.

Mrs. Wingate se rió entre dientes, pero apartó su mano del colgante más bien con repugnancia.

—Seguramente usted no... Quiero decir...

Miró a su alrededor con aprensión. Simón le sonrió.

—Incluso Jack «El Destripador» tenía sus horas sociales —dijo—. Por favor, considere que éste es uno de mis momentos de honestidad. No tiene que temer por sus zafiros, por su plato o por su honor, aunque este último...

Miró sonriente a Mrs. Wingate, quien volvió a reírse tontamente de nuevo, sin darse cuenta de que la frase hubiera podido acabar de diversas maneras y, por lo menos, la mitad de ellas muy poco lisonjeras.

Elliott se presentó a sí mismo.

—Puesto que Laura está aturdida, será mejor que haga yo mismo las presentaciones —dijo gravemente—. ¿Miss Varing? ¿Cómo está usted? Conocer a dos figuras tan notables es un verdadero acontecimiento. Debemos celebrarlo tomando algo juntos.

Hizo señas a un sirviente que pasaba en aquel momento con una bandeja.

—Por el crimen— sugirió *El Santo*, y todos bebieron, aunque Mrs. Wingate no pudo evitar mostrar una expresión de sorpresa.

—Por el crimen —repitió Elliott—. Me sorprende oír eso de usted, Mr. Templar. Creía que *El Santo* había cambiado de idea hace tiempo.

—Acabamos de tener una guerra —repuso *El Santo*— y es una cosa muy importante. Pero ahora he vuelto a dedicarme a solucionar mis propios apuros. Puede llamarlos usted mis privados problemas de reconversión... En realidad, ahora estoy trabajando en un caso, y debo decir que no he perdido mucha de mi destreza.

—¿Un caso? —preguntó Elliott.

—Sí. Probablemente le interesará a usted, a juzgar por el trabajo que está haciendo entre los pobres de Chicago. ¿Ha oído alguna vez hablar de alguien llamado el Rey de los Mendigos?

Simón pronunció la frase con perfecto descuido, y tan ligeramente como si no esperara observar ninguna reacción.

No le habría servido de nada si lo hubiera esperado. Las cejas de Stephen Elliott apenas se elevaron un poco, en tanto que Mrs. Wingate irguió la cabeza como si se hubiera puesto en entredicho su posición en el Registro Social, y contestó:

—Eso es fantástico. Enteramente fantástico. Yo he oído rumores, por supuesto, pero... Mr. Templar, usted *debe* darse cuenta de que tales cosas son..., son...

—¿Fantásticas? —sugirió Simón.

—En mi opinión, no son tan fantásticas —contestó Stephen Elliott por ella—. Ciertamente hay una especie de organización criminal que extorsiona a los pobres de Chicago. No estoy ciego, Mr. Templar. ¿Pero hasta qué punto está extendida la cosa?

Simón se encogió de hombros.

El rostro de equino de Elliott mostró una expresión de desagrado.

—Yo lo sé —dijo por último—. Es un asunto pernicioso, cualquiera que pueda ser su magnitud. Debería acabarse con él. ¿Y dice usted que está tras ello?

El Santo lanzó mentalmente al aire una moneda, y decidió seguir tratando la cuestión.

—Sí. Pero aún no he podido descubrir mucho. Me pregunto si usted no podría ayudarme.

Elliott frunció los labios.

—Me temo que los pobres no me hablarían a mí acerca de eso. Es difícil romper el muro de reticencia que un hombre socialmente infortunado ha erigido a su alrededor. Haré preguntas, si eso puede servirle de alguna ayuda.

—¿No se siente usted lo bastante interesado para hacer algo más que preguntas? —inquirió Mónica.

—Éste es un asunto que concierne a la Policía. Creo que puedo obtener mayores resultados procediendo a mi propio modo... Naturalmente, si puedo ser de alguna utilidad...

Mrs. Wingate exclamó abruptamente:

—¡Usted es el mendigo ciego!

Esta vez *El Santo* observaba a Elliott. Vio que un tremendo asombro se reflejaba en los ojos del hombre. Él mantuvo sus propios reflejos bajo una inmóvil máscara de bronce y esperó, mientras Laura Wingate continuaba hablando.

—No lo comprendo. Estoy *segura* de que no puede tratarse de una equivocación. Pero..., pero... Yo *nunca* olvido una cara, Mr. Templar. ¿Por qué diablos...?

La mano de Elliott se movió hacia la cadena del reloj extendida a través de su chaleco.

—¿Qué es lo que quieres decir, Laura?

—Estoy segura de que debo parecer muy estúpida. Pero, Stephen, tú *sabes* que tengo una memoria fotográfica. Creo que tú venías conmigo... ¡Ayer! Mr. Templar...

La moneda había caído, y no había ni una problemática probabilidad de zafarse de los resultados. Pero él había sido siempre un jugador dispuesto a poner las cartas sobre la mesa y mandar al diablo las estratagemas complicadas.

Se relajó totalmente, y sonrió a Laura Wingate con absoluta amabilidad.

—Está usted perfectamente en lo cierto —dijo—. A veces trabajo de incógnito. En realidad, estoy tratando de obtener alguna información acerca de la organización del Rey. Para hacer esto, tenía que disfrazarme de mendigo. Espero que sabrá guardarme el secreto.

—¡Oh, Dios! —exclamó Mrs. Wingate casi sin aliento—. ¡Qué romántico!

Stephen Elliott conservó su suavemente preocupada expresión.

—Puesto que está trabajando en algo que, al parecer, es secreto —dijo moderadamente—, supongo que será mucho mejor no hacerle más preguntas. Si Mr. Templar ha emprendido realmente esa caza, y su presa se enterara de ello, podría ser extremadamente peligroso para él. Quizás incluso —lanzó a *El Santo* una mirada deliberadamente medida— fatal.

—Jamás se me ocurrirá decírselo a nadie —protestó Mrs. Wingate—. ¡Simplemente, desearía no ser tan curiosa!

La atención de Elliott permaneció sobre *El Santo*.

—En efecto —dijo—, no estoy seguro de que sea prudente que usted continúe con ese proyecto. A juzgar por lo poco que he oído, el Rey de los Mendigos protege su absoluta soberanía tan cruelmente como cualquier déspota. Yo siento una gran admiración por las hazañas de usted, y me desagradaría saber que le había sucedido algo.

—Gracias —contestó Simón—. Yo también soy un gran admirador de ustedes.

Elliott vaciló, mirándole fijamente.

—Apenas estamos en la misma categoría...

—Me refiero a sus obras de caridad. El «Hotel Elliott», por ejemplo...

El filántropo asintió.

—Estoy intentando seguir un plan —dijo, y una mirada ligeramente fanática apareció en sus ojos—. Admito que las muchas casas de alojamientos que poseo en Chicago no son de la misma clase que el «Palmer House», pero creo que tengo más huéspedes en mis diversos establecimientos que cualquier hotel corriente de Chicago. El gran número de necesitados exige que uno suministre pan, no bollos de crema.

—No obstante —dijo *El Santo*, sosteniendo firmemente la mirada del otro —, al que proporciona el pan debe serle muy difícil sostener la situación si no impone algún tributo al necesitado por el privilegio de recibirlo.

—Yo sólo puedo trabajar con mis limitaciones y a mi propio modo...

Mrs. Wingate estaba al margen de la conversación, tirando figurativamente de la chaqueta a Elliott.

—Debe haber rosas también —observó, y todos la miraron sin comprender.

Finalmente, Simón dijo:

—*Chacun à son gout*^[2].

Y pronunció la frase de una manera tan significativa que Mrs. Wingate movió la cabeza muchas veces con intensa solemnidad, como si hubiera oído al papa afirmar un histórico dogma.

—No sólo de pan vive el hombre —dijo—. Stephen se preocupa de los cuerpos de los pobres. Mi interés está en sus almas. Los desgraciados también tienen alma, ¿sabe? Yo intento llevar algo más que pan a sus estrechas y oscuras vidas. Me gustaría... ¡Stephen! ¿Qué te parece?

—¿Qué, Laura?

—Estoy segura de que usted deseará ayudarnos, Mr. Templar. Es notorio por sus buenas obras...

Elliott dijo:

—Notorio es quizás una palabra equivocada, Laura. Y, si me está permitido decirlo, las buenas obras de *El Santo* no están exactamente en la misma línea de lo que nosotros estamos intentando hacer.

Mrs. Wingate continuó hablando excitadamente, como si ni siquiera le hubiera oído.

—Y usted también, miss Varing..., por supuesto. ¿Sabe? Estamos intentando que los desgraciados disfruten un poco de bienestar. Eso les da incentivo. Algunas veces organizamos para ellos pequeños entretenimientos. Mañana por la noche habrá uno en el «Hotel Elliott»...

—En el comedor...; —dijo Elliott secamente—. No debes darles la impresión de que aquello es como el «Drake».

—Pero es una habitación *enorme* —prosiguió Mrs. Wingate, sin desanimarse—. Habrá canciones, y café, y..., y..., discursos. Sería sencillamente maravilloso si ustedes dos asistieran durante unos momentos. Si usted pudiera hacer una interpretación, miss Varing, y si Mr. Templar pudiera..., esto...

—¿Qué es lo que podría hacer yo? —preguntó *El Santo* pensativamente—. Una lectura sobre el modo de alcanzar buena puntería no creo que fuera lo más indicado.

—¿Qué le parece un discurso demostrando que el crimen no rinde? —sugirió Elliott, al parecer formalmente, si bien *El Santo* no habría podido asegurarlo.

Mrs. Wingate unió sus manos ante su busto.

—¿A las ocho y media? ¡Se lo agradeceríamos *tanto*...!

—Me temo que las ocho y media es la hora en que yo debo salir a escena —dijo Mónica, con un excelente aire de lamentarlo mucho—. De otro modo habría asistido con mucho gusto.

Mrs. Wingate parpadeó.

—¡Oh, naturalmente! Lo había olvidado. Lo siento. Gracias, querida. —Olvidó completamente a Mónica y se volvió hacia *El Santo*—. Pero usted sí que podrá ir, ¿no es verdad, Mr. Templar?

Simón sólo vaciló un momento.

—Estaré encantado —dijo—. No creo que pueda poner mucha pasión en el discurso hasta que decida cambiar de vida, pero haré lo que pueda. ¿Sabe usted? —añadió, dirigiéndose a Elliott—. La experiencia me ha enseñado que el crimen ciertamente rinde bastante. Pero, como he dicho antes...

—¿*Chacun à son gout*? —sugirió Elliott sin sonreír.

—Es cierto —dijo Mrs. Wingate vagamente—. ¿Hace otro cóctel?

CAPÍTULO X

Simón dejó a Mónica en el teatro y regresó a su hotel para recibir un informe puramente negativo del desanimado Hoppy Uniatz. Había pasado la tarde vagabundeando por diversas salas de billar y bares donde tenía viejos conocidos, y donde Sammy the Leg también era conocido. Que su peregrinación hubiera hecho poco para satisfacer su crónica sed era comprensible: la industria destiladora llevaba años intentando en vano contender con ese prodigioso apetito. Pero que su sed de información no hubiera sido calmada ni siquiera con una gota de noticias era aún más desconcertante fenómeno.

Sammy the Leg no había sido visto en ninguna de sus habituales guaridas, y ninguno de sus más queridos compinches había oído hablar de él. Y los rumores no ofrecían ninguna teoría. No se sabía que estuviera muerto,

enfermo, borracho, enamorado, oculto, o que hubiera abandonado la ciudad. Simplemente había desaparecido de la escena local, sin decir o sugerir nada a nadie.

—No lo comprendo, jefe —resumió Mr. Uniatz, confirmando su anterior conclusión.

Simón rescató la botella con la que Happy estaba tratando de llenar parte del vacío que había desafiado a los mejores esfuerzos de los taberneros de Chicago, y se sirvió una modesta porción.

—Ahora tenemos un problema —dijo.

—Es verdad, jefe —admitió Hoppy.

Aguardó esperanzadoramente la solución, pues la experiencia le había enseñado que no tenía sentido competir con *El Santo* en tales vuelos de deducción. Siendo un hombre sin vanidad intelectual, se sentía contento de dejar tales destellos a mentes más ágiles. De este modo evitaba también sobrecargar su propio cerebro, el sensitivo órgano de su cráneo.

—La cuestión es, ¿quién sabe mucho acerca de esto? —dijo *El Santo*—. Si alguien de los que han asistido al cóctel está relacionado con el Rey de los Mendigos, yo puedo andar descalzo en una guarida de culebras de cascabel mejor que acudir al «Hotel Elliott» a alojarme. Pero, por otra parte, si no voy, equivaldrá a anunciar que tengo razones para no ir..., lo que puede ser inoportuno.

—Sí —convino Hoppy, con los primeros síntomas del dolor de cabeza estriando su frente.

—Por otra parte —se contestó Simón a sí mismo—, si el maligno me está esperando para mañana, eso significa que no me espera esta noche, y puede representar una probabilidad de husmear allí sin correr ningún riesgo.

—Renuncio —dijo Mr. Uniatz.

El Santo recorrió la habitación con largas e inquietas zancadas. Estaba en una encrucijada ante la cual estrategias mucho más sutiles que Mr. Uniatz habrían podido sentirse aturcidos, dado que el poste indicador giraba como las aspas de un molino. Simón incluso sintió que su frío juicio empezaba a sufrir vahídos a causa de sus propias contradicciones. Estaba en un laberinto de *sis* y *peros* para los cuales parecía no haber ninguna solución...

Mr. Uniatz arrojaba monótonamente BB a través de sus dientes contra la bombilla, produciendo claras y agudas notas a causa de las repetidas veces que acertaba en el blanco.

—Cada vez lo hago mejor, jefe —observó, como si ello fuera un consuelo—. Esta tarde he entrado en un cabaret y me he sentado en las sillas de arriba.

Ha salido una mujer que mejor hubiera hecho quedándose en casa con su nieto. Bien, he empezado a practicar en ella con mis BB. He conseguido golpearla donde apuntaba, y ella no podía saber de dónde venían las BB. De modo que he interrumpido el acto...

El Santo se detuvo en mitad de un paseo y giró en redondo.

—Hoppy —dijo—, nunca hubiera creído que fueras capaz de cortar nudos gordianos, pero creo que lo has hecho.

—Jefe, eso está bien —afirmó Uniatz—. ¿Qué es lo que he hecho?

—Acabas de darme una idea —contestó *El Santo*—. Con tus palabras. Verás. Si los malignos no saben de dónde les viene el golpe, el acto puede ser interrumpido.

—Desde luego —concedió Hoppy—. Pero ¿quién es ese tipo Gordiano?

El Santo se dejaba llevar siempre por la inspiración, incluso por el impulso; pero su temeridad no tenía relación con la inconsciencia del peligro. Por el contrario, nunca se mostraba más vigilante y calculador que en sus movimientos más temerarios. Jugaba con el azar como un jugador habitual, calculando matemáticamente los riesgos que podía correr. Una vez la apuesta estaba hecha se entregaba simplemente a la pura delicia de ver los resultados. La ansiedad se apoderaba de él en cuanto los dados empezaban a brincar. Después de esto sólo sentía la excitación de correr con ellos, y la tensión de esperar como un caballo el momento de responder a la señal de partida.

—Será una hermosa treta si puedo llevarla a cabo —murmuró, parpadeando a través de sus gafas negras cuando dos horas después avanzaba con su bastón a lo largo de la acera hacia el «Hotel Elliott».

Observó con interés la enorme y desvencijada estructura, que a pesar de su nueva capa de pintura difícilmente podía producir mucha inspiración a las almas de los pobres desgraciados que la habitaban. El edificio había sido construido después del incendio de Chicago, pero no mucho después, y tenía un aire de alegría desesperadamente estéril, como un asmático regidor entonando jadeantemente villancicos de Navidad.

La puerta principal se abría más difícil que invitadoramente, según pensó Simón. Hizo gestos de súplica a un transeúnte que pasaba en ese momento.

—Excúseme, señor. Estoy buscando el «Hotel Elliott». ¿Puede usted decirme...?

—Está aquí mismo —contestó el hombre al que Simón se había dirigido—. ¿Quiere entrar? —Tomó a *El Santo* por el brazo y le guió mientras subían los escalones hasta la puerta—. ¿Está bien ahora?

—Gracias, señor. Dios le bendiga —respondió Simón.

Y el hombre, que ya no volverá a aparecer en este relato, se desvaneció en la noche de Chicago.

El Santo penetró en un amplio vestíbulo de alto techo. Había puertas, una alfombra pardusca y luces macilentas. La pintura reciente no podía ocultar la perenne suciedad del lugar. Unos cuantos carteles decían a todos los desgraciados que pudiera interesarles que no había ningún lugar como el hogar, que era más bendito dar que recibir, y que una rígida sonrisa era, por alguna no explicada razón, un antídoto a todos los males. El efecto de estos bromuros conseguía crear un determinado sentimiento de mal humor en el espectador, y Simón no tuvo ninguna dificultad en mantener su pacientemente resignada expresión bajo las gafas oscuras.

A través de una puerta abierta situada a la izquierda de *El Santo* una radio estaba tocando. Al fondo del vestíbulo había algunas puertas cerradas, y frente a Simón estaba el pupitre del escribiente, ocupado ahora por una mujer desmedidamente gruesa con un aspecto extraño, pero no por su obesidad. *El Santo* admiró grandemente la barba de la mujer. No era tan negra como la de una mofeta ni tan larga como la de Monty Woolley, pero, a pesar de ello, era bastante notable.

La mujer dijo:

—¿Bien?

Simón contestó trémulamente:

—Estoy buscando a miss Green. Miss Hazel Green.

—¿Big Hazel Green?

—Sí..., sí, eso es.

—Está usted hablando con ella —dijo la mujer, colocando unos enormes antebrazos sobre el mostrador e inclinándose hacia adelante para examinar a *El Santo*—. ¿De qué se trata?

—Se me ha dicho que venga aquí. Un tal Mr. Weiss...

Simón dejó que su voz se desvaneciera.

Big Hazel Green se refrotó su peluda barbilla.

—Sí —dijo lentamente—. Mr. Weiss, ¿eh? Creo que usted desea trasladarse aquí, ¿no es eso?

Simón asintió.

Big Hazel Green preguntó:

—¿No tenía que haber venido usted antes?

—No lo sé —contestó Simón débilmente—. Mr. Weiss dijo algo acerca de eso... Pero yo tenía el alquiler pagado por anticipado en..., en el lugar

donde estaba alojado. No puedo permitirme malgastar el dinero. Espero..., espero no haber hecho nada indebido.

Pudo sentir que sus ojos le taladraban como barrenas.

—Eso no tiene que decírmelo a mí. Yo simplemente reservo las habitaciones y compruebo quién entra en ellas.

La mujer tocó una campanilla. Un hombrecillo delgado y humilde apareció de alguna parte y parpadeó interrogativamente.

Big Hazel dijo:

—Quédese aquí. Volveré muy pronto. —Apartó su enorme volumen del pupitre y aferró con fuertes dedos el brazo de Simón—. Le mostraré su habitación. Venga por aquí.

El Santo dejó que le guiara hacia el fondo del vestíbulo. Atravesaron una puerta y empezaron a subir unas escaleras sinuosas. Detrás de las gafas, sus ojos azules estaban muy ocupados: anotando, recordando... Como muchas de las viejas estructuras de Chicago, ésta era una conejera. Pudo comprobar que no había más que una escalera, lo cual podría resultar útil después.

—¿Está muy alto? —inquirió lastimosamente.

—Arriba de todo —respondió Big Hazel, jadeante—. El hotel está lleno. Pero usted tendrá una habitación para usted solo.

No era una habitación grande, según pudo ver *El Santo* cuando Big Hazel le introdujo en ella. La única ventana parecía un claro disco en la oscuridad. Los muebles eran limpios, pero deprimentemente sencillos.

Big Hazel dijo:

—Acomódese. Ya le inscribiré después.

Salió y cerró la puerta con suavidad. Simón permaneció inmóvil, escuchando, y oyó cómo la mujer le encerraba con llave.

La sombra de una sonrisa se asomó a sus labios. En su bolsillo tenía un pequeño instrumento que podía contender con cualquier cerradura ordinaria. La cerradura no le preocupaba, pero sí el hecho de que le hubieran encerrado. El punto vital era si eso era simplemente una costumbre de la casa, o una especial cortesía...

Examinó metódicamente la habitación. Literalmente, la sintió. Había algunas rendijas como mirillas, las tablas crujían y el pavimento no era a prueba de sonidos contra los pasos. Tuvo el infinito cuidado de no hacer ningún movimiento que un hombre ciego no habría hecho. Golpeó ligeramente, tanteó y manoseó las cuatro paredes, desarrollando las laboriosas orientaciones de un hombre ciego. Y en efecto, estas exploraciones le dijeron casi tanto como sus ojos.

Había una cama con jergón de hierro, una silla, una palangana y una mesa estropeada, todo ello confinado dentro de un espacio de unos sesenta pies cuadrados. Las paredes estaban pintadas de color pardo, aliviadas solamente por la litografía de un cuadro de Kipling. Sólo había una pequeña ventana, que podía ser abierta unas seis pulgadas. Permaneció de pie ante ella, como si estuviera husmeando el sucio aire, y observó que en los paneles había unos hilos de alarma.

Al cabo de un rato se quitó algunas de sus prendas y se acostó sobre la cama. No apagó la única macilenta luz que Big Hazel le había dejado. Tenía que dar la sensación de que no se había dado cuenta de su existencia.

Empezó a dormir. También esto es literalmente cierto. *El Santo* tenía una capacidad animal para reposar. Pero ni por un instante se abotargaba más que un perro de presa, y oyó los cautos pasos de Big Hazel mucho antes de que hiciera girar la llave en la puerta.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero debía ser cerca de tres horas.

Se despertó del todo instantáneamente, y permaneció alerta, pero sin hacer el menor movimiento.

—¿Quién es? —murmuró malhumoradamente; y en ese mismo instante pudo verla claramente en el umbral de la puerta.

—Soy Hazel Green. No quiero molestarle. Algunas personas han venido hace un instante y he tenido que subir.

—Está bien —dijo él, y se incorporó.

Ella cerró la puerta tras de sí, y luego permaneció de pie mirándole.

—¿Va todo bien?

—Sí, gracias, señora.

—¿Cuál es su nombre?

Él recordó que no se lo había preguntado antes.

—Smith —contestó—. Tom Smith.

—Como todos ellos —observó ella, sin rencor—. ¿Hace mucho tiempo que está en la ciudad?

—No, no hace mucho.

—¿Cómo le va?

—No del todo mal.

—Usted tiene demasiado buen aspecto para acabar en un vertedero como éste.

—Así son las cosas. —Decidió correr el riesgo, manteniendo apartados los ojos—. Usted tiene una voz muy bonita para estar regentando este cuchitril.

—Es un empleo.

—Ya lo supongo. —Aventuró otra baza, haciéndose quejumbroso de nuevo—. ¿Por qué me ha encerrado? Deseaba ir al excusado...

—Tiene un bacín debajo de la cama. Dejamos cerrado a todo el mundo. No son solamente hombres los que vienen aquí. Uno debe procurar que este lugar sea respetable. Aquí vienen también mujeres.

Sin razón alguna, una eléctrica comezón ascendió por la espina dorsal de *El Santo*. No había nada que pudiera descubrir directamente en ello, y, sin embargo, resultaba inequívoco, como la momentánea corriente producida por la agitación de unas alas. Sin tiempo para analizar esa sensación, sin saber por qué, olvidó todas las respuestas excepto la que tenía en la mente, exactamente como había controlado su despertar cuando ella había entrado en la habitación, y convirtió el instintivo estremecimiento en una amarga risa entré dientes.

—No creerá que puede causar cualquier molestia a una persona como yo, ¿verdad?

—No podría decírselo. —Big Hazel se acercó más, y sus manos se hundieron en los bolsillos de su voluminosa falda. Su voz fue más viva cuando añadió—: Le inscribiré mañana, y usted podrá poner una cruz o lo que tenga por costumbre poner.

—Gracias, señora.

—¿Quiere tomar un trago?

El Santo se agitó un poco sobre la cama, como si se sintiera un tanto embarazado, y al mismo tiempo notaba que el mismo reflejo anterior hacía el viaje de regreso sobre sus ganglios. Pero mantuvo su rostro sin expresión tras las negras ventanas de sus lentes ahumados.

—Gracias, señora, pero no bebo nada. No pudiendo ver, el beber me marea un poco.

—¿No le importa que beba yo?

Sin esperar la respuesta, sacó una botella de licor barato de entre los pliegues de su falda y atacó el tapón a presión. Pero sus macizas garras no parecían obtener ningún resultado.

El Santo sólo prestó una incidental atención a su aliento, hasta que ella dijo:

—Este condenado tapón se resiste. ¿Puede abrirla usted?

Simón se encontró con la botella en las manos, y separó el tapón con un breve esfuerzo de sus dedos de acero.

—Gracias, Mr. Smith.

Bebió un ligero sorbo de la botella, y guió su tanteante mano para que volviera a colocar el tapón.

—Bueno, que tenga una buena noche —dijo.

Volvió a salir, y la puerta se cerró tras ella. Y de nuevo oyó cómo le cerraba con llave.

Simón permaneció sobre la cama, recordando vívidamente que ella no había tocado la botella excepto a través del tejido del bolsillo de su falda. Permaneció toda la noche en la misma vigilante duermevela, dando vueltas en la mente a un centenar de especulaciones y conjeturas; pero nada le molestó excepto el acoso de sus propios pensamientos.

CAPÍTULO XI

Fue sorprendentemente fácil salir..., casi demasiado fácil. A primera hora de la mañana unos pies se deslizaron nuevamente al otro lado de la puerta, y una llave giró furtivamente en la cerradura. Cuando al cabo de un rato él probó la puerta, se abrió sin ninguna dificultad. Descendió las escaleras a tientas, y el hombrecillo delgado y humilde que estaba en el pupitre apenas le miró cuando pasó por su lado. A Big Hazel no se la veía por ninguna parte.

En el papel de un hombre ciego habría sido difícil zafarse de cualquier posible espía, pero ésta parecía una precaución innecesaria. Si era sospechoso, se sabría ya todo acerca de él; si no lo era, nadie le espiaría.

Se duchó y afeitó en su propio hotel, y estaba acabando un desayuno compuesto de jamón y huevos cuando sonó el timbre del teléfono.

—Escuche, Mr. Templar —dijo el teniente Kearney—. No tendrá intención de abandonar la ciudad, ¿verdad?

—Mis planes están ya casi completados —le informó *El Santo*—. Cuando suene la medianoche, un pequeño autogiro, camuflado como el de un bien conocido miembro del Congreso, lanzará una escala sobre el tejado de este hotel. Yo ascenderé por ella como una ardilla y volaré hacia el Sur, mientras el sol se oculta detrás del hermoso lago Michigan. Todo depende del sol —añadió reflexivamente—. Si puedo persuadirle para que se oculte a medianoche, y lo haga por el Este por una vez, el plan se desarrollará sin la menor dificultad.

—Escuche... —dijo Kearney, y suspiró—. ¡Oh, bueno! Ya sé que usted conoce al comisario. De modo que yo tengo que concederle una pausa. —Su

tono cambió—. He logrado obtener alguna información recorriendo medio Chicago.

—Eso está muy bien —aprobó Simón—. Si encuentra un buen ajedrez, dígamelo. Necesito tener uno antes de emprender la huida.

Kearney continuó obstinadamente:

—Hemos descubierto quién es ese muerto que tenemos en el depósito de cadáveres. Su nombre es Cleve Friend. Es un tipo de San Francisco.

—Debe hacer usted una canción de eso —dijo Simón.

—Sí. Pero ¿qué se propuso al decir que no lo conocía?

—¿Dije eso? —preguntó Simón suavemente.

—Es lo que dio a entender —estalló Kearney—. Y eso no confronta con lo que yo he oído.

Simón hizo una pausa.

—¿Qué es lo que ha oído? —inquirió.

—Cosas que me ha dicho la gente. No gente que pertenezca a su círculo social, por supuesto. —La voz de Kearney estaba cargada de sarcasmo—. Vagos, jugadores de billar, mendigos.

—¿Mendigos?

—La fotografía de Friend ha salido en los periódicos hoy —dijo Kearney—. El fotógrafo la ha retocado un poco. Me refiero al agujero que tenía en la cabeza, ¿sabe? Y algunas personas han venido a verlo. Lo han reconocido. Es un *grifter*, o mejor dicho, lo era, y algunas personas lo vieron en Chicago el mes pasado. Algunas de ellas le vieron a usted también. Algunas de ellas incluso les vieron a los dos juntos.

—¿Esos parlanchines conocen mi nombre, por casualidad?

—Escuche —dijo—, no se preocupe. El retrato de *El Santo* ha aparecido también muchas veces en los periódicos. ¿Por qué se veía con Friend últimamente?

—No puedo decírselo —contestó Simón.

—¿No quiere?

—No puedo. Soy muy tímido.

—¡Dios le condene...! —gruñó Kearney—. ¡Entonces tal vez pueda decirme por qué la autopsia de Friend ha demostrado que se le había llenado de escopolamina!

Los ojos de Simón cambiaron.

—¿Escopolamina? Pero eso no fue lo que la mató, ¿verdad?

—Usted sabe condenadamente bien qué es lo que le mató. Vio el agujero producido por la bala. No estoy haciendo más que hablar con usted. Aún no.

Lo haré más tarde. ¡No me importa si conoce usted al comisario, al alcalde o al presidente de los Estados Unidos! Sencillamente, no debe dejar la ciudad, ¿comprende?

—Sí —respondió Simón—. Comprendo. Muy bien, Alvin. Me quedaré en la ciudad. En efecto... —Vaciló—. Incluso le diré por qué veía a Cleve Friend.

Kearney inquirió suspicazmente:

—¿Sí? ¿Otra treta de las suyas?

—No. Supongo que usted debe llegar a saberlo. No puedo mantenerlo en secreto siempre.

—Muy bien —repuso Kearney—. Suéltelo.

No pudo evitar que en su voz se notara la ansiedad.

El Santo contestó suavemente:

—Estábamos planeando su muerte. Adiós, Alvin.

Colgó, dejando al detective farfullando palabras incoherentes, y se sirvió otra taza de café.

—Esto es lo que se conoce como un deliberado deseo de cargarle a uno un muerto —le dijo a Hoppy, que había empezado a hacer su práctica matinal de tiro al blanco—. Yo me pregunto cómo ha comenzado la cosa.

Mr. Uniatz lanzó con seguridad una BB contra el pote del café.

—No lo sé, jefe —dijo automáticamente.

—Es preciso retroceder un poco —explicó Simón—. Primero es hallado un cuerpo sin identificar, y la única relación entre él y yo es el traspaso de una finca. Ahora alguien ha reconocido el cuerpo y dice que yo he sido visto con Júnior, que ha resultado llamarse Mr. Cleve Friend y ser un *grifter* de San Francisco. Eso significa que algunos de esos testigos son mendigos. Después, probablemente, entrará en escena un testigo ocular del asesinato. Por simple accidente, pasaba por allí cuando yo quité de en medio a Friend.

—Pero usted no lo ha quitado de en medio —dijo Hoppy—. ¿O lo ha hecho?

—No, Hoppy, no lo he hecho.

—Entonces, todo está bien, ¿verdad?

El Santo encendió un cigarrillo y se reclinó en su silla.

—Desearía poder estar seguro de eso. —Arrojó hacia el techo tres reflexivos anillos de humo—. ¿Sabes algo acerca de la escopolamina?

—Nunca he oído hablar de ella. ¿Está en la misma banda de ese Gordiano?

—Es una droga, Hoppy. Hace que la gente diga la verdad. Y parece que alguien se la dio a Friend antes de que lo quitaran de en medio. Deseaban saber cuánto se había ido de la lengua, y naturalmente debió decírselo. Podemos también estar seguros de que le preguntaron todo lo que sabía acerca de nosotros. Por lo tanto hemos de llegar a la consecuencia de que la representación del mendigo ciego no tiene ya ningún sentido.

Un gesto de concentración arrugó la frente, enturbiándola como una pesada nube bajo la línea de los cabellos de Hoppy Uniatz cuando rumió las palabras de su acompañante e intentó comprender su significado. Su trabajo mental pareció profundizarse en sucesivos minutos de penosa meditación, y por último dio rienda suelta a los resultados.

—Entonces, ¿por qué no le metieron un balazo anoche?

—Eso es lo que estoy tratando de comprender —contestó *El Santo* lentamente—. A menos que se estén tomando tiempo para amañar pruebas mucho mayores contra mí... Ahora Big Hazel tiene una botella de whisky con mis huellas dactilares, y a mí no me fue posible evitar que las obtuviera. Realmente me tenía cogido en sus manos..., y yo estaba tan atareado rechazando un trago que no me di cuenta de la otra maniobra hasta que la tuve justamente bajo mis narices.

Expulsó muy lentamente otro anillo de humo, procurando que saliera perfectamente redondo, mientras intentaba conseguir que sus pensamientos tuvieran la misma calma que sus movimientos externos.

—Por otra parte —continuó, hablando realmente para sí mismo—, me parece que hubo un énfasis ligeramente siniestro en el modo con que Big Hazel habló acerca de que había mujeres en el hotel. Yo me pregunto...

Tomó el teléfono y llamó al hotel de Mónica Varing, pero en su habitación no contestó nadie.

Se habían separado conviniendo volver a comer juntos de nuevo, y no era probable que alguien tan puntual como ella se mostrara descuidada acerca de una cita. Probablemente, se dijo a sí mismo, había ido a recorrer tiendas.

La llamó de nuevo cada media hora, y permaneció en su propia habitación por miedo a que ella le llamara en un momento en que él estuviera ausente.

No fue una mañana digna de recordar con placer u orgullo. Debió andar muchas millas, dando vueltas a la habitación como un león enjaulado y desgastando la alfombra. Intentó decirse a sí mismo que su imaginación estaba trabajando demasiado, que estaba haciendo una montaña de nada. Se dijo también que debiera haber mantenido a Mónica enteramente al margen del asunto, que nunca debiera haberla dejado saber algo, que sólo tendría que

reprocharse a sí mismo si ella había intentado meterse a hurtadillas en su propio juego. Durante todo el tiempo la veía con los ojos del alma, como un compuesto de todas sus inaccesibles facetas: cálida, traviesa, arrogante, audaz, lánguida, desafiante, tierna. Se sintió colérico y asustado a la vez.

Mr. Uniatz continuaba lanzando BB sin sentirse turbado en lo más mínimo. No podía saber nada por el rostro de *El Santo*, y para él las operaciones de la mente de *El Santo* eran siempre un misterio. Le bastaba con que hubiera una mente que trabajara. Todo lo que él tenía que hacer era llevar a cabo sus órdenes cuando le eran dadas. Era una panacea a todos los problemas de la vida que durante años nunca había cesado de dar rendimiento, y que le había salvado de un incalculable deterioro de las rudimentarias circunvoluciones de su cerebro.

A las cinco, Simón recordó que Mónica podía tener una *matinée*, y trató de comprobarlo por medio de un periódico. Se dirigió al teatro Martin Beck y entró por la puerta del escenario.

—Miss Varing no ha venido esta tarde —le dijo el portero—. Está enferma.

Con un gran peso en su corazón, Simón buscó al director de escena.

—Es verdad —dijo el hombre, que le recordaba—. Me ha llamado esta mañana y me ha dicho que no podría venir. Me ha dicho que si no tenía noticias suyas para estas horas no vendría tampoco para la representación de la noche.

—No está enferma —dijo *El Santo*—. No ha estado en su hotel durante todo el día.

El director de escena le miró ligeramente turbado. No dijo nada acerca del temperamento artístico, pero su discreción misma implicaba lo que podía pensar acerca de explicaciones plausiblemente mundanas.

Simón se hizo llevar en taxi al «Ambassador» y finalmente pudo ponerse en contacto con el ayudante del gerente. Una confrontación a través de varios departamentos estableció que a Mónica Varing se le había servido el desayuno en su apartamento a las nueve, y que ya se había ido cuando la criada había vuelto a entrar a las once. Pero no había dejado su llave en el pupitre, y nadie la había visto salir.

—Nadie sabe que la han visto —corrigió Simón, e hizo sus últimas preguntas al portero.

Sabía ya cuál iba a ser la respuesta, y se preguntó qué desamparada esperanza le inducía a intentar demostrarse a sí mismo que estaba equivocado.

—¿Una mujer andrajosa, con un aspecto como si hubiera sido una mendiga...? Sí, señor, la he visto salir. En realidad, me he preguntado cómo ha podido entrar. Probablemente habrá sido mientras yo estaba llamando un coche para alguien.

—Por el contrario —dijo *El Santo* con sorprendente gentileza—, le abrió la puerta usted mismo.

Dejó al hombre con la boca abierta, y regresó a su hotel para llamar al teniente Kearney.

CAPÍTULO XII

El comedor situado en el sótano del «Hotel Elliott» no era tan frío como la descripción hacía suponer. Ello se debe solamente a que la descripción no ha mencionado muchas hileras de duros bancos de madera, los cuerpos de algunas docenas de apáticos ocupantes, unos pocos adornos de papel en la pared pertenecientes a alguna anterior Navidad, y la plataforma donde Stephen Elliott se hallaba cuando llegó *El Santo*.

—Y, como la estufa le dijo a la marmita, espero que tengan un tiempo cálido. —Nadie rió, y Elliott continuó—: Deseamos que os divirtáis, amigos, y el próximo ítem del programa de esta noche es una canción por Mrs. Laura Wingate.

Ayudó a Mrs. Wingate a subir a la plataforma, y la relación entre las dos últimas afirmaciones se hizo algo oscura cuando el piano empezó a ejecutar un cierto acompañamiento y Mrs. Wingate comenzó a cantar con una increíble, penetrante y desentonada voz de soprano:

“ *Mi corazón es como un pájaro cantor cuyo nido está en una vertiente.
Mi corazón es como un manzano
cuyas ramas están cargadas con gruesos frutos...*

Stephen Elliott había tomado el lugar de Mrs. Wingate junto a un hombre alto y delgado con el cual ella estaba hablando al ser llamada. Cuando Simón se acercó hacia ellos, reconoció en la alta y delgada forma al teniente Alvin Kearney.

—Le aseguro que no sé de qué se trata —estaba diciendo el detective con una voz que no tenía ninguna necesidad de disminuir su volumen para no interferir las tremendas estridencias que brotaban de la garganta de Mrs. Wingate—. Por todo lo que sé, puede ser simplemente otra de sus graciosas

bromas. Pero yo parecería sumamente estúpido si algo sucediera y no estuviera aquí.

Elliott sacó un pañuelo y se enjugó las sienes, mientras Mrs. Wingate continuaba comparando su corazón a otros diversos e ilógicos objetos.

—No sé nada acerca de ello —dijo Elliott suavemente—. Pero si está trabajando en un caso...

—¡Oh! ¿Está trabajando? —preguntó Kearney con la avidez de un tiburón hambriento—. ¿En qué caso?

Elliott vaciló.

—Realmente no puedo decírselo —contestó al fin—. ¿Por qué no se lo pregunta a él mismo?

—Sí, ¿por qué no? —admitió Simón, y ambos se volvieron.

Los labios de Kearney se contrajeron cuando observó la afable sonrisa de *El Santo*. No había ninguna razón para su reacción, pero fue el clásico reflejo que en otros tiempos había producido efectos idénticos sobre personalidades distintas como el inspector jefe Teal de Scotland Yard, el inspector Fernack de Nueva York, el teniente Ed Condor de Los Ángeles, el sheriff Newt Haskins de Miami, y muchos otros que serán recordados por los constantes seguidores de esta saga. Quizá brotó en la primera desavenencia entre la ley y el desorden, una primitiva hendidura entre los policías y los fuera de la ley cuyas raíces se perdían en los oscuros albores de la sociología.

Al teniente Alvin Kearney, de Chicago, le agradaba *El Santo*; lo admiraba, lo respetaba, lo envidiaba y lo odiaba con una excesiva amargura que puso sombríos tintes en su frente fruncida cuando dijo con voz áspera:

—Muy bien, tipo listo, dígamelo usted. ¿Cuál ha sido su idea al telefonarme para decirme que me encontrara con usted aquí esta noche porque podía haber un tumulto?

—Creo que ha sido un poco de miedo a la escena —contestó *El Santo*, con un aplomo que le hizo a Kearney sentirse como si llevara una barba de dos días y el cuello sucio—. No estoy muy acostumbrado a estas actuaciones personales, y me siento nervioso. Uno nunca sabe qué puede hacer un auditorio como éste, por eso he pensado que necesitaría de alguna protección.

Lo que el detective pensó habría sido inaudible incluso si hubiera pronunciado con el volumen de voz que su congestionado rostro presagió, pues en ese momento el análisis vocal de Mrs. Wingate respecto a su corazón alcanzó un desaforado *fortissimo* que casi arrancó la pintura de las paredes:

“ Mi corazón está más alegre que nunca,
porque... mi a... mo... or ha venido a mí.

Cuando finalmente el silencio cayó sobre los torturados tímpanos, se oyeron algunos ligeros aplausos. Destinados simplemente a demostrar agradecida apreciación sin animar a la repetición. Como aparentemente el café y las pastas no serían servidos hasta después del entretenimiento, el auditorio no podía irse, pero de haberlo hecho habría tenido sobrados motivos.

Mrs. Wingate jadeó y se inclinó, agotada, ante las últimas palmadas, que, naturalmente, procedían de Stephen Elliott.

—Gracias, gracias, mis queridos amigos... Y ahora veo que nuestro especial huésped de la noche ha llegado, y voy a pedirle que suba y os diga unas pocas palabras. Es un gran privilegio poder presentar a... Mr. Templar.

Simón subió a la plataforma ante la resignada aclamación de los que esperaban el café y las pastas. Se llevó a los labios la gordinflona mano de Mrs. Wingate, y se la besó mientras ella se reía tontamente. Después despidió con una seña al pianista.

—No voy a cantar —dijo.

Mientras el pianista se retiraba, saludó alegremente al teniente Kearney, y sus ojos azules se deslizaron amistosamente sobre los rostros de los demás asistentes. Unos pocos tenían el aspecto de pobres respetables, que debían ser mendigos de buena fe, desamparadas víctimas de los manejos del Rey. Y luego había otros que indudablemente trabajaban para el Rey. A Big Hazel Green no se la veía por ninguna parte, pero vio a Frankie Weiss sentado unas filas más allá.

—Señoras, señores y demás —empezó Simón—. Algunos de ustedes seguramente habrán oído hablar de mí. Otros puede que no. Algunas veces soy conocido como *El Santo*.

Esperó hasta que el murmullo de voces se apagó, y unas luces de travesura danzaron en sus ojos.

—No voy a hacer un largo discurso —prosiguió—. Sé que probablemente están ansiosos por tomar el café. De todos modos, mi especialidad no es hacer discursos. En vez de eso les enseñaré unas cuantas tretas que, sin duda, les resultarán de utilidad. Y se las enseñaré porque ha llegado hasta mí el rumor de que algunos de ustedes están siendo víctimas de unos aprovechados carentes de escrúpulos, lo que es un nombre demasiado cortés para tan sucias ratas.

Ignoró el mortal silencio que súbitamente reinó en la habitación, y continuó, suavemente:

—Ahora estoy seguro de que no necesitaré al teniente Kearney, que también está aquí con nosotros esta noche, para recordarles que llevar armas ocultas es ilegal. Pero un hombre puede protegerse perfectamente sin llevar armas de fuego. Una buena presa de judo a menudo es tan útil como cualquier pistola. De modo que, en beneficio de algunos de ustedes, por si algún día necesitan defenderse, les haré ahora unas pequeñas demostraciones. Si he de hacerlas con propiedad, como es natural, necesitaré que alguien se preste a ayudarme.

Ningún voluntario se ofreció precipitadamente. Mrs. Wingate gorjeó brillantemente:

—¡Vamos, suba alguien!

Stephen Elliott se levantó y miró a su alrededor como un maestro animando a sus alumnos.

Simón apuntó a alguien con el dedo.

—Usted. No, usted, no. Quiero decir el caballero con el bigote. Usted parece capaz de defenderse. ¿Quiere echarme una mano?

Frankie Weiss se hundió más profundamente sobre el banco y sacudió la cabeza.

—¡Oh, suba! —insistió Simón—. Tener unos pequeños conocimientos de judo nunca viene mal. ¿Cómo sabe usted que uno de estos días no será atacado por un tipo con una pistola en la mano? ¡Vamos, ánimo!

Saltó del tablado y avanzó apresuradamente por la nave lateral. Frankie intentó ignorarlo, pero *El Santo* era tan irresistible como un entrevistador de la radio. Su mano pareció rozar ligeramente el brazo de Frankie y posarse en él. Sólo los que se hallaban en la más inmediata vecindad oyeron el gemido de Frankie, inmediatamente sofocado por la risa de *El Santo*.

—¡El hombre tiene buenos músculos! —anunció jovialmente—. Luchará conmigo, ¿verdad, amigo? Vamos, no desilusione al auditorio.

Prácticamente arrancó a Frankie de su silla y lo cogió en una presa que lo dejó completamente indefenso, con las piernas al aire y el cuello aprisionado bajo el brazo de *El Santo*.

—Así es como hay que hacerlo —proclamó Simón—. Subamos al tablado donde el auditorio pueda verlo. Intentaremos hacerlo, más lentamente.

Volvió sobre sus pasos tan flexiblemente como si no fuera cargado con un individuo de mirada feroz y labios terriblemente apretados.

El teniente Kearney se movió para observar mejor. Su rostro era un poema de perpleja suspicacia. El sentido común le decía que allí había algo más que lo que captaba la mirada, pero no podía adivinar qué era, y Simón esperaba

que la mente del detective continuaría trabajando lentamente durante un rato. Tenía las manos ocupadas con Frankie Weiss, que se debatía como un gato salvaje y gruñía frases impublicables, que afortunadamente eran sofocadas por la chaqueta de *El Santo*.

Laura Wingate contemplaba la escena con avidez pueril, retorciéndose las manos sobre su desbordante regazo. Stephen Elliott mostraba una benigna si bien algo nerviosa sonrisa. El resto de los asistentes estaban divididos entre aquellos que simplemente acogían con agrado una variación en el programa de inocentes entretenimientos, aquellos que experimentaban un personal agradecimiento por la elección de la víctima, y un pequeño grupo de hombres de facciones duras que parecían estar sintiendo la íntima angustia de una frustrada indecisión.

—Hagámoslo de nuevo —dijo Simón, libertando a su víctima—. Ahora lo haremos más lentamente. ¡Vean!

Frankie mostró los dientes. Se apartó de *El Santo*, sintió un largo brazo rodeándole la cintura, y, volviéndose ligeramente, dirigió un rencoroso puñetazo contra la ingle de Simón. *El Santo* lo soslayó fácilmente.

—¡Muy bien! —exclamó—. Eso está bien. Luche contra mí. Hagamos que parezca más real. Ahora lo haré más lentamente.

Lo hizo más lentamente, y Frankie se halló en una dolorosísima postura.

Con su boca tocando casi el oído de Frankie, Simón murmuró:

—¿Dónde está Mónica Varing?

—¡Déjeme en paz! Maldito...

—Silencio. El teniente Kearney está frente a nosotros, Frankie. No le dé usted algunas ideas.

El Santo le retorció ligeramente, haciéndole lanzar un aullido de dolor, y lo puso de pie con dolorosa solicitud.

—¿Ha visto todo el mundo esto? —preguntó—. Ahora lo intentaremos de nuevo. Esta vez más difícil.

Acorraló a Frankie y lo ató con un más complejo nudo.

—¿Dónde está Mónica?

—¡Hijo de...!

—Si cree que no puedo romperle un brazo —murmuró *El Santo* glacialmente—, está usted loco. Puedo decir que ha sido un accidente. Incluso puedo romperle el cuello.

Le demostró palpablemente su amenaza apretándole aún más, amordazándole con una mano, aunque los asistentes no pudieron verlo.

Le aplicó tres llaves más, cada una de ellas más dolorosa que la otra. Frankie trataba desesperadamente de escapar, mientras ninguno de sus putativos aliados se atrevía a levantar un dedo para ayudarle, porque Kearney estaba presente.

—La tenemos nosotros. ¡Suélteme!

—¿Dónde?

—En el segundo piso. La habitación que está junto a la escalera... ¡Ay!

—¿Delante o atrás?

—Atrás.

—Gracias, Frankie —dijo Simón, y su mano se movió velozmente.

El se levantó. Frankie, no.

—Se ha desmayado —anunció *El Santo* con bien simulada alarma—. Puede que le haya fallado el corazón... ¡Llaman a un médico!

Descendió de la plataforma y se apresuró hacia la más próxima salida; pero Kearney lo cogió antes de que hubiera podido dar unos pocos pasos más.

—Espere un minuto —gruñó—. ¿Qué le ha hecho usted?

—Simplemente le he dado un pequeño masaje —contestó *El Santo* glacialmente—. Ya sé que no ha sido tan bueno como el que usted hubiera podido darle en la comisaría, pero he pensado que una porra de goma habría resultado demasiado evidente. Despertará dentro de diez minutos y se sentirá como nuevo.

—¿Cuál es su idea? ¿Y dónde cree usted ir?

—Creo que voy a registrar este hotel, sin preocuparme de obtener una orden de allanamiento —respondió Simón—. Porque mi idea es que Mónica Varing está prisionera aquí.

—¿La actriz? ¿Está usted loco?

—No lo creo. En efecto, antes de que Frankie se desvaneciera me ha dicho que estaba arriba.

Los espectadores que se habían movido se habían dirigido hacia el tablado para obstruir los esfuerzos de los que acudían a ofrecer los primeros auxilios a Frankie Weiss. Los otros lanzaban miradas a *El Santo*, pero no intentaban acercarse a él, probablemente porque la presencia de Kearney los mantenía a distancia tanto como cualquier otra cosa, de modo que los dos se habían quedado casi solos en la estancia. Por lo menos hasta que Mrs. Wingate se lanzó sobre ellos, acompañada de Stephen Elliott, que se agitaba como un remolque.

—¿Qué es lo que pasa? —chilló frenéticamente—. Esto es terriblemente...

—Dígaselo, Alvin —sugirió Simón, y con un paso tan ligero y brillante como un danzarín de ballet pasó entre ellos y desapareció a través de la puerta antes de que el detective hubiera tenido la más remota probabilidad de circunnavegar la masa de Mrs. Wingate para interceptarle el paso.

Simón ascendió la escalera hasta el primer piso y luego hasta el segundo sin haber sufrido ninguna interferencia. Había cuatro puertas al fondo de la escalera, y empujó cada una de ellas y las abrió. Ninguna de ellas estaba cerrada con llave. Dos de las habitaciones eran dormitorios con seis camas, y en aquel momento estaban vacíos, si bien olían a rancio. En la tercera habitación, un hombre muy viejo con el rostro marcado de viruela estaba haciendo un solitario y levantó la cabeza para mirarle con una sonrisa idiota.

La cuarta habitación estaba vacía..., no sólo vacía sino tan limpia que tenía el mismo aire de prisión que hallara en la habitación que él mismo había ocupado la noche anterior. En el lecho había arrugas que no mostraban sólo el descuido de una cama negligentemente hecha, y él supo que ésta había sido la habitación, incluso antes de ver que la ventana de cristal opaco tenía los mismos hilos que ya había observado en su cuarto. Además, en el aire respiró una clara fragancia que sólo podía pertenecer a Mónica...

Kearney se le reunió hundiéndole una pistola en el costado.

—Muy bien, Mr. *Santo* —rechinó—. Intente hacer algo, y le meteré un balazo.

—Escuche, pedazo de tonto —contestó *El Santo* con una calma glacial—. ¿Por qué no se ha quedado abajo para impedir que la sacaran a escondidas?

—¿De dónde? —se burló Kearney.

—De aquí. Frankie me ha dicho la verdad. Ella estaba en esta habitación. ¿No huele usted nada?

El detective olfateó.

—Sólo huelo a piojos.

El Santo advirtió algo sobre el suelo. Ignoró por completo el revólver de Kearney, y dando un paso hacia delante se agachó para recoger el objeto.

—Mire.

—Una púa desprendida de un peine —dijo Kearney desdeñosamente—. ¿Qué significa eso?

—Es una púa de las peinetas que las mujeres llevan en el peinado —respondió Simón—. Y el color es el mismo que ella usa.

CAPÍTULO XIII

Mrs. Wingate y Stephen Elliott aparecieron en aquel preciso momento. El filántropo temblaba con los labios pálidos, como si estuviese presto a un ataque.

—Ésta es la más ultrajante sugerencia que jamás he oído, Mr. Templar —dijo—. Teniente Kearney, dígame...

—¡Oh, espero que esté usted equivocado! —reprochó Laura Wingate—. Es una muchacha muy *dulce*, y yo me *moriría* si algo le sucediera.

—Si algo le ha sucedido, no habrá sido aquí —afirmó Elliott fríamente—. Teniente, creo que lo mejor será que se lleve a Mr. Templar para que haga sus acusaciones ante las autoridades adecuadas.

Kearney asintió.

—Será un placer, Mr. Elliott.

—¿A pesar del peine? —insistió Simón.

—Aquí tenemos alojadas un gran número de señoras —arguyó Elliott rígidamente—. Si su conducta tiene una base...

—No la tiene —dijo Kearney—. Y yo me sentiré feliz de poder encerrar a *El Santo* acusado de alterar el orden, para que permanezca tranquilo durante un tiempo. —Le aguijoneó de nuevo con su pistola—. Vamos, amiguito.

—Me ha *agradado* mucho su actuación —dijo Mrs. Wingate, que al parecer tenía la impresión de que debía testimoniarle su agradecimiento—. Espero que la repetirá para nosotros otro día.

Simón y Kearney bajaron la escalera y pasaron ante algunos hombres que habían subido del sótano.

—A propósito —dijo Simón—, Frankie llevaba una pistola.

—Tiene licencia —repuso Kearney—. Conozco al juez que la ha extendido. Siga adelante.

Salieron a la acera, y allí hicieron una breve pausa mientras el detective parecía tomar una decisión.

—¿Por qué no tomamos mi coche? —sugirió *El Santo* acomodaticiamente—. Está aquí mismo.

—Muy bien —contestó Kearney, benigno—. Dejaré que conduzca usted, pero procure no intentar nada.

Abrió la puerta, y siguió a Simón adentro. Mientras *El Santo* introducía la llave en el encendido, el detective se inclinó y colocó una de las pulseras de sus esposas en la muñeca izquierda de Simón. La otra la aseguró al volante.

—Perfectamente —dijo, ceñudo—. Vamos.

Simón puso en marcha el motor y condujo el coche hacia el Norte durante unas pocas manzanas. Kearney mantenía su revólver en el regazo y

resplandecía vigorosamente con expresión de triunfo.

—¿Cuál es su gran acusación contra mí? —preguntó Simón al cabo de un rato—. Además de haber perturbado el orden, quiero decir. ¿Es que no hay nada más que eso?

Kearney apretó las mandíbulas.

—Esta tarde hemos recibido una carta. Iba dirigida al jefe, y estaba firmada por Cleve Friend. En ella decía que estaba mezclado en un lío con usted y que estaba intentando salirse de él porque era peligroso. Decía también que temía que usted no le dejara escapar. Usted le había amenazado con matarle a menos que continuara a su lado. Esta carta se la dejó a un amigo, con la recomendación de que le diera curso si... moría.

El Santo miraba hacia delante.

—¿Ha confrontado usted la firma?

—Era la firma de Friend, desde luego. Un poco trémula, pero indudablemente la suya.

—¿Trémula? —ponderó Simón—. Apuesto a que la carta estaba escrita a máquina.

—Lo estaba.

—Tenía que ser así. O Friend firmó bajo la influencia de la escopolamina, o bien fue torturado para que firmara.

—Usted puede explicarlo todo, ¿verdad? —se burló Kearney—. Naturalmente, alguien está intentando jugarle una mala partida.

—Desde luego —concedió Simón fríamente—. Eso debiera ser evidente incluso para un policía.

¿Sí? ¿Y cómo han hecho desaparecer a la Varing?

—Probablemente a través de un pasaje secreto...

Su voz se apagó cuando esta idea le golpeó como una rociada de agua fría en los ojos.

—¡Dios mío! —exclamó suavemente—. Pasajes secretos... ¡Naturalmente! ¡Qué estúpido soy!

—¡Eh! —gruñó Kearney súbitamente—. ¿Adónde cree usted ir? Éste no es el camino de la comisaría.

—Es el camino que yo deseo seguir —dijo *El Santo*—. Adelante, Hoppy.

Mr. Uniatz se levantó de detrás del asiento delantero y aplicó su *Betsy* en la nuca de Kearney.

—¡Hola, amigo! —dijo—. Tómalo con calma.

El rostro del detective se puso blanco y después rojo.

—Usted no puede hacer una cosa como ésta —dijo desesperadamente.

—Podemos intentarla —repuso *El Santo*—. Acabo de tener una inspiración, y estoy demasiado atareado para ser conducido a la comisaría bajo la tonta acusación de haber alterado el orden.

Lanzó el coche hacia Roosevelt, y después torció por Central Avenue hacia Columbus Park, donde se detuvo.

—Muy bien, Hoppy —dijo.

—¿Le doy, jefe?

—Simplemente para que eche un sueñecito —contestó Simón apresuradamente.

Mr. Uniatz levantó su pistola y la dejó caer con profesional precisión. El detective se quedó dormido...

Simón halló las llaves de Kearney, abrió las esposas, y las trasladó a las muñecas del detective. Luego le quitó el carnet y la chapa, pensando que un hombre esposado y sin credenciales sería más que ordinariamente demorado en cuanto empezara a clamar y gritar. Sacaron a Kearney del coche y lo dejaron bajo un árbol con el sombrero sobre su rostro. Después emprendieron la marcha apresuradamente.

El cerebro de *El Santo* se azotaba a sí mismo despiadadamente bajo la impasible máscara de su rostro.

—Pasajes secretos... —repitió, cuando encendió los faros sobre el camino de Wheaton—. Hoppy, debo hacerme examinar la cabeza.

—¿Por qué, jefe?

—No rige. ¿Cuál es la primera cosa que uno debía esperar hallar en un escondrijo que perteneció a Al Capone? ¿Y no recuerdas que Sammy dijo que tenía un lugar seguro donde ocultar a Júnior?

—Sí.

—Bien, pues es un lugar seguro. Tan seguro que Kearney no pudo hallarlo. Pero nosotros lo hallaremos esta vez, aunque tengamos que volar la casa. Y después sabremos si Sammy y su amigo Fingers nos han traicionado, o si el Rey se ha apoderado de ellos.

Reconoció la casa cuidadosamente, pero no había ningún signo de que hubiera un policía de guardia, y una ventana del primer piso sucumbió inmediatamente bajo la experta manipulación de *El Santo*. Fue después de esto cuando los problemas comenzaron a multiplicarse, y el resolverlos les llevó dos horas de metódica tarea.

Finalmente hallaron el «lugar seguro» al descubrir un tubo de ventilación que parecía tener un orificio de salida, pero no una boca de entrada. Después el campo se redujo simplemente a la bodega, y allí hubieron de hacer una

investigación pulgada por pulgada para hallar la probable entrada. Los recuerdos de Hoppy de sus días de contrabandista fueron provechosos y divertidos, aunque a veces terribles, pero al final no tuvieron más remedio que romper la pared de ladrillo. Bajo ella había una chapa de acero, pero en seguida descubrieron su mecanismo de apertura.

Se encontraron en una pequeña y confortable habitación amueblada con un sistema de ventilación en el techo, en la que Sammy the Leg, atado como un polluelo indefenso, yacía filosóficamente sobre un catre, desde el que levantó la cabeza para mirarlos.

—¡Hola, compañero! —dijo Hoppy, cuando le cortó las cuerdas con un cuchillo—. Ya creíamos que habías sido quitado de en medio o que habías levantado el vuelo.

—Yo no huyo —gruñó Sammy. Probó sus músculos experimentalmente—. Gracias, *Santo*. Temía que no iba a salir nunca de aquí. Aquellos piojosos bastardos se conformaron con dejarme aquí atado para que me muriera de hambre.

—¿No nos ha oído? —preguntó Simón—. Hubiera podido ahorrarnos bastante tiempo si hubiese gritado.

—No habría servido de nada. Esta habitación está hecha a prueba de sonidos. Les he oído hace un momento, desde luego, pero ustedes no habrían podido oírme. Además, ¿cómo podía saber yo quién era? He pensado que alguien estaba desvalijando la casa, y no habría podido hacer nada para impedirlo. —Se paseaba arriba y abajo como un oso peludo, hasta que al fin se detuvo ante la puerta—. Han tenido que romperla, ¿eh? Habrá que fijar el precio de eso. —Hizo una mueca—. Bien. Subamos arriba. Estoy hambriento.

Pero la primera cosa que hizo Sammy the Leg fue extraer de la nevera una botella de cerveza, destaparla, y tragarse todo su contenido. Se enjugó la boca con una mano velluda, suspiró, y miró a *El Santo* malévolamente.

—Piojoso traidor —dijo—. El tipo ése, no usted. Quiero decir Fingers. Vamos, siéntese. Beba cerveza. Espere un poco.

Volvió a la nevera y sacó un plato de patas de cerdo.

—¿Qué es lo que sucedió? —preguntó Simón.

—Fingers Schultz —contestó Sammy, royendo una pata—. Esto me servirá de lección. Nunca debe confiar uno en nadie. Ese pequeño bastardo llevaba conmigo tres años. Yo creía que podía confiar en él. Pude..., hasta que empezó a pensar que yo ya no era nadie y que otro podía pagarle mejor y protegerle.

—¿Como, el Rey de los Mendigos? —sugirió Simón.

—Yo no sabía nada acerca de eso. Fingers trajo a Frankie Weiss aquí. Me cogieron desprevenido. Fingers conocía la habitación de abajo y el modo de llegar a ella. Se llevaron consigo al tipo que usted trajo aquí, y a mí me dejaron tal como me ha encontrado. Lo gracioso es que el tipo no pareció muy feliz cuando vio a Frankie.

—Júnior fue muy bien trabajado —dijo Simón con entera sangre fría—. Le hicieron todas las preguntas que tenían que hacerle, y después lo quitaron de en medio.

Sammy royó reflexivamente el hueso de una pata, en tanto que sus pequeños ojos estudiaban a *El Santo*. Finalmente suspiró.

—Eso es muy malo. Supongo que tenía que suceder, pero no le hará a usted ningún bien. —El hueso de cerdo crujió desconcertantemente en la enorme garra de Sammy. Se levantó, tomó otra botella, y se la llevó a la boca—. ¿Quién pagará el estropicio de mi bodega? —preguntó abruptamente—. Todo lo que hace falta para abrirla es maniobrar un hilo que hay a mano derecha entre los ladrillos. No hubiera tenido que romper la pared de esa forma.

—¿Cuánto pueden costar las reparaciones? —Inquirió *El Santo*.

—Digamos doscientos.

Simón sonrió.

—¡Qué coincidencia! Lo que yo cobro por rescatar a personas amarradas y condenadas a morir es precisamente doscientos dólares. ¿De modo que estamos en paz?

Sammy contestó sin rencor:

—Ya me figuraba que no tendría éxito con usted, pero no había ningún mal en intentarlo. Fingers es el tipo que debe pagar por ello. Pero cuando yo me las vea con Fingers, no estará en condiciones de firmar cheques.

Simón encendió un cigarrillo.

—Lleva razón acerca de que la muerte de Júnior no me hará ningún bien —dijo—. En realidad, hicieron el trabajo encantadoramente bien y están intentando achacármelo a mí. Probablemente le interesará saber que una parte de sus manejos ha consistido en endosarme esta casa a mí. Ahora que sabemos más acerca de ello, hemos de reconocer que la cosa no estaba mal ideada. Usted nunca hubiera aparecido para hacer valer sus derechos, y si alguien hubiera hallado alguna vez su cuerpo, habría sido en mi casa y en forma tal como si yo le hubiera quitado de en medio para quedarme con ella... No hay duda de que el Rey es un pequeño y dulce intrigante.

Sammy the Leg le miraba con mezcla de congoja y consternación que parecía que estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Quiere decir... que le han dado a usted mi casa?

Sus ojos se humedecieron realmente cuando se fijaron lentamente en la horrible estancia.

—No se preocupe. Yo se la devolveré —dijo *El Santo* generosamente—. Lo único que deseo de usted es que me diga todo cuanto sepa. Por ejemplo, cuando Frankie y Fingers hablaron delante de usted, ¿dijeron algo que pudiera darle a usted cualquier idea acerca de dónde tiene el Rey de los Mendigos su principal escondrijo? ¿O dónde hubieran podido tener encerrado a Júnior, si hubiesen deseado hacerlo?

Sammy rumió pensativamente durante un rato, y finalmente tomó una decisión.

—Yo no soy un delator —dijo—, pero después de todo lo que esas ratas me han hecho... Desde luego, no dijeron mucho. Fingers dijo: «¿Por qué no trabajarle aquí?», y Frankie contestó: «Están esperándonos en casa de Elliott, y tenemos mejores medios allí».

Mr. Uniatz salió de un prolongado silencio durante el cual había estado refrescándose con una botella de whisky que había descubierto entre las provisiones de Sammy. Su retorno a la conversación pudo deberse a que en su mente se había agitado un pensamiento, o bien al hecho de que la botella estaba ya vacía.

—¿El «Hotel Elliott»? —dijo—. Pero si precisamente venimos de allí ahora...

—Y no lo hemos registrado —repuso *El Santo*—. Simplemente ha sido allí donde he empezado a pensar acerca de pasajes secretos. Por eso se me ha ocurrido que aquí debía haber algún escondrijo... ¡Un momento! —Se levantó súbitamente, y sus ojos se encendieron—. Sammy, ¿dijo «casa de Elliott» u «Hotel Elliott»?

Sammy le miró fijamente.

—Dijo «casa de Elliott» —afirmó positivamente—. Yo nunca he oído hablar del «Hotel Elliott».

—Naturalmente que dijo «casa» —dijo *El Santo*, con un alegre tono en su voz—. Naturalmente que dijo «casa». Si hubiera querido decir el «Hotel Elliott» lo habría dicho así, o le habría llamado «el hotel» o «el Elliott». No podían llamarlo «casa de Elliott»... ¡Hoppy, en marcha!

Hoppy se levantó obediente, pero con el ceño fruncido.

—Muy bien, jefe.

—Tiene que darme cinco pavos por el borbón —dijo Sammy. Cerró su velluda mano sobre el billete que *El Santo* puso en ella, y añadió—: Una cosa: déjeme a Fingers para mí, ¿quiere? Siento que debo arreglarle las cuentas yo mismo, por el bien parecer de las cosas.

—Lo intentaremos —prometió Simón.

Regresó a Chicago con la aguja del cuentakilómetros exactamente en el límite legal, pues ésta era una de las veces que no deseaba ser detenido. Su primer destino fue su propio hotel, pues estaba seguro de que era el último lugar donde Kearney esperaba hallarle de nuevo, pero en cualquier caso sus planes justificaban el riesgo.

Y la pieza encajó en su lugar como si lo hubiera hecho una máquina, con la asombrosa suavidad que muy a menudo parecía encajar los engranajes del destino de Simón Templar.

Había una carta en su casillero, del último reparto. Estaba dirigida a Hoppy, pero Simón la abrió tan pronto como vio el nombre de la firma de agentes de fincas de donde procedía.

Querido Mr. Uniatz:

Finalmente hemos logrado hallar la pista del propietario de la finca en el 7294 de Kelly Drive, en la cual está usted interesado.

El propietario es un tal Mr. Stephen Elliott, y creemos que consideraría una oferta...

Simón no leyó más. Se guardó la carta en el bolsillo, y un brillo de zafiro danzó en sus ojos.

—Vamos, Hoppy —dijo—. Tenemos que hacer los preparativos para una abdicación.

CAPÍTULO XIV

El teléfono situado junto al codo del oficinista sonó en aquel momento. El empleado lo tomó y dijo:

—Escribiente de noche al habla... —Sus ojos se posaron sobre *El Santo* y dijo—: Sí, precisamente está aquí...

Después sus ojos se iluminaron mientras estaban aún posados sobre *El Santo*. Simón vio cómo se hacían más grandes y redondos antes de que el hombre se apartara del mostrador y volviera la cabeza.

El Santo encendió lentamente un cigarrillo, pero ni siquiera sus hipersensibles oídos pudieron captar nada, pues el resto de la conversación tuvo lugar al otro extremo de la línea, hasta que el escribiente dijo:

—Muy bien. Haré lo que pueda.

Simón empezó a alejarse.

—Esto... Mr. Templar...

Se volvió.

—Dígame.

El escribiente sudaba. Su rostro estaba ligeramente rojo a causa del esfuerzo de intentar parecer natural.

—El administrador acaba de llamar, Mr. Templar, y desearía hablar con usted acerca..., acerca de una equivocación cometida en su nota.

—Me agradecerá hablar con él mañana, por la mañana —contestó *El Santo*—. Tendremos tiempo de hablar acerca... de esa equivocación cometida en mi cuenta.

—Viene hacia aquí ahora, señor —dijo el escribiente hablando por la nariz—. Si tiene la bondad de esperar unos pocos minutos...

La sonrisa de *El Santo* habría podido resplandecer etéreamente en el cristal pintado de una ventana.

—Me temo que no tengo tiempo —contestó—. Pero cuando el teniente Kearney llegue aquí, felicítele de mi parte por su nuevo empleo. ¡Oh!, y dele esta carta, ¿quiere?

Dejó sobre el pupitre la carta de los agentes de fincas, y apresuró a Hoppy fuera del vestíbulo antes de que el escribiente pudiera pensar en otra forma de retenerle.

De nuevo su coche se lanzó a través del tráfico con la máxima velocidad que toleraban las ordenanzas.

Las manos de *El Santo* estaban firmemente posadas sobre el volante y su bronceado perfil se mostraba implacablemente tranquilo contra las luces de la calle que iban dejando atrás. Mientras conducía como una máquina de precisión no cesaba de pensar en Mónica. En Mónica drogada, con su aterciopelada voz incoherente, sus enigmáticos ojos oscurecidos, su hermoso cuerpo indiferente y desvalido... Pensó en peores cosas que ésta, y una terrible frialdad le traspasó con tal intensidad que heló sus ojos dirigidos hacia delante.

—Soy un bruto, Hoppy —dijo, con una voz sin inflexión alguna—. Debiera haber sabido mantenerla mejor a ella al margen de este asunto... Desde luego, no hay duda de que se ha puesto de nuevo las ropas de mendiga. Ha ido al «Hotel Elliott». Pero a causa de lo que Júnior cantó, no ha permanecido allí ni un minuto. Probablemente se apoderaron de ella anoche mientras yo estaba preguntándome por qué no hacían nada contra mí. —Su voz tuvo un tono de amargura—. Para ahora le habrán dado ya un tratamiento y sabrán todo lo referente a mí. Lo único que ignoran es dónde me encuentro ahora. Esto está a nuestro favor.

—¡Quién lo habría pensado! —exclamó Hoppy perplejamente—. ¡Esa vieja cabra de Elliott...!

Simón no dijo nada.

La casa de Kelly Drive estaba tan oscura como la última vez que la habían visto. Era una pila de ladrillos con persianas opacas que hacían que las ventanas parecieran ojos sin vista.

Simón se dirigió a la puerta trasera, con Hoppy pisándole los talones. Habiendo probado la cerradura una vez, le llevó unos pocos segundos abrir la puerta.

Entraron en la oscuridad y un silencio roto tan sólo por el monótono y lento pulso de una canilla goteante. Estaban en la cocina. Al otro lado de la habitación estaba la puerta que se abría a las escaleras que conducían al sótano donde había tenido lugar la iniciación a la hermandad de los mendigos. Cuando Simón la tocó, se movió un poco: no estaba completamente cerrada, pero la oscuridad era aún más negra al otro lado del ligero intersticio. Se detuvo y escuchó de nuevo, pero no oyó nada. La oscuridad de la casa parecía indicar que no había ningún guardián, pero no quería llegar a temerarias conclusiones.

Balanceó la pistola en la mano y abrió del todo la puerta.

Entonces oyó un débil, pero claro movimiento, que produjo un momentáneo e incontrolable síncope en los latidos de su corazón y provocó un intenso cosquilleo en su columna vertebral. Poco después de haberse producido el murmullo, oyó un gemido soñoliento e inarticulado.

—¿Qué es eso? —murmuró Mr. Uniatz roncamente.

El Santo apenas se preocupó de bajar la voz. Después del primer instante de sacudimiento, reconoció tan vívidamente el murmullo y el gemido que la necesidad de un ulterior recató le pareció absurda.

—Es Mónica —contestó. Y empezó a bajar los escalones.

Su linterna de bolsillo rompió la oscuridad cuando empezó a registrar el sótano, y en el límite del resplandor la vio.

Yacía sobre un catre situado en un rincón de la bodega. Sus muñecas estaban amarradas a sus costados. Como él había esperado, llevaba las andrajosas ropas con las cuales la había visto la primera vez, pero la mayor parte de la caracterización de mendiga le había sido ásperamente arrancada de la cara. Sus ojos estaban cerrados, pero cuando la luz cayó sobre ellos, sus párpados se elevaron con infinito esfuerzo.

—No —murmuró roncamente—. No...

—Mónica —dijo él.

Reprimió la avidez de su paso cuando alcanzó el catre, para levantarla suavemente.

—Soy yo —murmuró—, Simón, Simón Templar.

Ella le buscó con los ojos cuando la tocó, y él pudo ver la contracción de sus pupilas. Volvió la luz de la linterna sobre su propio rostro, y después volvió a iluminarla a ella.

Mónica le reconoció por el sonido de su voz y por la breve visión que tuvo de él. Incluso a través de las nieblas de la droga se esforzó en conseguir el dominio de su mente, y él vio la ligera sonrisa que iluminó todo su rostro durante un instante. Ella intentó levantar la cabeza, y sus labios formaron su nombre:

—Simón...

Este esfuerzo fue todo lo que pudo hacer. Su cabeza se desplomó, y sus párpados se cerraron.

Y entonces, súbitamente, se encendió una luz que ahuyentó todas las sombras y disminuyó el destello de su linterna como un diluvio habría apagado una cerilla.

—Muy bien —dijo la seca voz de Frankie Weiss—. Tengo una pistola ametralladora. No intenten hacer nada, o los barreré a balazos a los tres.

El Santo se volvió.

La escalera detrás de él tenía escalones horizontales pero no sólidas contrahuellas. Es decir, un hombre oculto tras ellos tenía un buen punto de mira. El inequívoco cañón de una pistola ametralladora se mostraba a través de una de las aberturas, y detrás de *El Santo*, Mónica Varing yacía directamente en la línea de fuego.

—Suelten las pistolas y apártense —ordenó Frankie.

Simón obedeció.

Hoppy dijo:

—Jefe...

—No —le interrumpió *El Santo*—. No tienes ninguna probabilidad. Haz lo que dice Frankie.

La *Betsy* de Hoppy resonó ignominiosamente sobre el suelo.

La voluminosa Big Hazel Green salió de detrás de la escalera. Pasó junto a ellos, dio una patada a las pistolas y después las recogió con competentes manos. A continuación se apartó a un lado, y entonces apareció Frankie Weiss.

Su rostro estaba ligeramente sudoroso, pero el arma que sostenía en la mano se mostraba perfectamente firme.

—Es muy agradable volver a verle, Frankie —dijo Simón lentamente—. Tiene usted buen aspecto. Esa pequeña pelea que hemos tenido parece haberle sentado bien.

—Usted se cree muy listo, ¿verdad? —replicó Frankie soltando las palabras por un ángulo de la boca—. Bien, cuando yo le dé un pequeño vapuleo...

—El mismo diálogo de siempre —suspiró *El Santo*—. Desearía poder recordar cuántas veces he oído eso mismo. Frankie, me va a matar usted.

—Puede que no esté usted preocupado —sonrió con desprecio Frankie—. Siéntese sobre la cama y mantenga sus manos donde yo pueda verlas.

El Santo se sentó, y Mónica Varing se agitó de nuevo, intranquila. Él se sentía muy sereno ahora. La íntima exultación que el peligro avivaba siempre en él se había enfriado. Podía considerar fríamente todas sus probabilidades e igualmente tenía la arrogante confianza de que cuando llegara el momento haría más que cualquier otro ser humano.

—Simplemente deseo que sepa —dijo— que si ha hecho algo a Mónica Varing...

—No sea ridículo, Mr. Templar —dijo una nueva voz desde lo alto de la escalera—. Nosotros habríamos podido matar a miss Varing, pero yo nunca habría permitido semejante cosa.

Era Mrs. Laura Wingate.

CAPÍTULO XV

E*l Santo* la vio bajar las escaleras, mientras su cerebro se esforzaba vertiginosamente en recobrar su equilibrio. Era fantástico, descabellado. En un relato, por supuesto, lo habría adivinado mucho tiempo antes; pero él

había estado pensando estrictamente en realidades. Esto era irreal, y sin embargo, lo estaba viendo con sus propios ojos.

Ella continuaba siendo la misma fantástica figura extraída de un boceto de Helen Hokinson. Era sobresaliente por proa y por popa. Era una mujer gruesa, aparentemente sin seso, cuyos pensamientos parecían entregados a algo tan poco peligroso como planear reuniones teatrales o comprar Renoirs que no pudiera apreciar. Su labio inferior sobresalía un poco, y ése era el único cambio apreciable.

Miró a *El Santo*, y él sintió un ligero estremecimiento cuando sus ojos se encontraron. La resplandeciente luz parecía borrar todo color de sus ojos, y la viperina frialdad de su mirada en aquel empolvado rostro era chocante.

—Buenas noches, Majestad —dijo él.

Empezó a levantarse.

—¡Siéntese! —ladró Frankie, y *El Santo* alzó sus cejas al someterse.

—Perdóneme. Desde muy niño se me enseñó que hay que levantarse cuando una dama entra en una habitación..., especialmente si es una Reina.

Hoppy inquirió incrédulamente:

—¿Quiere decir que *esto* es el Rey de los Mendigos? ¿Este viejo saco?

—¡Cállese! —rezongó Frankie.

—No tiene ninguna importancia lo que pueden decir ahora —dijo Mrs. Wingate—. Hazel...

Big Hazel asintió y se acercó a una mesita. Abrió un cajón y sacó los materiales para una inyección hipodérmica: una jeringa, ampollas, algodón y alcohol. Empezó a colocar una aguja en la jeringa, tan eficientemente como una enfermera adiestrada. Simón se dio cuenta de que alguna vez podía haber sido enfermera.

—¿Nos va a dar a nosotros también un tratamiento? —inquirió.

Mrs. Wingate le dirigió una fría mirada.

—Ciertamente. Son muchas cosas que necesito saber inmediatamente. Y deseo estar segura de que va a decirme la verdad.

—Quiere saber a cuántas personas he hablado de esto, ¿verdad?

—Es mucho lo que depende de eso, Mr. Templar. He tomado mis medidas para desaparecer si es necesario. Pero espero que no será preciso aún..., y tal vez nunca.

—Ya veo —murmuró Simón—. Se sentirá segura si puede mantener a salvo su secreto mediante unos cuantos asesinatos más. Es usted muy lista, Mrs. Wingate; Debiera haber recordado mejor mis conocimientos del ajedrez. La reina es la pieza más peligrosa en el juego. No el rey.

—¡Vaya! —exclamó Hoppy, perplejo—. Una dama..., haciendo de Rey de los Mendigos. Y yo que creía...

—Que era Elliott. Bien, teníamos motivos para creerlo. Al principio empezamos a buscar a un hombre. Era exactamente el falso olor que Mrs. Wingate quería dejar cuando inventó su título. ¿Sabes, Hoppy?, hace mucho tiempo hubo una mujer egipcia que se coronó como faraón. Incluso insistía en aparecer con barba en público en las ocasiones solemnes. Mrs. Wingate nunca ha ido tan lejos, pero de todos modos su disfraz ha sido bastante bueno. Y también ha hecho buen uso de las propiedades de Stephen Elliott. El hotel, y esta casa. Parece estar especializada en esta clase de operaciones..., como darme a mi la casa de Sammy the Leg. No dudo de que si alguien hubiera entrado de lleno en la pista, Elliott habría sido el único que hubiera tenido que dar explicaciones.

—Miró pensativamente a Mrs. Wingate. —Entre nosotros, y puesto que ya no tenemos nada que ocultar, Laura, no me importaría apostar ahora que Elliott no tiene nada que ver con el asunto.

Una fría sonrisa apareció en la comisura de la boca de la mujer.

—Entre nosotros, y puesto que no tenemos ya nada que ocultarnos, Mr. Templar, le diré que ganaría esa apuesta.

Simón asintió, y observó a Big Hazel romper el cuello de una ampolla y empezar a llenar la jeringa.

—Ya que estamos de vena —dijo—, ¿sería ser indiscreto preguntarle qué nos sucederá después de que le diga que el teniente Kearney sabe dónde nos hallamos y se presentará aquí dentro de unos instantes?

El grueso rostro de Laura Wingate no mostró ninguna visible respuesta.

—Un viejo *bluff* como ése no me asusta —respondió—. Sobre todo teniendo en cuenta que conoceré la verdad dentro de pocos minutos. Pero me alegra poder contestar a su pregunta. Como usted debe recordar, tenemos una botella de whisky que usted abrió amablemente para Big Hazel. Tenía el propósito de colocarla en casa de Sammy the Leg, con objeto de achacarle la muerte de Cleve Friend. Pero la interferencia de miss Varing me ha hecho cambiar de planes. Me las ingeniaré de algún modo para probar que usted ha matado a Mr. Uniatz en una discusión motivada por unas joyas robadas. Poco después, usted y miss Varing serán hallados en su coche, ambos muertos de un balazo, y con una conveniente nota de despedida que escribirá usted mismo mientras esté drogado. Serán las víctimas de un sensacional pacto de suicidio... ¡Adelante, Hazel!

A Simón Templar le pareció más fría la habitación cuando ella cesó de hablar. En ese momento dejó de sentir cualquier remordimiento que hubiera podido experimentar antes. Aquellos fríos ojos le miraron desapasionadamente cuando Big Hazel se acercó a él con la jeringa en una mano y un algodón empapado de alcohol en la otra.

—Levántese la manga, *Santo* —dijo Mrs. Wingate—. A ¡menos, por supuesto que prefiera que Frankie empiece a disparar ahora. Pero yo creo que el sentido común le dirá que de ese otro modo será mucho menos penoso..., para todos.

Fue paralizador pensar que ésta era la misma mujer cuyas frases y pueriles risitas le habían hecho pensar una vez que era una ridícula caricatura.

Lentamente, Simón empezó a quitarse la chaqueta. Su calma de un momento antes se había congelado en un glacial cálculo. Había dejado tras de sí una pista lo bastante amplia para que pudiera seguirla Kearney, pero no tenía ninguna garantía de que la encontrara, o al menos de que la encontrara a tiempo. Sabía con gran claridad qué es lo que podía hacer, y con qué oportunidad debía hacerlo.

—Hoppy —dijo—, me temo que hemos cometido unas cuantas equivocaciones. Si hubieras continuado con tu tiro al blanco..., como una atareada abeja...^[3]

Hoppy parpadeó.

—¿Eh?

El Santo empezó a levantarse resignadamente la manga.

—Olvídalo. No puedes acertar en el blanco todas las veces.

Acabó de arrollarse la manga, y con el rabillo del ojo vio que la comprensión había iluminado el rostro de Hoppy.

Simón dijo:

—He aquí una habitación con todos los elementos de un drama violento. Esto exige un último minuto de silencio para el alma de los marinos, Mrs. Wingate.

La mujer posó su fría mirada sobre él.

—Extienda el brazo, Mr. Templar.

Simón suspiró y ofreció a Big Hazel su moreno antebrazo. Ella pasó el algodón sobre él, y le aferró la muñeca con una mano de atleta.

Una rápida mirada le permitió observar que la pistola ametralladora de Frankie estaba casi obstruida por la descomunal masa de Big Hazel, y después de eso apartó la mirada. Vio aproximarse la aguja de la jeringa, y todos sus músculos se relajaron y esperaron.

—Ahora, Hoppy —dijo fríamente.

Se oyó un sonido que reconoció en seguida, el indescriptible ruido que marcaba la expulsión de una BB disparada desde detrás de los dientes de Hoppy Uniatz...

Desde hacía algunas semanas, Hoppy estaba mejorando su puntería. Su boca había aprendido a disparar las balas como el cañón de una pistola, su puntería había mejorado considerablemente, y en cualquier caso con un blanco tan próximo no había ningún riesgo de errar. La BB, impelida con velocidad y violencia, completó el último toque de ultrajante ridiculez al acertar a Big Hazel Green en el ojo izquierdo.

La balanza de la situación se inclinó con sorprendente rapidez. La inmediata reacción de Big Hazel después de haberse introducido una partícula extraña en su aparato óptico fue bramar como un toro herido, soltar la muñeca de *El Santo* y llevar su mano libre al órgano herido.

Si simplemente hubiera intentado agarrar a Big Hazel, o golpearla en el mentón, probablemente la mujer se habría apartado. Pero el brazo de Simón Templar descendió con una velocidad que era imposible observar y su mano se cerró con peligrosa rapidez sobre las suyas. Y una de las manos de ella sostenía una jeringa hipodérmica de quebradizo cristal.

El cuello de la jeringa se convirtió instantáneamente en un montón de agudos fragmentos, que se hundieron dolorosamente en la carne de Big Hazel cada vez más profundamente a medida que el cruel apretón de *El Santo* se hacía más opresor. Todas esas facultades de ella estaban concentradas en la inmediata, vital y desesperante necesidad de abrir la mano antes de que los dedos empezaran a fallarle. Y ocupada en esto, no se hallaba en condiciones de darse cuenta de que la mano de *El Santo* la había hecho volverse de forma que bloqueaba por completo la línea de fuego de Frankie.

En ese mismo momento, Mr. Uniatz se movió con una agilidad que justificó admirablemente su sobrenombre. Se lanzó sobre la más próxima pistola, y disparó cuando su mano casi no se había cerrado aún sobre ella. El único sonido que profirió Frankie Weiss fue una extraña tos ahogada cuando se desplomó sobre el suelo, y la pistola ametralladora jamás llegó a ladrar...

—Muy bien —dijo la voz de Kearney desde lo alto de las escaleras—. Deténganse, o los dejo a todos donde están.

Simón apartó a Big Hazel y levantó la cabeza para sonreírle.

—Viejo Alvin —dijo—. Nunca es demasiado tarde para hacerle una reverencia.

CAPÍTULO XVI

Mónica Varing volvió la cabeza sobre la almohada, y su cabello se movió como una brillante madeja sobre el desnudo satín de su hombro. El vestido que llevaba descendía desde su cuello en una V tan profunda que Simón Templar, al inclinarse sobre la cama del hospital, sufrió un no inexplicable vértigo.

Suspiró ostensiblemente.

! Mónica sonrió. Su voz era una cálida tentación.

—¿Hay algo mal? Yo creía que todos sus problemas estaban enteramente resueltos.

—Lo están... casi todos. —Sonrió con perversidad—. El teniente Kearney ha conseguido una promoción, Elliott ha aclarado su buen nombre, Laura Wingate... —Sus ojos azules se oscurecieron—. Laura Wingate ha resistido más de lo que yo esperaba, pero finalmente ha confesado. Incluso Fingers Schultz ha recibido lo suyo. —De nuevo sonrió—. Parece ser que un tipo llamado Fingers Schultz fue recogido anoche en la calle y, aparentemente, resultó ser víctima de los disparos que le hizo un conductor que se dio a la fuga. Pero yo no he preguntado si el coche se parecía al de Sammy the Leg.

—Entonces, ¿por que esos suspiros tan profundos?

—Porque ahora difícilmente tendremos una excusa para seguir viéndonos. ¿Cuándo espera salir de aquí?

—Mañana. No tuvo ningún sentido traerme aquí, pero mi agente insistió en que debía descansar unos cuantos días. Esta noche representaré a Nora, como de costumbre.

—¿Y después de la sesión?

—Esperaba que me lo preguntara. ¿Qué es lo que está usted pensando?

El Santo sonrió.

—Exactamente lo mismo que usted.

EL ÁNGEL ENMASCARADO

(The Masked Angel)

CAPÍTULO I

En aquel momento, Simón Templar no disfrutaba de una emoción viva. Relajado tanto como la inmediata obra de carpintería le permitía en su silla de ring entre Hoppy Uniatz y Patricia Holm, mezclaba el humo de su cigarrillo con el olor a cigarro y sudor del «Manhattan Arena», y contemplaba los moribundos momentos del asalto semifinal con los azules ojos pensativos bajo los párpados perezosamente entornados. No siendo amigo de lograr sus emociones por medios artificiales, el hombre que era mejor conocido en el mundo como *El Santo* habría hallado poco motivo para excitarse aun cuando hubiera sido aficionado a tan sedentarias ocupaciones. Pero, dado que se encontraba allí, se mantenía en una postura elegante, con las bien definidas líneas de su rostro sumidas en una máscara de despego cuando observaba a los dos luchadores moverse alrededor del ring con los movimientos de bailarines de ballet con piernas de hierro danzando bajo el agua, y se entregó sin lamentarse a cualquier entretenimiento que la *soirée* pudiera proporcionarle.

En el ancho mundo, había incontables personajes que habrían considerado su presencia allí sin la menor ecuanimidad. Algunos de ellos, que de un modo u otro habían participado en muchas oscuras promociones en la lucha, habrían considerado como una injusticia personal que alguien como Simón Templar estuviera en libertad cuando muchos de sus mejores amigos no lo estaban. Otros, cuyas normas de equidad estaban atestiguadas por una insignia, habrían gritado con voz igualmente fuerte que no había nada básicamente desdichado en el destino de un policía excepto cuando *El Santo* se metía en medio.

Si el inspector Fernack, por ejemplo, le hubiera visto allí, ese vigilante esbirro de la ley habría pensado sombríamente en ello. Su larga experiencia

obtenida en anteriores encuentros con ese asombroso bucanero moderno que era *El Santo*, le habría hecho sentir que Simón no tenía ningún ortodoxo interés en aquella aburrida velada de boxeo. Probablemente, la principal pelea entre Torpedo Smith y el famoso Ángel Enmascarado sería más interesante, pero Simón Templar no había ido allí simplemente para entretenerse. Esto era algo que John Henry Fernack nunca hubiera creído.

Y en esta ocasión habría estado en lo cierto.

Gritos de burla acogieron la actuación de los dos luchadores sin alterar por eso el equilibrio de su minué. Todos los pies de los espectadores empezaron a golpear el suelo con metrónoma desaprobación, y la silla de Simón crujió cuando la voluminosa masa situada a su izquierda añadió su peso a la estrepitosa cantata. La chillona voz de su propietario lanzó un metálico alarido con los reminiscentes tonos del bramido de un búfalo ahogado por agua. *El Santo* se dio cuenta de que aquel aullido era simplemente la versión de Hoppy Uniatz de un gruñido de disgusto.

—Jefe —dijo—, ¡esto es muy aburrido! —Las arrugas que se formaron en su frente fueron la profunda expresión de su disgusto—. Yo debiera subir ahí arriba y arrojarlos a los dos del ring.

Los impulsos de Hoppy eran hermosos en su recta simplicidad y homicida honestidad. El pequeño glóbulo de protoplasma que se ocultaba dentro de su pétreo cráneo, desarrollando las nominales funciones de un cerebro, conducía a su cuerpo exclusivamente a lo largo de caminos de acción primitiva y directa, sin encontrar obstáculos representados por sutiles pensamientos o consideraciones teológicas. Las torturas del pensamiento las dejaba enteramente al hombre a cuya buena estrella había enganchado su vagón. Para Hoppy, *El Santo* no era de este ordinario mundo: era un Merlín que realizaba extraños milagros con divina negligencia, y cuyos sorprendentes planes estaban concebidos con sobrenatural facilidad y obtenían inevitables éxitos a través de profundos milagros de intelecto. Por eso Hoppy le seguía con ciega y complaciente obediencia.

El Santo le sonrió suavemente.

—Cálmate, compañero. Esto no es la lucha que hemos venido a ver.

La muchacha de cabellos dorados que se sentaba a la derecha de Simón sonrió.

—Jamás hay que mirarle los dientes a un caballo regalado —le amonestó Patricia Holm.

—Una frase desagradable —replicó *El Santo*, secamente.

—¿Eh? —Hoppy miró a la amiga de *El Santo* con la boca abierta en un gesto de perplejidad—. ¿Caballos? —Su rostro, que tenía un familiar parecido con los que se ven en los *tótem* designados para espantar a los malos espíritus, fue un poema de asombro—. ¿Qué caballos?

—Después de todo —dijo Pat—, estamos aquí como invitados, y...

El sonido del gong anunció el final del combate y anuló la necesidad de ulteriores explicaciones. El sonido oprimió el disparador de unos atronadores aplausos y silbidos cuando los no fatigados gladiadores se dirigieron a sus respectivos ángulos para esperar la decisión. Ésta llegó rápidamente. Un combate nulo.

—¡Qué engañifa! —murmuró Hoppy.

—Ni golpes, ni carreras, ni lucha —replicó Simón sardónicamente.

—Tenían un gran respeto el uno por el otro, ¿no es cierto? —observó Pat inocentemente.

—¡Respeto! —explotó Hoppy—. Esos tipos no han hecho sino perseguirse. Yo hubiera podido romperles la crisma a los dos juntos con las manos atadas a la espalda. —Bulló legítimamente ultrajado—. Espero que el Ángel Enmascarado no deje fuera de combate a Torpedo Smith *demasiado* de prisa. Debe concederle por lo menos un par de rounds para que podamos ver *algo* de lucha.

—Si hay algo de lucha que ver —dijo Simón, ausentemente—, por lo menos estamos en buena posición para verla.

La cincelada delgadez de sus pómulos y su mandíbula resaltó vivamente cuando encendió un cigarrillo. Pat, mirando la llama un instante reflejada en aquellos ojos azules y burlones, sintió una familiar oleada de anhelo y orgullo. Pues él era la verdadera reencarnación de aquellos corsarios que conocieron la grandeza de España, un moderno bucanero consagrado a la peligrosa aventura, un caballero tan variable como un camaleón, que siempre sería la más segura y escurridiza cosa en su vida.

—Sí —concedió Hoppy gruñonamente—. Estos asientos no son nada buenos. Usted debe de tener alguna dificultad con el promotor.

—No lo he visto en mi vida.

Simón no le escuchaba realmente. Sus ojos estaban torcidos hacia su izquierda, mirando a través de un reflexivo penacho de humo donde Steve Nelson estaba sentado una docena de sillas más allá, esperando subir al ring para ser presentado como el campeón que defendería su título contra el ganador del combate de aquella noche. Sin embargo, no era a Nelson a quien Simón estaba observando. Era a la muchacha que se hallaba sentada junto a

Nelson: una muchacha con rizados y lustrosos cabellos negros, grandes ojos verdes, y una nariz cuya petulancia era la más hermosa reproducción de la trompa de su señor irlandés.

—Supongo que ha pensado que éste sería el más encantador modo de presentarse —se burló Patricia—. Tres sillas, de ring, eso es todo. Y enviadas por un especial mensajero, nada menos. ¡Un cumplido de Mike Grady y el «Manhattan Arena»!

La muchacha del negro cabello había vuelto la cabeza y, por un breve instante, su mirada se cruzó con la de Simón. Él habló sin separar sus ojos de los de ella.

—Querida Pat, estás dando demasiado por concedido. No ha sido Mike quien las ha enviado.

—¿No?

—No. Ha sido su hija. Connie. La que está sentada en la silla tercera en la fila de enfrente.

Ella siguió su mirada.

No había ninguna expresión de coquetería en los ojos de la muchacha de cabellos negros. Había algo completamente diferente: un ligero destello de gratitud moderado por una ansiedad que oscurecía su clara y traviesa belleza. Después volvió la cabeza.

Pat sonrió con felina dulzura.

—¡Ya veo! ¡Qué hermoso por su parte haber pensado que podías necesitar alguna diversión!

Los porcinos ojos de Hoppy parpadearon.

—Jefe, ¿es ésa la muchacha amiga del campeón?

—Eso es lo que he oído. —Simón sonrió y expulsó un anillo de humo que ascendió lentamente sobre la silla de enfrente y formó alrededor de la calva cabeza de su ocupante un halo de azul pálido.

Un estallido de alegres gritos acogió la entrada de Torpedo Smith en el ring.

—¿No debieras ser más cuidadoso al escoger tus damas? —inquirió Pat con azucarado afecto.

—Tengo que afrontar los azares de mi profesión —explicó Simón, con una expresión de burlona travesura en sus ojos azules—. Pero puede que haya algo divertido en esto..., aunque no me refiero a lo que *tú estás* pensando, querida.

El recuerdo de la visita de Connie, y su confuso ruego para que viniera a ver el combate, se dilató en su mente como el recuerdo de una extraña

música, algo así como el ruido de una sirena despertando en un viejo y familiar estremecimiento, presciente e instintivo, advirtiéndole de que el peligro no era menos peligroso porque aún fuera desconocido.

El público estalló en una tonante exclamación.

—¡Es el Ángel! —proclamó Hoppy—. ¡Está subiendo al ring!

La sensación del boxeo estaba ciertamente, ascendiendo al ring. Oprimió su enorme torso contra las cuerdas, y cuando se elevó, *El Santo* vio que la máscara no era en realidad sino una negra caperuza ajustada a su cabeza semejante a una patata con aberturas para los ojos, nariz y boca, y ajustada con una cuerda entre la barbilla y los hombros en el lugar donde estaría el cuello de una persona normal, pero que en el Ángel no era más que una imaginaria línea de demarcación. Se dirigió a su ángulo como un pelado gorila y elevó sus vendadas manos sobre su cabeza en un saludo al entusiasmo público.

Patricia se estremeció.

—Simón, ¿esto es..., esto es un hombre?

El Santo sonrió burlonamente.

—Nunca vemos cualquier combate con la hermosura de su cuerpo, pero, por supuesto, aún no hemos visto su rostro. Puede ser hermoso.

—*Nadie* ha visto su rostro —confió Hoppy—. Los ladrones que llevan una máscara no se preocupan de que se sepa quiénes son realmente, pero el doctor Spangler no ha dejado que nadie sepa quién es su muchacho. Puede que eso traiga buena suerte. ¡El Ángel Enmascarado no ha perdido aún un combate!

—¿El doctor Spangler?

Hoppy afirmó con la cabeza. Señaló a un caballero bien vestido y majestuoso que se parecía más a un director de Banco en una noche de diversión que al manager de un boxeador. En aquel momento sostenía una sonriente conversación con uno de los segundos del Ángel.

—Ése es el doctor. Es el tipo que ha descubierto al Ángel en alguna parte. Sin duda ese doctor es un tipo listo, jefe.

El Santo sonrió agradablemente.

—Puedes decir eso otra vez.

Los notables rasgos de la historia del estimable doctor Spangler pasaron a través de la mente de Simón Templar en rápida sucesión: una ficha que, entre muchas otras, desfiló con inexorable claridad en el índice infinito de una memoria cuya capacidad se mostraba de vez en cuando como una de las más útiles herramientas de su profesión.

—En quince combates —explicó Hoppy— ha conseguido que el Ángel salga de la nada y que dentro de tres semanas luche con el campeón.

Pat alzó una ceja.

—¿Aun cuando Torpedo Smith lo deje fuera de combate?

—Ja, ja —se rió Hoppy despectivamente—. ¡Ese tipo no tiene una probabilidad! ¡El Ángel no va a tener ni para empezar! Espere y ya verá.

El campeón, después de haber estrechado las manos a los dos contendientes, descendió del ring y volvió a sentarse junto a Connie Grady. Los dos luchadores abandonaron sus ángulos cuando el árbitro los llamó al centro del ring para darles instrucciones.

Pat, con los ojos muy abiertos, sacudió la cabeza incrédulamente.

—Simón, ese hombre con la máscara... es... ¡es fantástico! ¡Qué brazos! ¡Sus guantes casi le tocan las rodillas!

—Un fascinador ejemplo de evolución inversa —observó Simón.

Ciertamente, el Ángel Enmascarado era un notable espécimen. Con sus brazos colgados a lo largo de su enorme y peludo cuerpo era la antítesis de la clásica concepción de un atleta. Con el pecho caído y el vasto vientre ondulándose en rollos, olas y pliegues, parecía cualquier cosa menos un atleta; y aunque sus caderas se estrechaban ligeramente en las proporciones de un gorila, sus blandos muslos se hinchaban como un par de enormes salchichas, sosteniendo a un par de piernas semejantes al tronco de un árbol.

—Un fenómeno —decidió Pat—. Lleva esa ridícula máscara porque tiene una cabeza muy pequeña.

—Pero aun así puede hacer algo bueno. Tienes que admitir que hace que Hoppy parezca como una criatura de una hermosura alegre y viva.

—En ese oficio, jefe —murmuró Hoppy con gran juicio—, no es preciso que uno sea bien parecido. —Súbitamente se levantó y se inclinó hacia adelante—. ¡Bien por Whitey!

—¿Qué pasa? —preguntó Simón, siguiendo su mirada.

Hoppy señaló con el dedo al grupo compuesto por los dos contendientes y sus respectivos masajistas situados en medio del ring escuchando al árbitro.

—¡Jefe, jefe! ¡Aquel que está detrás de Torpedo Smith! ¡Su masajista! ¡Es mi viejo camarada Whitey Mullins!

Los contendientes y sus segundos volvieron a sus respectivos ángulos. Whitey Mullins, un hombrecillo delgado, con rostro rojo y cabellos rubios, que llevaba un jersey de cuello alto, trasladó a Smith a su ángulo y descendió del ring, llevándose el taburete. *El Santo* lo reconoció como uno de los segundos profesionales relacionados con el «Manhattan Arena».

—Uno de los propulsores de Torpedo, ¿verdad?

Hoppy asintió.

—Trabajó conmigo cuando yo era boxeador, jefe. —Felices recuerdos de otros tiempos iluminaron su rostro de esperpento con reminiscente éxtasis—. Me llamaban Ciclón Uniatz.

—Sin duda eso explica por qué no te levantas antes del toque de diez — observó Simón.

—¿Eh?

Pat rió entre dientes cuando el gong sonó anunciando el primer round.

El Ángel avanzó hacia adelante lentamente, manteniendo los brazos altos, mirando cautamente entre sus guantes a Torpedo Smith. Éste, que había llegado a los más altos puestos del pugilismo a través de una serie de victorias más larga que la ininterrumpida serie de *knockouts* de los cuales podía alardear el Ángel Enmascarado, se movió cautamente alrededor de su oponente, lanzando izquierdazos de tanteo a la barrera de brazos que el Ángel mantenía ante sí. El Ángel se volvía lentamente cuando Smith se movía en torno a él, con la fantástica cúpula negra de su enmascarada cabeza hundida protectivamente entre sus enormes hombros y las pequeñas hendiduras de sus ojos mirando vigilantes. Mantenía a Smith ante él sin intentar un solo golpe. Torpedo se movió a su alrededor más lentamente con cierta perplejidad, como si no pudiera comprender la repugnancia del Ángel a lanzarse al ataque, pero él mismo temía correr riesgos.

Reinaba un gran silencio entre el público, un sentido de espera como si fuera a explotar una bomba cuya mecha estuviera ardiendo ante sus mismos ojos.

Pat habló por último.

—Pero, Simón, no hacen otra cosa sino mirarse el uno al otro.

—¡Vamos, Ángel! ¡Haz picadillo con ese tipo!

Pero el Ángel, con suprema indiferencia a este aliento, simplemente siguió volviéndose, rechazando los hurgonazos de tanteo de Torpedo Smith y mirando a través de su siniestra máscara, tensamente vigilante.

El público estalló en gritos cuando Torpedo, súbitamente, lanzó un gancho de izquierda al estómago del Ángel, haciéndole doblarse. Entonces, desprendiéndose de toda precaución, se lanzó a un veloz ataque de izquierdazos y derechazos. El Ángel, protegiéndose con los brazos, guantes y codos, retrocedió hasta un ángulo y se agachó hasta que el gong señaló el final del round.

Pat sacudió la cabeza con perplejidad.

—Simón, no lo comprendo. Este Ángel Enmascarado da la sensación de que no sabe luchar en absoluto. Todo lo que ha hecho es cubrirse como una tortuga mientras el otro hombre intentaba hallar algún lugar en que golpearle.

—¡Oh, espere, espere! —aseguró Hoppy—. Este combate no ha terminado todavía. —La gente ha apostado tres a uno a que el Ángel deja fuera de combate a Smith dentro de seis rounds. *Gana* todos sus combates por K. O.

El Santo observaba los dos contendientes, a quienes les daban las acostumbradas libaciones de agua y los consejos entre round y round. Sonrió pensativamente.

—El Ángel Enmascarado tiene un manager muy inteligente.

El gong sonó anunciando el segundo round y Torpedo Smith abandonó impulsivamente su ángulo. Ganando confianza con cada golpe, hizo retroceder a la estremecida masa del Ángel, haciendo que el público se pusiera de pie vociferando excitadamente.

—Hoppy —dijo *El Santo*, inclinándose sobre el oído de Mr. Uniatz—, ¿tú crees que al Ángel le sirve de protección ese negro calcetín que lleva sobre su cabeza?

—¿Eh? ¡No, jefe! Sus combates jamás duran lo bastante como para recibir golpes. —Los ojos de Hoppy bizquearon ansiosamente—. ¡Maldita sea! ¿Por qué no lo deja fuera de combate? ¡Torpedo Smith le está dando una buena paliza!

Pat daba saltos en su silla, con la suave línea de sus labios desunida a causa de la excitación.

—¡Y yo que creía que el Ángel era tan maravilloso! ¡Vamos, Torpedo!

—¡Están en las cuerdas! —exclamó Hoppy roncamente.

Los ojos de halcón de *El Santo* se estrecharon repentinamente. ¡No, era Torpedo Smith quien estaba en las cuerdas ahora! ¡Y el Ángel dominaba...! Algo había sucedido. Algo que él no había visto. Aferró el brazo de Hoppy.

Algo iba definitivamente mal con Torpedo Smith. Sacudía su cabeza desesperadamente como si deseara aclararla, con una mano en la cuerda más alta y con la otra intentando mantener alejado al monstruo enmascarado de negro que ahora se había lanzado al ataque con el firme e implacable poder de un martillo pilón.

—¡El Ángel está atizándole ahora! —gritó Hoppy—. Ya se lo había dicho yo, ¿verdad? ¡Ya se lo había dicho yo!

—Su enorme voz se elevó sobre los enormes gritos del público. —¡Smith ha caído!

Torpedo Smith, evidentemente desvalido, había caído bajo el repetido impacto de los golpes del Ángel y ahora yacía donde había caído, boca abajo, inmóvil, hasta que sonó el gong.

El mar de humanidad empezó a refluir como una marea hacia las puertas de salida, el vasto zumbido de sus voces y sus pasos cubiertos por el retumbante himno del tubo de un órgano tocando «Anchors Aweigh» desde alguna parte en las entrañas del coliseo.

—¿Lo ha visto, jefe? —exultó Hoppy mientras se deslizaban al pasillo—. Ha sido como yo le había dicho. ¡El Ángel es dinamita!

Pat sacudió compasivamente su dorada cabeza.

—¡Qué pobre hombre! ¡Esa horrible criatura le ha golpeado cuando estaba desvalido! ¿Por qué no le ha detenido el árbitro?

Se volvió, dándose cuenta, de pronto, que *El Santo* no estaba detrás de ella. Miró a su alrededor perpleja.

—¡Simón!

—Está allí —Hoppy señaló con su manaza hacia el final de la fila que acababan de dejar—. ¡Jefe!

Mientras los ocupantes de las primeras filas pasaban junto a él, *El Santo* estaba de pie observando los esfuerzos de Whitey Mullins y sus asistentes para revivir al dormido Smith.

Hoppy acometió a la corriente con el irresistible empuje de un acorazado de combate, y regresó junto a Simón con Pat completamente excitada.

—¿Qué pasa, jefe?

—¿Qué es, Simón?

El Santo la miró y luego volvió a mirar al ring. Tomó una bocanada final del humo de su cigarrillo, y arrojando la colilla la aplastó cuidadosamente con un pie.

—Han llamado al doctor de la Comisión de Boxeo para que examine a Smith —dijo.

Patricia miró al ring.

—¿Está aún inconsciente?

—Eso no es nada —despreció Hoppy el desvanecimiento de Smith con un desdeñoso gesto—. Yo conocí una vez a un tipo que estuvo doce horas dormido, y cuando...

—Espera un momento —le interrumpió *El Santo*, y se acercó hacia el ángulo de Smith cuando Whitey Mullins descendió del ring.

—¡Whitey! —bramó Hoppy alegremente—. ¿Qué pasa, compañero? ¿No podéis despertar a esa belleza durmiente?

Whitey le miró sin reconocerle, con su amplia boca crispada.

Hoppy parpadeó.

—¡Whitey! ¿Qué es lo que pasa?

Pat miró al ring con súbita inquietud.

—¿Está Smith muy mal herido?

El pelirrojo hombrecillo la miró durante un momento con crispados labios. Cuando habló, su fuerte acento de Brooklyn estuvo engrandecido por un tono de tragedia.

—Ha muerto —contestó, y se alejó.

Los espectrales timbales de sombría aventura batieron un terrible toque de somatén en el interior de *El Santo*, ahora mucho más altos que cuando por primera vez había oído sus débiles y lejanas notas en el aturrido ruego de Connie Grady para que desentrañara el siniestro enigma de las victorias del Ángel y salvara a su prometido de un desconocido peligro. Esos tonos los había notado en la nebulosa confusión de su ruego, en la torturada sospecha no formulada que se leía en sus obsesionados ojos... Ahora oía de nuevo su creciente redoble, un fantasmal estribillo que le erizó la piel a través de unos extraños escalofríos.

Habló suavemente al oído de Pat.

—Querida, acabo de recordarlo. Hoppy y yo tenemos que atender inmediatamente un asunto vitalmente urgente. ¿Te importa ir a casa sola... por una vez?

Patricia Holm le miró severamente, pero su resentimiento desapareció rápidamente de su hermoso rostro para dar paso a una inquieta resignación. Le conocía muy bien.

—¿De qué se trata, Simón? ¿Qué vas a hacer?

—Ya te lo explicaré después. Tengo que darme prisa. Sé buena chica. — La besó ligeramente—. Ya te informaré —prometió, y la dejó observándole mientras avanzaba por la larga rampa de cemento que conducía a los vestuarios de los luchadores, con Hoppy siguiéndole como un oso feliz.

CAPÍTULO II

La puerta del vestuario número uno, bajo el suelo del «Manhattan Arena» rechinó y se estremeció cuando los reporteros deportivos salieron al corredor protestando de su exclusión. Uno de ellos gritó:

—¿Quién se cree que es ese gordinflón? ¿La Greta Garbo?

Detrás de la puerta cerrada, el doctor Kurt Spangler se frotó su brillante cabeza calva y escuchó benignamente el estrépito armado por los disgustados periodistas.

—Tal vez sería mejor que les concediera una entrevista, ¿no, doctor? — La montaña de carne que yacía sobre la mesa de masaje levantó la cabeza semejante a una berenjena—. No quiero que piensen que soy desagradable.

El Ángel, ahora sin máscara, parpadeó, con una expresión de excusa en sus ojos castaños, bajo la sombra de unas cejas en las que se veía la huella de incontables y antiguos cortes y contusiones.

—No te preocupes de lo que piensen —contestó el doctor Spangler animadoramente—. Deja que te menosprecien... que te ultrajen... que te odien. —Su voz sonora se hizo más confidencial—. Eso es precisamente lo que queremos.

El Ángel suspiró infelizmente. Su cabeza volvió a caer sobre la mesa cuando los dos masajistas le quitaron los guantes, los arrojaron a un rincón y procedieron a liberarle las manos de las vendas que llevaba arrolladas.

—Cuanto más te critiquen los periódicos —explicó el doctor Spangler— más pagará la gente para verte derrotado.

—Se frotó las manos, considerando al Ángel con todo el orgullo que un granjero podría mostrar al observar a su perro de presa —Kid McCoy, por ejemplo— comentó el doctor —hizo una fortuna debido a que el público le odiaba. La gente, con la esperanza de que sería descuartizado, pagaba para verle luchar. Sólo que no lo fue... hasta después de haberse convertido en campeón. Y tú tampoco serás derrotado. No mientras continúes siguiendo mis instrucciones.

El Ángel gruñó cuando Karl, uno de los masajistas, sobó la montañosa masa de su vientre. Su cuerpo desnudo, una colorada masa de monstruosas convexidades, brillaba bajo las luces encendidas con un resplandor de sudor aceitoso que destacaba las rojas manchas donde los guantes de Torpedo Smith habían golpeado. Su nariz chata, la carne retorcida que eran sus orejas, evidenciaban que él descubrimiento del doctor Spangler, lejos de ser un *supernova* en el firmamento pugilístico, era realmente un baqueteado veterano.

—He actuado con Smith como usted dice, ¿verdad, doctor? —preguntó el Ángel.

¡Ciertamente! Esta noche has seguido mis instrucciones al pie de la letra. Recuerda que debes mantenerte siempre cubierto hasta que tu contrincante

parezca un poco descuidado. —Spangler le dio unos golpecitos sobre su enorme hombro—. Has sido grande esta noche, muchacho.

El Ángel levantó su corto cuello, con una mueca de agradecimiento en su rostro en forma de pera.

—Gracias, doctor —dijo, y volvió a bajar la cabeza—. Siempre intentaré hacerlo como usted dice. —Suspiró como un dirigible desinchándose—. ¿Pero por qué la gente cree que soy antipático? Preferiría gustarles. A mí me gustan ellos.

El doctor Spangler suspiró pacientemente, pero no se vio obligado a dar ulteriores explicaciones debido a que se oyeron fuertes golpes en la puerta. Se volvió resignadamente al satélite con rostro de zorra que estaba desatando las zapatillas del Ángel.

—Maxie, quizá será mejor que salgas y tengas unas palabras con nuestros amigos periodistas.

Maxie asintió brevemente. Se dirigió a la puerta, la abrió bruscamente y salió.

El doctor Spangler escuchó con admiración las protestas de los reporteros que se fueron desvaneciendo gradualmente hacia el vestíbulo.

Karl, el otro secuaz, había cesado de sobar al Ángel y estaba escuchando con un cierto grado de envidia.

—Doctor —sugirió—, ¿no será mejor que salga a ayudarle a expulsarlos?

El doctor Spangler sonrió, mirando hacia la puerta medio abierta. Solamente las distantes blasfemias de Maxie eran aún audibles, y éstas también cesaron finalmente.

—Creo que Maxie ha dominado la situación —dijo Spangler con agrado—. Será mejor que acabes de quitarle al Ángel las zapatillas para que pueda ducharse y vestirse. Tenemos que ir a cenar.

El Ángel se incorporó y se quedó sentado.

—Estoy hambriento —anunció pesadamente—. Quiero tomarme un doble de cerveza y comerme unos filetes con patatas.

Los descoloridos ojos de Spangler se deslizaron tiernamente sobre el vientre del Ángel.

—Tendrás un triple *filet mignon* con trufas en el «Waldorf Astoria» tres veces al día si ganamos el título.

El Ángel sonrió estúpidamente.

—Déjeme a mí, doctor. Ganaré a Nelson.

—Desde luego que le ganarás... si recuerdas siempre hacer exactamente lo que te digo. Solamente por obedecer mis instrucciones has dejado pasar el

primer round esta noche... y no lo olvides. Quiero que luches para ti, muchacho.

—Felicitaciones —dijo *El Santo*.

—Sí —gruñó Hoppy, dándole una patada a la puerta y cerrándola tras ellos—. Hermoso trabajo, doctor.

Durante un segundo estático, el doctor Spangler, Karl, y el macizo Ángel compusieron un cuadro de profunda sorpresa. Después el rostro coloradote de Spangler se puso aún más encarnado.

—¿Quién diablos...?

—Perdónenos —le interrumpió *El Santo*. Se quitó de la boca el cigarrillo y desprendió la ceniza reflexivamente, indicando a Mr. Uniatz, que permanecía a su lado con el negro cañón de una automática sobresaliendo de su velluda mano—. Mi amigo y yo no hemos podido resistir la tentación, doctor... especialmente cuando su hombre ha dejado la puerta abierta para perseguir a esos reporteros hasta el vestíbulo. —Se olvidó de añadir que en ese momento Maxie estaba reposando pacíficamente en el cuarto de las escobas, donde Hoppy le había metido después de un encuentro sumamente breve—. Guarda esa pistola, Hoppy —reprobó—. Esto es estrictamente social.

Hoppy obedeció lentamente. Estaba mirando fijamente a la desnuda masa del Ángel como si la capacidad mental que poseía no pudiera aceptar la evidencia de sus ojos.

—Salgan de aquí —rechinó Karl.

Su voz, como sus ojos remontados por peludas cejas, era lisa, obtusa, sin tono. *El Santo* lo apreció de una sola mirada: pequeño, rechoncho, un tipo de fuerte constitución cuya mandíbula estaba de acuerdo con las formas macizas de los hombros.

—¿Por los cuernos del diablo? —una incrédula perplejidad elevó en el octavo el acento de bajo de Hoppy. La extática identificación iluminó lentamente su arrugado rostro como la luz del sol del amanecer una roca—. ¡Bilinski! —exclamó—. ¡Barrelhouse Bilinski!

El Ángel, que había estado observando a Hoppy con la misma concentración y con la boca abierta, se deslizó lentamente de la mesa y se puso de pie. Una recíproca luz se encendió en el horizonte de su memoria y le iluminó el rostro.

—¡Santo cielo! ¡Hoppy Uniatz!

Prácticamente cayeron el uno en los brazos del otro.

—Bien, bien, bien —pronunció *El Santo* lentamente—. Viejos y queridos compañeros. ¿Querrán tal vez quedarse a solas?

—¿Eres tú el Ángel Enmascarado? —preguntó Hoppy con voz enronquecida por el placer—. ¿Tú?

—Sí, seguro, Hoppy. ¡Soy yo!

—Jefe, este es Barrelhouse Bilinski. ¡Barrelhouse, conoce a *El Santo*!

—¡Fuera de aquí!

La voz de Karl se alzó un tanto, mientras su mano derecha se deslizaba hacia un bolsillo.

—Yo en tu lugar no lo haría, camarada. —*El Santo* sonrió desdeñosamente, con un brillo en sus ojos como la luz de verano en un cielo azul. Su mano estaba hundida negligentemente en un bolsillo de su bien cortada americana de sport—. Me desagradaría hacerte un agujero en la piel, pero tu ombligo es un blanco realmente tentador.

Karl dejó caer la mano a un costado.

—Doctor, éste es compañero de mis viejos tiempos. —El Ángel se volvió a Spangler sonriente—. ¡Hoppy Uniatz!

—Encantado... Ahora, Karl —dijo el doctor Spangler con desaprobación—, procura no ser un patán.

—¡Yo y Barrelhouse solíamos rompernos la crisma cada semana! —exclamó Hoppy roncamente—. Una vez luchamos en todo el país. Una semana ganaba yo, y a la semana siguiente ganaba él. ¡Vaya pareja!

—Me lo imagino —murmuró *El Santo*.

Spangler sonrió a Simón con reanimada benevolencia.

—Debiera haberle reconocido, Mr. Templar, pero en cierto modo me ha cogido de sorpresa, ¿sabe? No esperaba una visita de *El Santo* en este particular momento.

—El placer —dijo Simón, inclinándose— es todo mío.

—No del todo, mi querido amigo. Yo... ejem... esperaba su visita de un momento a otro, debido a que conozco sus propensiones parasitarias.

El Santo alzó una ceja.

—¿Parasitarias?

El doctor Spangler rio entre dientes.

—Perdóneme. Simplemente me refería a su costumbre de vivir de las empresas de otras personas.

—Indudablemente quiere decir que esperaba mi visita para llevarme una buena tajada de su parte en el negocio con el Ángel Enmascarado, ¿no es eso?

Spangler se encogió de hombros despectivamente.

—¡Eso mismo!

—Doctor, ¿de qué se trata? —preguntó el Ángel con una mueca de perplejidad que puso al descubierto muchos dientes rotos—. ¿Qué es lo que quiere?

—Tómalo con tranquilidad, Barrelhouse —dijo Hoppy—. Esto es estrictamente social.

El Santo se rió.

—Está usted equivocado, doctor.

—¿Sí? —dijo Spangler—. Siempre he sabido que nuestros caminos se cruzarían algún día en algún inesperado punto de la extraña geometría de la providencia. Tenemos mucho en común, Templar. Podríamos trabajar juntos.

Una llama burlona danzó en los azules ojos de *El Santo*.

—Debe ser usted buen psicólogo, doctor, para haberme reconocido tan pronto. No puedo recordar que nos hayamos conocido antes.

—Cierto —asintió Spangler graciosamente—. Sin embargo, su fotografía ha aparecido muchas veces en los periódicos.

—También la suya —dijo *El Santo*, haciendo uso de su memoria—. Pero no en los periódicos. Generalmente clavado en las oficinas de correos, bajo la palabra: «Se busca».

Spangler se rió entre dientes.

—Es usted divertido.

La luz de los ojos de Simón se convirtió en dos puntos acerados.

—Entonces ríase de *esto*. Torpedo Smith ha muerto.

La caída de mandíbula del hombre fue un reflejo tan sincero que no habría podido ser tomada por una simulación. Su mirada se deslizó inseguramente hacia Karl, que permanecía de pie junto a él.

—¡Engendro del infierno! —las sobresalientes cejas negras de Karl se alzaron a tono con su gruñido—. Está intentando asustarnos, ¿eh?

El Ángel se rascó la mandíbula aturdidamente, y toda la fea masa de su gruesa desnudez se estremeció como jalea cuando se volvió hacia su manager.

—¿Muerto? —murmuró estúpidamente—. ¿Está muerto?

Hoppy asintió con admiración.

—Nunca estará más muerto. ¿Dónde has conseguido ese *punch*, compañero? Porque cuando estábamos juntos hedías.

—Mi querido señor —dijo Spangler, examinando a *El Santo* con vigilante deliberación—, si lo que pretende es gastarnos una broma...

—No necesita reírse ahora —le aseguró Simón con agrado—. Ahórrese la risa para luego... para cuando la policía llegue aquí. Vendrán de un momento

a otro.

El Ángel se humedeció los labios trémulos.

—¡Oh, doctor...! Lo he liquidado. He liquidado a Torpedo...

—¡Este tipo miente! —exclamó despectivamente Karl—. ¡Smith no puede estar muerto!

—Escuchen —*El Santo* miró a la puerta—. Me parece que acabo de oírlos.

Siguieron su mirada, con el oído atento.

Y mientras permanecían en esa actitud. *El Santo* se acercó de un modo enteramente natural al rincón donde Karl y Maxie habían arrojado los guantes del Ángel, y los cogió con un rápido movimiento.

El doctor Spangler se volvió apresuradamente.

—¿Qué está usted haciendo? ¡Deje ahí esos guantes! —Una alarmante sospecha oscureció sus descoloridos ojos—. ¡Karl! ¡Ángel!

Su voz se hizo chillona.

Bilinski se puso en movimiento inseguramente, como preguntándose aún qué tenía que hacer; pero con un juguetón empujón tan suave como la arremetida de una locomotora. Hoppy le obligó a sentarse de nuevo sobre el borde de la mesa de masaje.

—No te preocupes de eso, Barrelhouse —sonrió—. Simplemente está mirándolos.

Alargó un pie para poner la zancadilla a Karl quien, pistola en mano, había dado un salto para cubrirse detrás de la mesa.

El Santo se movió con la velocidad de un relámpago, y de una patada arrancó la pistola de las manos del secuaz, que había caído cuan largo era.

—¿Qué es lo que pasa? —El Ángel parpadeó aturdidamente—. Doctor...

Karl avanzó a cuatro patas. Fue un error estratégico, pues durante un irresistible momento presentó su trasero a Mr. Uniatz y éste le asentó una patada que le envió hasta el cuarto de la ducha a través de la habitación.

—¡Socorro! —gritó Spangler—. ¡Max! ¡Max! ¡Socorro!

Su grito se convirtió en un gruñido cuando el puño de *El Santo* se hundió unas buenas seis pulgadas en su vientre, arrojándole al suelo como un globo desinflado.

—Buen trabajo, jefe —le felicitó Hoppy.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó el Ángel, llegando por fin a la conclusión de que el ambiente de camaradería se había desvanecido.

Trató de abandonar el borde de la mesa de masaje.

—¡Tranquilízate, gordinflón! —le recomendó Hoppy afectuosamente.

Aclaró su sugerencia con un empujón que tuvo el delicado tacto de un impaciente rinoceronte lanzándose contra un elefante; y el Ángel, perdiendo el equilibrio, se tambaleó hacia atrás, chocó contra la mesa y cayó pesadamente.

—Muy bien, Hoppy —le llamó Simón desde la puerta mientras cogía la llave—. Vámonos ya.

Le entregó los guantes cuando salieron al corredor y cerró con llave la puerta. Cuando ya se marchaban, otras voces rudas llegaron débilmente a través del corredor que conducía a la rampa, y los blancos dientes de *El Santo* brillaron en una sonrisa irónica cuando reconoció las oscuras tonalidades de los uniformes de la Ley.

Avanzaron rápidamente hacia las puertas subterráneas que se abrían a la calle al otro extremo.

CAPÍTULO III

Hoppy Uniatz condujo el gran convertible entre el tráfico de medianoche y pasó las luces encendidas del distrito de Times Square. Luego dio escape a un cómico lamento.

—Jefe —anunció con la anhelante súplica de un sediento hipopótamo que es conducido más allá de un río—. Tengo sed. El ejercicio siempre me da sed, jefe.

—Aguanta —ordenó *El Santo* inexorablemente. Sus largos dedos morenos estaban tanteando cuidadosamente los guantes colocados sobre su regazo—. Te refrescarás cuando estemos en casa.

Hoppy suspiró y apretó de nuevo el acelerador.

—¿Hay algo en esos guantes, jefe?

—No noto nada.

Simón levantó un guante y lo olfateó pensativamente. Pasó su dedo sobre la húmeda piel y lo probó.

—Barrelhouse debe haber aprendido a ser rápido en su golpear —rumió Hoppy—. Ese gordinflón siempre pudo golpear como una mula, pero cuando yo lo conocí no era capaz de sacar mucho partido de eso. Era demasiado lento. —Sacudió la cabeza con perplejidad—. ¡Quién podía imaginarse que *él* era el Ángel Enmascarado! El doctor Spangler debe haberle enseñado mucho.

—Me preguntó cuánto —dijo Simón.

Pero, cualquiera que fuera el secreto del éxito del Ángel, Simón estaba seguro ahora de que no había nada anómalo en sus guantes. No había nada anormal en ellos que él pudiera determinar. Ni trozos de plano en el relleno, ni productos químicos impregnando la piel. Había observado lo bastante las vendas de las manos de Bilinski para saber que en ellas no había ninguna sustancia ilegal. Y, sin embargo, la transformación de un estúpido armatoste en un invencible luchador con una fuerza mortal en sus puños era una discordancia demasiado evidente en la armonía de la lógica.

La acción de ese fatal segundo *round* pasó de nuevo a través de la memoria de *El Santo*, mostrándole una mesurada sucesión de imágenes mentales.

—Hoppy —dijo—, ¿viste aquel primer puñetazo que hizo que Torpedo empezara a perder terreno?

—Seguro, jefe —Hoppy movió la cabeza afirmativamente—. Barrelhouse lo llevó a las cuerdas.

—¿Le golpeó con la derecha o con la izquierda?

—Con las dos manos... muchas veces. Ya lo vio usted.

El Santo dijo:

—Ya lo sé. Pero me refiero al primer puñetazo... al que aturdió a Smith y le obligó a abandonar su guardia. ¿Viste ese particular puñetazo?

—Claro que lo vi. Los dos lo vimos.

Hoppy torció rápidamente una última esquina y paró el coche ante un dosel que se extendía desde la puerta de un edificio de apartamentos hasta el bordillo de la acera.

—Si lo recuerdas bien —prosiguió Simón pacientemente—, ¿qué fue, un derechazo o un izquierdazo?

—Pues, un derechazo... no, un izquierdazo. Un gancho.

O quizá... —Hoppy vaciló, con su atrofiada frente fruncida penosamente—. Puede que fuera un *uppercut* el que le llevó contra las cuerdas. Recibió muchos puñetazos y no puedo saberlo.

—Eso es lo que creo.

El recuerdo de la enigmática ansiedad de Connie Grady y sus confusos y medio explicados temores por la vida de Steve Nelson se elevó como un creciente estribillo, unido a la discordancia de los acontecimientos de la noche como la obertura de un concierto que prometía que más —mucho más— habría de venir.

Simón salió del coche, sujetando los guantes por los lazos, y entró en el vestíbulo seguido de Hoppy. Se dirigió hacia los ascensores.

—Tal vez debiéramos enviar a alguien por bebidas, ¿eh, jefe? —sugirió Hoppy.

El Santo le miró.

Hoppy miró a su alrededor, dándose cuenta de que el vestíbulo estaba desierto y que el hombre del pupitre y los operadores habían abandonado ya su puesto.

—Es ya más de medianoche, compañero — observó *El Santo* cuando entraron en el ascensor automático. Oprimió el botón. Las puertas se cerraron suavemente y el ascensor empezó a elevarse. —Además— añadió *El Santo* como en una reflexión tardía—, creo que ha quedado media botella de borbón.

Mr. Uniatz le miró tristemente.

—Sí, jefe. Ya lo sé. Media botella... ¡con la sed que yo tengo!

—Mézclalo con un poco de agua y hazlo durar —sugirió Simón alentadoramente.

—¿Agua? —preguntó Hoppy incrédulamente—. ¿Quiere decir con la que nos lavamos?

El Santo sonrió ausentemente, pensando en otras cosas.

—¡Indudablemente no eres hijo de Acuario, Hoppy!

Hoppy parpadeó estupefacto, pensó un momento y renunció a comprender la frase.

—No, creo que no —suspiró—. Soy hijo de Mr. y Mrs. Uniatz.

El ascensor se detuvo y ellos salieron.

—Me refiero al signo bajo el cual has nacido. —Simón abrió la puerta y entraron en el apartamento—. Por la forma de beber, debiste nacer bajo el signo de Piscis.

Los ojos de Hoppy se abrieron enormemente ante la hasta ahora inimaginada perspectiva de este fenómeno biológico.

—¿Quién, yo? ¿Cómo sucedió eso?

El Santo se encogió de hombros, y después de haber encendido las luces echó los guantes sobre el diván.

—No lo sé —contestó—. La cosa está un poco oscura.

Se dejó caer en el diván y alargó las piernas confortablemente, mientras Hoppy luchaba brevemente con su délfica observación. Descartó enteramente el problema cuando su mirada captó la botella sobre el aparador.

—¡Diablos! —murmuró—. Tengo la lengua reseca.

Se dirigió en línea recta a la botella, la aferró con su enorme garra peluda, se la llevó a la boca y se inclinó hacia atrás. Su manzana de Adán inició un

convulsivo ritmo y en menos de un segundo el contenido de la botella descendió una pulgada. Cuatro segundos pasaron antes de que se detuviera medio atragantado al oír el chasquido de un corcho.

El Santo tenía una botella llena de *Old Forrester* en su regazo y estaba cogiendo un vaso en el gabinete que había junto al diván.

La boca de Hoppy se frunció en un gesto de reproche.

—Por eso estaba *eso* cerrado —dedujo enfadado.

—Y ha sido buena medida —dijo *El Santo*.

Volvió a ponerle el corcho a la botella, se puso los guantes de El Ángel sobre el regazo, y saboreó la bebida con sibarítico placer. Después procedió a reexaminar los guantes. No esperaba encontrar más secretos, pero tenía que estar completamente seguro de ello.

—¿Tienen plomo esos guantes, jefe? —preguntó Hoppy, cogiendo uno de ellos—. ¿Los ha traído por eso?

Simón le observó.

—¿Lo has deducido por ti mismo?

Dejó el guante a su lado y cogió de nuevo el vaso. Hoppy tomó el guante que él había dejado y lo probó también.

—Estos guantes no tienen nada malo, jefe.

El teléfono sonó.

Era Pat, con su voz como un estilete en una vaina de seda.

—Querido Simón, no es que me importe ser abandonada como un barco a punto de hundirse...

—Querida —la interrumpió *El Santo*—, jamás me he oído llamar rata más delicadamente. Sin embargo...

—Sin embargo —le interrumpió ella con determinación—, podías por lo menos haberme telefoneado tan pronto como has llegado a casa. He estado sentada aquí esperando tu llamada a cada minuto. ¿Qué ha sucedido? ¿Adónde has ido? Te he esperado en el «Arena» hasta que la gente de la limpieza casi me ha barrido.

—¡Dios mío! Ya te he dicho que te fueras a casa.

—Ya lo sé. Pero después de que desapareciste por aquella rampa me figuré que volverías a subir de nuevo. Pero no lo hiciste.

—Querida...

—No me llames querida. Después de que la policía llegó y tú no habías aparecido, fui a buscar tu coche y vi que ya no estaba.

—Pobre muchacha desconcertada —la compadeció él tiernamente—. Hoppy y yo nos lo llevamos. Hay otra puerta de salida.

—Ya me figuré que os habíais ido hacía mucho tiempo dijo ella dulcemente. —¿Qué ha pasado? ¿Qué fueron aquellos gritos y aquel estrépito allá abajo?

—Oh, eso —murmuró *El Santo*—. El doctor Spangler había perdido la llave, de modo que supongo que la policía tuvo que tirar abajo la puerta.

—¿Ha perdido la llave! ¿Qué llave?

—La que yo tengo en mi bolsillo.

—Pe... pero... —tartamudeó—. Simón, si estás tratando de embaucarme...

—En absoluto. Ven a comer, e intentaré darte una idea general de lo que ha sucedido.

—¿Y Connie Grady qué tiene que ver con todo esto?

—Aún no lo sé. Ya hablaremos de eso durante la comida.

—Estaré ahí —dijo ella cautelosa—. Y tendrá que ser buena.

—Lo será. Los huevos más frescos, un jamón estupendo y la mejor mantequilla...

—No me refería a eso. Buenas noches. Lotario.

Simón se quitó pensativamente un zapato.

Hoppy Uniatz había acabado con los restos de su botella, y se había aprovechado de la interrupción para iniciar una estratégica maniobra hacia la botella de *El Santo*. Ésta fue una gravitación más o menos instintiva. Su frente estaba acanalada por una corriente de escogitación que fluía con todo el sabor de un ventisquero hacia su morena terminal.

—Jefe —rumió—, tengo una idea.

El Santo se quitó con el pie el otro zapato.

—Qué tú tengas una idea, Hoppy —bostezó—, es extraño.

Pero Hoppy, perdido en la contemplación de un glorioso mañana abriéndose desde el curso de sus sueños, no pareció darse cuenta de su comentario.

—Ese gordinflón de Bilinski es el Ángel Enmascarado. Supongamos que vence al campeón. Entonces se convertirá *él en* campeón, ¿verdad?

El Santo le miró con curiosidad.

—Todavía no lo ha vencido.

—Pero si Barrelhouse Bilinski consigue ganar —continuó Hoppy con una creciente inspiración—, conozco a un tipo que puede vencerle a él. ¡Soy yo, jefe! Si ese gordinflón gana el campeonato, yo soy un tipo que puede ganarle a él. ¡Entonces yo seré campeón y usted será mi manager!

El teléfono sonó de nuevo.

—Perdóneme —dijo *El Santo*—. Mi botella parece estar moviéndose hacia tu mano.

La rescató en el momento crítico, y tomó el teléfono.

Reconoció en seguida el suave tono de la voz.

—Espero que me perdone por llamarle a estas horas —se excusó apresuradamente Constance Grady—. He llamado muchas veces después del combate. Creía que usted estaría ahí, pero no he recibido ninguna respuesta.

—Acabo de llegar ahora —explicó Simón—. No he tenido ninguna oportunidad de llamarla después de la lucha como le había prometido, y he pensado que era demasiado tarde para telefonarle ahora. Pero —añadió apresuradamente— me alegro de que llamara. Gracias por las entradas.

—Gracias a usted por haberlas usado —vaciló y su voz se convirtió casi en un susurró—. ¿Ha visto... ha visto lo que ha sucedido...?

—Sí, muy interesante.

Una ligera pausa.

—Papaíto —empezó ella, y se detuvo—. Mi padre ha venido a casa hace unos pocos minutos. Está muy trastornado. Le he puesto la excusa de que tenía que ir a la farmacia de la esquina en busca de aspirinas. Le hablo desde aquí.

—Ya —la voz de *El Santo* fue especulativa—. Naturalmente estará trastornado por el accidente de esta noche.

—¿Accidente...? Sí, ya sé —vaciló de nuevo—. Ha habido algo más... algo acerca de usted y ese... ese hombre a quien usted llama Hoppy...

—Han entrado en el vestuario del Ángel Enmascarado después del combate. Papaíto ha dicho que han armado un alboroto.

—Yo no diría eso —repuso *El Santo* gravemente—. Uno de los asistentes del doctor Spangler tropezó en uno de los enormes pies de Hoppy y se acogotó él mismo. El Ángel cayó sobre una mesa, a causa de que el doctor Spangler tosió demasiado fuerte.

—Pero... ¿No ha ido usted a ver al Ángel Enmascarado porque ha visto algo... algo malo?

—¿Malo? No. Connie, si quiere decir algo sucio, no he visto nada. A propósito, parece que el Ángel Enmascarado es uno de los viejos compañeros de Hoppy.

—¡Oh!

—¿Y por qué piensa usted que ha habido algo malo?

—No... no sé. Yo... Yo simplemente estoy temerosa —su respuesta fue tan vagá ahora como lo fuera la primera vez—. Yo pensaba que usted podía

haber... haber visto algo, o... o haber figurado algo. Yo...

—¿Por qué no viene mañana a comer y hablaremos de esto?

—Muy bien —parecía dispuesta a acabar, y sin embargo no era capaz de hallar una excusa para continuar—. Y gracias de nuevo.

El Santo se sirvió otro vaso, y renunció a la botella.

—¿Quién era, jefe? —preguntó Hoppy.

—Una dama —contestó Simón— que se está sosteniendo sobre mí.

—Uno no puede confiar en ellas, jefe —afirmó Hoppy, meneando la cabeza—. En ninguna de ellas. Una vez conocí a una muñeca —suspiró, sacudiendo de nuevo la cabeza como un oso pensativo—. Tenía curvas como... como...

—¿Cómo un artístico ferrocarril? —sugirió Simón...

Hoppy resplandeció.

—¡Qué muñeca, jefe! ¡Toda ella! Puedo imaginármela ahora —suspiró con la estentórea nostalgia de una morsa lúbrica—. ¡Era la mujer de mis sueños!

El Santo bostezó y se dirigió a su dormitorio.

—Entonces será mejor que no pienses en ella.

El timbre de la puerta sonó con un súbito y prolongado *pizzicato*.

Simón se detuvo de golpe. Fantasmales orugas treparon a lo largo de su espina dorsal. El instinto, la sensibilidad y la presciencia le había advertido de ulteriores explosiones en la cadena de reacciones que había comenzado esa noche. El timbre siguió sonando como si lo impulsara alguien muy impaciente. Una débil sonrisa se deslizó sobre sus labios.

—¿Quién demonios será a estas horas de la noche? —preguntó Hoppy.

—Abre la puerta y compruébalo —le dijo Simón.

Mr. Uniatz deslizó su carnosa mano en el bolsillo donde llevaba la pistola y avanzó a grandes zancadas hacia la puerta.

El Santo oyó abrirse la puerta parcialmente, y sonrió ligeramente al reconocer la impaciente e imperiosa voz que contestó a la malhumorada pregunta de Hoppy. La puerta se abrió del todo. El sonido de los tacones de unos zapatos bastos se oyó en el vestíbulo, dirigiéndose hacia la puerta del cuarto de estar.

—Jefe —trompeteó Hoppy en tono de advertencia—, es...

—No me lo digas —le interrumpió *El Santo* alegremente—. Déjame adivinarlo... ¡El inspector Fernack!

CAPÍTULO IV

Los devotos estudiantes de nuestra hagiografía que vienen siguiendo estas crónicas desde hace bastantes años probablemente estarán un poco cansados de leer la exposición del estado emocional del inspector John Henry Fernack en momentos como éste. Su autor favorito, si ha de ser absolutamente franco, también está cansado de escribirlo. Quizá ésta es una de las ocasiones en que puede ser excusado. Expresar en unas pocas frases la larga serie de fracasos, desilusiones y frustraciones que jalonan la historia del inspector Fernack en su interminable persecución de *El Santo* es una tarea ante la cual el más firme escritor puede desanimarse. Y es casi ridículo intentar describir con simples palabras la cantidad de incandescente ira que bulló en él como un agitado volcán cuando la sonrisa de bienvenida de *El Santo* brilló en su rostro bronceado de pirata.

—Por supuesto —murmuró—, lo sabía.

El detective le miró ceñudo.

—¿Por qué lo sabía?

—¡Mi querido John Henry! —exclamó *El Santo*, sonriendo burlescamente—. Ese concierto que usted ha interpretado en el timbre de mi puerta es algo que inequívocamente había que atribuir a usted —le indicó una silla—. Siéntese, ¿quiere? Déjeme que le sirva algo de beber... si Hoppy está dispuesto a compartirlo.

—Seguro —dijo Mr. Uniatz hospitalariamente—. Pero no se lo sirva todo.

El inspector Fernack no se sentó. En efecto, parecía como si pudiera elevarse fácilmente en el aire, impulsado por la corriente que parecía estar distendiendo su pecho.

La misma rutina de siempre tenía que ser llevada a cabo, y él lo sabía, pero no se sentía capaz de hacer algo para reprimir o variar su curso. Estaba todo implícito en la alegre y amistosa sonrisa de *El Santo*, y la amargura de la premonición puso un acento chillón en su voz mientras avanzaba obstinadamente hacia adelante en su fútil destino.

—¡No se preocupe de eso! —chilló—. ¿Por qué usted y este mandril han armado esta noche ese alboroto en el vestuario del Ángel Enmascarado?

—Quiere decir *anoche*, ¿verdad? Porque resulta que en este momento estamos ya en la mañana del día siguiente.

—Estoy preguntándole —repitió Fernack lentamente— por qué...

—Es curioso a qué lugares puede llegar un rumor —repuso *El Santo*.

—¡No es un rumor! —dijo el inspector Fernack acremente—. Estuve en el combate yo mismo —se quitó de los labios el cigarro y dio un paso hacia adelante, con sus penetrantes ojillos resplandeciendo retadores—. ¿Por qué robó usted esos guantes?

Las cejas de *El Santo* se elevaron con cortés sorpresa.

—¿Guantes?

—¡Sí, guantes! ¡Los guantes que mataron a Torpedo Smith! El doctor Spangler me ha dicho lo que sucedió. ¿Por qué se los llevó?

—Tenía las manos frías —contestó Simón suavemente.

Una imaginativa audiencia habría podido creer haber oído sisear el sudor en el rostro del inspector Fernack cuando su rosado tono se convirtió en púrpura. Volvió a ponerse en la boca el cigarro con violencia, y lo mordió salvajemente.

—¡Tenga cuidado, Templar! —bramó—. Si me da por tomarme las cosas como son, puedo llevármelo a usted por asalto, violación, injuria maliciosa y hurto.

Simón meneó la cabeza tristemente.

—Me desilusiona, inspector. Un cazador de su calibre no debiera hablar de gorriones cuando hay tigres en perspectiva.

—¡No me lo diga! —El cigarro de Fernack apuntó hacia arriba como un cañón naval—. ¿Es que lo suyo no tiene importancia?

El Santo se encogió de hombros.

—Bien, casi no hay nada más interesante que eso —el regocijo llameó en el profundo azul de sus ojos cuando enumeró con los dedos—: Asalto, violación, injuria maliciosa y hurto.

El cigarro hizo otro viaje de la boca del inspector Fernack a su mano, en el trayecto sufrió nuevos daños.

—Muy bien, *Santo* —gruñó—, ¿adónde quiere usted ir a parar? Y no me mire con esa expresión de inocencia lastimada. No ha armado ese alboroto en el vestuario simplemente para hacer ejercicio.

—Deseábamos obtener el autógrafo del Ángel —contribuyó Hoppy animosamente.

El inspector se volvió hacia él.

—¡No le he preguntado a *usted*! —chilló, con tal ferocidad que incluso Hoppy retrocedió.

—John Henry —dijo *El Santo* pensativamente—, nuestra asociación a lo largo de los años ha sido una cosa hermosa, pero hay momentos en los que usted realmente me sorprende.

—Lo pongo en duda.

—¿Por qué creyó usted a Spangler cuando le dijo que yo había robado esos guantes? Usted sabe quién es *él*. Además, ¿por qué cree usted que esconden algo malo? ¿Cuál es la opinión del doctor sobre la causa de la muerte?

El inspector Fernack se llevó a la boca el cigarro, y clavó la mirada en *El Santo*.

—Concusión —comentó—. Por la mañana tendremos el informe del médico forense.

El Santo insistió.

—Concusión. Indudablemente causada por la psíquica dinamita que el doctor Spangler puso en el puño del Ángel.

—¡O por un buen trozo de plomo en uno de esos guantes! —gruñó el inspector.

Sus ojos erraron escrutadoramente alrededor de la habitación.

El Santo preguntó:

—Supongo que ha hablado con el Ángel Enmascarado, ¿no es así?

—Naturalmente que he hablado con él. ¿Por qué?

—¿Cuál es *su* teoría, si es que tiene alguna?

—¡*Su* teoría! —resopló despectivamente el inspector Fernack—. ¡Ese gordinflón de Bilinski no sabe lo que ha pasado! Pero permanecerá en la cárcel hasta que hallemos esos guantes, ¿comprende? —Sus ojos se estrecharon—. ¿Cuánto tiempo hace que conocen a Bilinski? ¿Cómo lo han reconocido como el Ángel Enmascarado? ¿Es amigo de ustedes?

El Santo sonrió secamente.

—Por favor, inspector —protestó—. Mi reputación social no es indestructible —se volvió a Hoppy—. Bien —suspiró—, si se trata de sacar de la jaula a tu compañero, será mejor que le des al inspector sus recuerdos.

—Muy bien, jefe.

—¡Ya lo sabía yo! —En inspector Fernack enseñó los dientes en ansioso triunfo.

Hoppy se acercó al diván, se inclinó sobre él, y metió la mano por debajo.

—Aquí están —anunció, mostrándolos. Se los entregó a Fernack con toda la afabilidad de un dispéptico mastodonte—. ¡Téngalos!

El Santo cogió un cigarrillo de la caja de plata que había sobre la mesa.

—Los he tomado prestados por la misma razón que usted los quiere —dijo—. Temía que los substituyeran antes de que usted pensara en ellos.

Acercó el encendedor a su cigarrillo, sonriendo al inspector sobre su llama dorada.

Fernack frunció el ceño, mirando fijamente a *El Santo* durante un largo momento.

—¡De modo que ésa es su historia! —empezó con un inminente *crescendo*—. Ahora déjeme a mí decirle...

Y aquí se detuvo. El recuerdo de pasadas añagazas dentro de las cuales habían caído sus precipitadas sospechas en sus anteriores encuentros con *El Santo* pareció por una vez restar toda convicción a su ataque. ¿Qué era, después de todo, lo que iba a decirle a *El Santo*? ¿Que estaba bajo arresto por haber robado un par de guantes de boxeo?

El Santo era encantadoramente sincero.

—Los he examinado muy cuidadosamente, Henry —declaró—, y realmente están en orden, créame. Ninguna de las puntadas ha sido tocada, ni él forro ha sido arrancado, ni hay en ellos productos químicos como aceite de mostaza. También me he fijado en las vendas que Bilinski llevaba en las manos. No había en ellas yeso, hojas de estaño o algo por el estilo. Ni tampoco trozos de plomo...

—¡Muy bien, tipo listo! —explotó Fernack—. Si éstos son los guantes, el técnico de la Policía me dirá todo lo que deseo saber.

El Santo alzó las manos con burlona resignación, en tanto que la risa brillaba en sus ojos como la luz del sol sobre un lago alpino.

—Naturalmente, John Henry, si no me cree a *mí*. Sin embargo, si tiene necesidad de una ulterior iluminación, recuerde siempre que nuestro lema es servicio. ¿Seguro que no ha cambiado de idea acerca de la bebida?

—¡Muy bien! —chilló Fernack, repitiéndose—. Sea un tipo listo. Juegue al lobo solitario. Pero recuerde esto, Templar: más tarde o más temprano, hará un falso movimiento, cometerá una equivocación que no podrá impedir. Y cuando eso suceda, hermano, yo estaré esperando para arrestarlo.

—¿Usted y quién más? —preguntó Hoppy brillantemente.

El inspector Fernack le ignoró. Agitó un dedo ante *El Santo*.

—Uno de estos días usted irá un poco más allá de lo debido... Y cuando quiera retroceder se dará un fenomenal tropezón.

El rostro de *El Santo* se arrugó en una despreocupada sonrisa cuando se puso el cigarrillo en la boca con un gesto descuidado. Y, como por accidente, su punta encendida tocó el dedo que el inspector Fernack mantenía bajo su nariz.

El detective retiró su mano lanzando un grito.

—¡Oh, lo siento, John! —exclamó Simón contritamente—. Esto debiera servirme de lección, ¿verdad?

Fernack le miró sin poder hablar. Después, colocándose los guantes bajo el brazo, se volvió y salió del cuarto de estar. Simón le siguió hasta el umbral del apartamento.

—Buenas noches —dijo, cuando Fernack abrió la puerta—. Si alguna vez me necesita, ya sabe dónde hallarme.

—Si alguna vez lo necesito —gruñó el inspector Fernack—, ya le encontraré, no se preocupe.

Salió tras sonreír alegremente a los dos sabuesos que le esperaban junto a los ascensores. Simón cerró la puerta tranquilamente.

—Bien —suspiró—. ¡Ahora quizá podamos dormir por fin!

Hoppy bostezó soporíficamente, pero tuvo la bastante presencia de ánimo para coger la botella de *Old Forrester*, que contenía aún una apreciable cantidad de líquido.

—Será mejor que tome un trago antes de dormir —explicó—. No quiero permanecer despierto pensando en Torpedo.

—Un trago de esa medida —dijo Simón, observando el nivel descendente de la botella— te dejará dormido como un tronco.

Recuperó lo que había quedado y lo vertió en un vaso, para bebérselo él.

Intentó reunir los motivos que tenía a mano, para determinar exactamente dónde se hallaba. Tuvo que confesarse a sí mismo que hasta entonces estaba trabajando entre nieblas, intentando formar un marco concreto, un cuadro emanado casi enteramente de su proceso intuitivo. La promesa de un peligro acechante se había disuelto en dos *clímax* insatisfactorios: el alboroto en el vestuario del Ángel Enmascarado, y la vista de Fernack. Insatisfactorios porque no resolvían nada, no contestaban a ninguna pregunta, no daban ninguna razón para los fantasmales ciempiés que sentía desfilas a lo largo de su espina dorsal... El misterio de la desproporcionada agitación de Connie Grady y la increíble victoria del Ángel Enmascarado seguían siendo motivos de sospecha.

Pero quizá, se dijo a sí mismo, no eran realmente motivos de sospecha. Quizás había dramatizado más de la cuenta sus percepciones. Connie era joven y estaba enamorada. Su temor por la seguridad de Steve podía muy bien haberle inspirado su extraño y atolondrado ruego. Y el Ángel Enmascarado podía inicialmente haber aturcido a Smith con un golpe tan veloz que a él le había pasado enteramente inadvertido.

Se dijo esto y comprendió que estaba engañándose a sí mismo. Sabía que nada del combate le había pasado inadvertido. Por lo tanto, en el asunto debía haber algo más..., algo que él tenía que descubrir todavía.

Se levantó y se estiró.

Y una vez más el teléfono volvió a sonar.

—Esto empieza a hacerse monótono —dijo *El Santo*.

Tomó el aparato.

—Compañía Telefónica de los Compinches de Templar —dijo.

Silencio.

—Nos reuniremos a almorzar a las nueve antes del mediodía —confió. Simón al receptor—. ¿Quiere usted venir también?

Oyó un débil click..., y luego se produjo un súbito absoluto silencio.

El Santo dejó el aparato pensativamente, y una fría ráfaga corrió a lo largo de sus nervios como una brisa espectral. Recordó perfectamente la sensación, una onda de longitud registrada por la sensitiva antena de un sexto sentido, el cual la seleccionó y amplificó como un inequívoco toque de rebato. Le había advertido más veces de las que podía recordar de un inminente peligro y de una amenaza de muerte..., justamente como acababa de advertirle ahora.

Alguien había colgado tan pronto como había reconocido la voz de *El Santo*. Alguien que deseaba estar seguro de si él estaba allí.

—Hoppy —dijo—, algo me dice que vamos a tener más visitantes esta noche.

La maquinada cerebral de Mr. Uniatz llegó a un penosísimo alto.

—¿Por qué, jefe?

—Es el precio que pagamos por ser tan irresistiblemente atractivos.

Hizo un rápido inventario mental de la habitación, hasta que sus ojos se detuvieron sobre una lámpara de mesa con un cordón bastante largo. Sacó el enchufe del portalámparas que había debajo de la mesa y quitó el cordón de la lámpara, mientras Hoppy le miraba fijamente.

—¿Qué hace, jefe? ¿Para qué hace eso?

Simón señaló con la cabeza la botella de whisky vacía que Hoppy mantenía aún en la mano.

—Toma esa viejo soldado, vete al cuarto de baño, llénala de agua y tráela aquí.

Hoppy abrió la boca para hablar, la cerró y se alejó obedientemente, pensando que cualquier camino que *El Santo* le indicaba que siguiera, por tortuoso que fuera, conducía siempre a un término.

De la cómoda de su dormitorio *El Santo* tomó una pequeña caja de piel que, una vez abierta, reveló una colección de peculiares artículos altamente especializados. Pasando por alto las más evidentemente ilegales herramientas, escogió un pequeño carrete de hilo de cobre, un rollo de cinta adhesiva y un cuchillo afilado como una navaja de afeitar. Armado con todo esto, retornó a la entrada del vestíbulo, donde Mr. Uniatz le tendió la botella de whisky como si contuviera una sucia substancia.

—Aquí está el agua, jefe. ¿Qué he de hacer con ella?

—Sostenla durante un minuto —contestó *El Santo*. Empezó a cortar muchas pulgadas de aislamiento del cordón de la lámpara—. Estamos preparando una filacteria contra los espectros —explicó.

La mandíbula de Hoppy se desplomó.

—¿Qué está preparando y contra quién?

—Se llama un talismán —explicó *El Santo*.

Hoppy se apartó nerviosamente a un lado cuando *El Santo* se acercó a la puerta del apartamento y ató uno de los cabos del cordón de la lámpara en el metal del picaporte. Observó en admirado silencio cuando *El Santo* desenrolló el hilo de cobre, giró el final del carrete un par de veces alrededor del tubo del radiador y deslizó el otro cabo por debajo de la puerta hasta que se proyectó un pie en el vestíbulo de afuera.

—Muy bien. Hoppy; dame la botella.

Simón salió y cuidadosamente vertió el agua sobre el suelo frente a su puerta, de forma que el hilo yaciera en un pequeño charco. Dio un par de pasos por el corredor, volvió y estudió el acceso al cuarto de estar. Después entró.

—Jefe —suspiró Hoppy—, no lo comprendo.

—Ya lo comprenderás —dijo *El Santo*.

Sujetó el otro extremo del cordón al radiador con un trozo de cinta adhesiva y cerró cuidadosamente la puerta. Finalmente colocó el enchufe y se volvió a Hoppy.

—Bien —dijo—, ya está.

Hoppy miró a la puerta cerrada. Su proceso cerebral manó como una glutinosa corriente entre estrechos cauces, alcanzó finalmente un amplio delta de comprensión. Una sonrisa triunfal disolvió su niebla facial como la luz del sol brillando sobre un pantano en la jungla.

—Oiga, jefe —dijo con terrible incredulidad—. ¡Ya lo comprendo!

—Felicitaciones.

—Eso es por si los espectros que usted está esperando tocan el picaporte de la puerta —dedujo Hoppy triunfalmente. En sus ojos se reflejó una expresión de veneración—. Ha echado agua por el suelo, ¿eh?

El Santo puso la mano sobre el hombro de Hoppy.

—Nada se escapa a tus ojos de águila, ¿verdad?

—¡Oh!, yo tengo experiencia en este aspecto, jefe —manifestó Mr. Uniatz despectivamente—. Una vez hice un trabajo en el coche de un tipo con una bomba cargada de dinamita acoplada a la palanca de marcha. Todo el mundo dijo que les había hecho reír mucho.

El Santo examinó su trabajo con satisfacción de artista.

—Lo que hemos hecho le dará un susto a alguien —dijo. Y recogiendo el hilo, el cuchillo y la cinta se dirigió hacia su dormitorio—. Vamos a echar un sueñecito mientras podamos. Amanecerá dentro de pocas horas.

CAPÍTULO V

Dos horas más tarde abrió los ojos, instantánea y completamente despierto, con los nervios en tensión. Permaneció inmóvil. Sus dedos apretaban la pistola que tenía a su lado; todos sus sentidos estaban sumamente aguzados, dispuesto a recibir conscientemente al que le había despertado, quien quiera que fuera. En el lecho contiguo los ronquidos de Hoppy se elevaban y descendían en majestuoso ritmo, con una vibración de órgano acompañada por una *piccola* frase a cada exhalación...

Después oyó un débil chasquido de metal, y lo reconoció inmediatamente.

Una ganzúa estaba accionando en la cerradura de la puerta del apartamento.

Abandonó la cama y se puso de pie con un movimiento suave y sigiloso, y colocó una mano sobre la boca de Hoppy. Los ronquidos cesaron bruscamente. Simón le habló ligeramente al oído, y las protestas de Hoppy murieron antes de nacer.

—Escucha...

El débil chasquido del metal era escasamente audible.

Hoppy asintió y su mano se deslizó hacia la pistola que tenía debajo de la almohada; su sonrisa de complacencia era casi tan luminosa como la luz de la luna que se colaba a través de la ventana.

—¡Los espectros! —exclamó en un resonante murmullo que hizo que Simón volviera de nuevo a ponerle la mano sobre la boca.

—¡Silencio! —susurró salvajemente.

Hubo un breve silencio, y por un momento pareció como si el hombre que estaba trabajando en la puerta los hubiera oído. Después se oyó de nuevo el ruido de la ganzúa, y súbitamente el click de los rodetes de la cerradura y el ruido del cerrojo al abrirse.

—Ha abierto —murmuró Simón al oído de Hoppy—. No hagas ningún ruido o te rompo la crisma con la culata de la pistola.

Quitó la mano de la boca de Hoppy y se movió con agilidad de un gato a través del cuarto de estar. Pudo oír el crujido de la cama cuando Hoppy la abandonó y se fue detrás de él. Se detuvieron junto al arco de la entrada del vestíbulo, mirando a través de la casi absoluta oscuridad, con los ojos fijos en el pálido rectángulo de la puerta de entrada.

Mientras esperaban, *El Santo* no pudo evitar el sentimiento de que a pesar de su convicción de que esta visita estaba motivada por su reciente conflicto con Spangler, no encajaba completamente. Pues creía conocer perfectamente bien el carácter de Spangler, y un motivo tan primitivo como la simple venganza sencillamente no estaba de acuerdo con su conocimiento del hombre. La venganza, por sí mismo, era un lujo demasiado costoso, y peligroso, para ser compatible con la naturaleza conservadora del doctor Spangler. El digno doctor podía tener mejores razones más tarde, pero de momento *El Santo* no podía, imaginarlo metiéndose en tales complicaciones tan sólo por lo que había sucedido.

Se hizo otro momento de silencio... Después, aún sin haberla oído, pero casi como si hubiera sentido un momentáneo cambio en el aire, *El Santo* comprendió que la puerta de entrada había comenzado a abrirse.

Hoppy se removió inquieto, deseando anticiparse a Simón.

Simultáneamente sucedieron muchas cosas tan rápidamente que produjeron el efecto de haber sucedido casi todas a la vez. Una siseante lluvia de chispas flameó en el picaporte, un terrible grito hendió el silencio, unos pies resbalaron furiosamente, un cuerpo cayó al suelo, el disparo de una pistola resonó como una explosión, y unos trozos de yeso cayeron sobre el suelo.

El Santo y Hoppy saltaron hacia delante casi en el mismo instante en que se oyó el grito del pistolero. Hoppy se anticipó a Simón en virtud de su incontenible precipitación.

El grito de advertencia de Simón llegó demasiado tarde.

El alegre aullido de batalla de Hoppy se convirtió en un alarido de dolor cuando cogió el picaporte en medio de otra constelación de chispas que

brillaron alrededor de su mano. Se lanzó hacia atrás, tropezó con una alfombra y cayó sentado con terrible estrépito ante el umbral.

El Santo quitó con una mano el enchufe, y con la otra intentó abrir la puerta obstruida por Hoppy.

—¡Muy bien, jefe, muy bien! —protestó Hoppy cuando Simón le hizo rodar al tirar fuertemente de la puerta.

Se puso pesadamente de pie cuando *El Santo* desapareció en el pasillo. Pero aún antes de haber abierto la puerta, Simón ya sabía que la presa se había escapado. La señal luminosa del ascensor brillaba ante él como una burla.

Hoppy llegó junto a él a paso de carga y se detuvo bruscamente.

—¿Dónde ha ido? ¿Dónde ha ido? —preguntó febrilmente.

Entonces notó el resplandor de la señal luminosa del ascensor y se volvió hacia las escaleras.

El Santo le aferró por el brazo y le hizo detenerse.

—Vuelve, Pluto —le dijo con disgusto—. El ascensor estará abajo antes de que tú hayas descendido tres pisos.

Arrastró a Hoppy al apartamento cuando un murmullo de voces alarmadas y el ruido de unas cuantas puertas abriéndose y cerrándose ascendieron por el hueco de la escalera. Hoppy gruñó y se reunió con *El Santo* en la oscuridad ante la ventana del cuarto de estar y miró hacia la calle plateada por la luna. Abajo se veía la puerta del edificio. Súbitamente, cuando se dio cuenta de que el invasor probablemente saldría por esa puerta, una amplia y salvaje mueca se extendió por su rostro. Levantó la pistola.

El Santo advirtió el coche aparcado ante el edificio, a poca distancia detrás del suyo: un sedán negro que no estaba allí cuando ellos llegaron aquella noche. A la luz de la luna pudo ver unas manos que despedían un extraño centelleo y estaban posadas sobre el volante.

Hoppy se agachó junto a él, aferrando su enorme automática negra con la mano velluda y descansando sobre el alféizar de la ventana, en tanto que sus ojos de lince vigilaban la entrada del edificio situada dieciocho pisos más abajo. Luego dijo con un terrible tono de ansiedad:

—Jefe, puede que salga por detrás...

Se interrumpió cuando un hombre —una figura reducida— salió de debajo del dosel y se deslizó hacia el sedán aparcado.

Mr. Uniatz levantó la pistola y estaba apuntando cuidadosamente cuando la mano de Simón se cerró sobre su muñeca como una garra de acero.

—¡No! —ordenó—. Tenemos a Fernack tras nosotros..., y la próxima vez no nos será tan fácil desembarazarnos de él.

—¡Oh, jefe...! —exclamó Hoppy tristemente, viendo cómo el sedán se alejaba calle abajo—. Me hubiera sido fácil meterle un balazo.

—¿En la oscuridad? ¿Disparar hacia abajo desde esta distancia? —estalló Simón. Se volvió y cruzó el cuarto de estar—. No seas idiota. Además —salió al pasillo—, ya ha habido bastante ruido esta noche.

Hoppy le siguió, murmurando indignado:

—Nadie puede hacerme a mí esto y largarse así como así.

El Santo le miró resignado.

—¡No le reproches a él! La falta ha sido tuya por haber cogido el picaporte después de haberme visto hacer lo que he hecho.

—No lo habría hecho de no haber sido por él —insistió uraño Hoppy—. Además, ¿cómo podía saber que iba a correr de esa forma? Todos los pistoleros que he visto son mucho más lentos que Bilinski. Está debe de ser de una nueva clase, jefe. Puede que alguien le haya dado una inyección.

—Puede que sí —admitió Simón—. Y el nombre del doctor podría ser Spangler.

Encendió las luces y miró a su alrededor. La alfombra en la que se había enredado Hoppy al caer era un confuso montón en medio del suelo, y cuando cogió una punta para ponerla en orden vio la pistola debajo.

La recogió cuidadosamente y comprobó que era un pesado revólver con un cañón de dos pulgadas.

—Jefe —dijo Hoppy—, el tipo se ha olvidado su artillería. Ahora todo lo que tenemos que hacer es descubrir a quién pertenece, y así sabremos quién es.

—Ese proceso de lógica tiene más agujeros que un queso de Gruyere —repuso *El Santo*—. Sin embargo...

Se interrumpió al darse cuenta de que las puertas del ascensor estaban abiertas frente a él. Por un instante permaneció tenso, con el dedo índice apoyado instintivamente sobre el gatillo del arma que sostenía en la mano. Después vio claramente al ocupante.

Era un hombrecillo cubierto con una floreada bata de baño, ceñida por una cinta negra.

—Yo —pronunció pomposamente— uno de sus vecinos de abajo. Soy Mr. Swafford. ¿Ha habido aquí algún disturbio?

Retrocedió súbitamente, con los ojos salidos, cuando Hoppy asomó la cabeza por detrás de *El Santo* y se mostró a plena vista.

—¿Disturbio? —preguntó *El Santo* cortésmente—. ¿Qué clase de disturbio?

Mr. Swafford pareció hipnotizado por la terrible aparición que le observaba por encima del hombro de *El Santo*.

—Yo... —tragó saliva—. Le ruego que me perdone —dijo apresuradamente—, pero he oído un rumor..., un disparo, creo. Parece ser que algunos de los vecinos creen que ha procedido de aquí.

Simón se volvió a Hoppy.

—¿Has oído tú un disparo?

Mr. Uniatz clavó en Mr. Swafford una mirada de basilisco. Gruñó:

—Jefe, este tipo debe de ser tonto.

Mr. Swafford tragó saliva y corrigió apresuradamente:

—Por supuesto, yo no digo que haya procedido de su apartamento. Es simplemente lo que piensan algunos de los vecinos. Parecen haber llegado a la conclusión de que alguien ha hecho un disparo, pero le aseguro...

—Estoy seguro —le interrumpió *El Santo* con agrado— que debe de haber una forma de ejercicio más productiva para llegar a conclusiones, ¿no le parece a usted, camarada?

Mr. Swafford retrocedió otro paso, con los ojos saltones al observar la pistola en la mano de *El Santo* y en el suelo los trozos de yeso que habían caído del techo.

—¡Oh, sí, naturalmente! —dijo débilmente—. Yo nunca... —Lamento que se haya sentido molesto— repuso *El Santo* benévolaemente. —Mi amigo es de Montana, donde los hombres son hombres y hacen muescas en sus pistolas para demostrarlo. Cuando están de broma, tienen la costumbre de disparar contra, el techo. Yo le he quitado la pistola de seis balas e intentado explicarle...

—¡Lárguese de aquí antes de que lo aplaste como a una cucaracha! —gritó Hoppy, tratando de rebasar a *El Santo*.

Mr. Swafford retrocedió a tropezones. Su bata se deslizó y quedó suspendida de la cinta. Se volvió y entró precipitadamente en el ascensor.

—Buenas noches, Mr. Swafford —dijo Simón cuando las puertas cerradas del ascensor borrarón la pálida mirada del hombrecillo.

Entró en su apartamento y cerró la puerta tras él.

—Jefe —dijo Hoppy, siguiéndole—, esto empieza a hacerse «monógamo». Una cosa sucede después de la otra.

—Eso me suena casi a bovino —repuso *El Santo*—. Mas probablemente las cosas se pondrán peor antes de que se pongan mejor.

Estaba seguro de haber reconocido la rechoncha figura de Max, el secuaz de Spangler, dirigiéndose desde el edificio al sedán que le esperaba, Pero cuando se quedó dormido aún estaba preguntándose por qué lo había enviado el doctor Spangler.

CAPÍTULO VI

A la mañana siguiente Hoppy estaba sumamente absorto en la cocina friendo jamón cuando sonó el timbre de la puerta. *El Santo*, que se hallaba sentado en el comedor contiguo, dejó el periódico matinal y se levantó.

—Iré yo, jefe —se ofreció Hoppy, sosteniendo con una mano el tenedor y con la otra el periódico abierto por la sección cómica.

—No te preocupes —contestó Simón, atravesando a grandes zancadas la cocina—. No quiero que se te vayan de la mente los chistes de Dick Tracy.

Al quedar la puerta abierta reveló una visión en narciso amarillo con los cabellos haciendo juego y una sonrisa burlona.

—¡Pat! —Simón la atrajo hacia sí y la mantuvo en sus brazos largamente, con rendida admiración—. ¡Eres una visión para ser besada!

La acción siguió a la palabra.

Ella se rió, casi sin aliento, y se apartó.

—Querido, tienes una de las más elementales líneas de Casanova.

Sus ojos acariciaron su figura.

—Una de las más elementales líneas es decir poco —repuso él—. Se parecen todas.

—¿Tengo tan buen aspecto como Connie? —preguntó ella arqueando las cejas.

—Mucho mejor —contestó él, y tomándola por la mano la condujo hacia la cocina—. ¡Hoppy! —llamó—. Trae las vitaminas.

—¡Voy, jefe! —respondió Hoppy, y en seguida depositó un vaso de pálido y ambarino líquido ante ella cuando se sentó—. Vitaminas —sonrió, y se retiró a su fogón.

—Gracias —sonrió Pat, y tomó el vaso.

—Espera. —Simón tendió la mano y le quitó el vaso. Lo olfateó—. ¡Ya me lo suponía!

—¿Qué pasa? —preguntó Pat—. ¿No está en orden?

Él le entregó el vaso.

—Huélelo.

Ella olfateó el vaso y se levantó, riendo.

—¡Coñac!

La cabeza de Hoppy apareció sobre el borde de la partición del comedor.

—¿Qué pasa, jefe?

—Gracias por el cumplimiento —contestó Patricia—, pero en estos momentos no estoy preparada para tomarme esta clase de jugo de frutas.

La frente de Mr. Uniatz se frunció en lastimada perplejidad.

—Es de uvas, ¿verdad? Y las uvas son un fruto, ¿no?

—Se volvió y alzó la botella para que pudieran verla bien.

Lo dice aquí mismo, en la etiqueta de la botella.

El Santo le hizo una seña.

—No te preocupes —dijo—. Trae el alimento sólido.

—Muy bien, jefe. —Hoppy tomó el licor rehusado y se lo bebió de un trago. Volvió a la cocina y, asomando la cabeza por la partición, miró sobre la dorada cabeza de Pat—. ¿Ha leído esta mañana en el periódico las noticias acerca del combate? —preguntó.

—Han arrestado al Ángel Enmascarado, ¿verdad?

—Pero no por mucho tiempo —contestó Hoppy complacidamente—. Nosotros arreglaremos eso, ¿verdad, jefe?

Los claros ojos de Pat examinaron a *El Santo*.

—¿Qué quiere decir?

—Informamos a la ley que el Ángel Enmascarado es un viejo compañero de Hoppy —explicó Simón—. Naturalmente, con esa clase de referencias, se verán obligados a dejar a Bilinski.

—No te creo —dijo Patricia fríamente—. Ni por un instante. ¿Qué pasó?

Las cejas de *El Santo* se alzaron.

—¿Pasar?

—Lo sabes muy bien. Anoche no me hubieras dejado del modo que lo hiciste a menos que algo...

Se interrumpió cuando el timbre de la puerta sonó brevemente.

—Yo la haré entrar, jefe —dijo Hoppy alegremente, y salió pesadamente de la cocina.

—¿«La»? —preguntó Patricia agriamente—. Supongo que será miss Grady, ¿no?

—Una visita puramente profesional —contestó tranquilamente—. Después de todo, *está* prometida a Steve Nelson.

Los rojos labios de Pat se curvaron cínicamente.

—Sin duda, será un noviazgo pasajero.

Simón cerró los ojos, apenado.

—Mi querida muchacha... —protestó.

Se puso de pie cuando Hoppy gritó desde el vestíbulo:

—¡Es Connie Grady, jefe!

La muchacha vaciló en la puerta de la cocina. Sus cortos y negros rizos la hacían parecer muy joven, casi infantil. Hoppy vino tras ella como un sonriente Cancerbero.

—Entre, querida —dijo *El Santo*. La tomó por la mano y la condujo hasta el comedor—. Miss Grady, ésta es mi colega, miss Holm.

—¡Hola, Connie! —dijo Patricia con simpatía—. Bienvenida al harén.

Connie pasó, insegura, la mirada de Pat a Simón.

—Yo..., yo no sabía que usted iba a tener compañía —dijo—. No quisiera que...

—No se preocupe —repuso Simón—. Pat es realmente mi colega en..., ¡ejem!, muchas de mis empresas. Algo me dice que podrá usted tratarla a ella con igual familiaridad.

—Hizo un ademán a Hoppy. —Éste es otro de mis colegas. Es Hoppy Uniatz.

—Mucho gusto —dijo Hoppy, resplandeciente—. Yo la vi a usted muchas veces cuando su papá regentaba el viejo gimnasio Queensberry, ¿recuerda? Usted solía llevarle la comida.

Las encantadoras facciones de la muchacha se arrugaron en una sonrisa.

—Sí..., recuerdo...

—Siéntese —dijo *El Santo*—. Estábamos empezando.

La vio sentarse y tomó otra silla para sí mismo, mientras Mr. Uniatz distribuía los platos de jamón y huevos y tazas de café con doméstica destreza.

Connie tomó el tenedor e intentó comenzar a comer, pero se sentía excesivamente cohibida. Miró de lleno a *El Santo*, con la emoción reflejándose claramente en su rostro.

—Usted vio lo que sucedió, ¿verdad? —dijo con una vocecita tensa—. El Ángel mató anoche a un hombre... *Ahora*, ¿comprende usted por qué no quiero que Steve luche con ese... ese gorila?

—Lo comprendo.

—Cuando le hablé anoche... —empezó ella—. Yo..., yo...

Se frotó los dedos como si estuviera buscando las palabras exactas.

Simón ofreció el azúcar a Patricia con bufonesca cortesía. Ella pareció no verlo.

Dulcemente preguntó:

—¿Anoche?

—Por teléfono, después de haber llamado tú —explicó Simón suavemente—. También ella deseaba saber qué había pasado. Su padre estaba un tanto trastornado por nuestra visita al Ángel Enmascarado después del combate.

La roja boca de Patricia formó un escéptico.

—¡Oh!

Connie halló por último las palabras adecuadas:

—Yo esperaba que mantendrían a ese... ese hombre en la cárcel. De ese modo el combate hubiera sido anulado. —Su voz se quebró—. Pero lo han puesto en libertad.

—¿Lo han dejado libre? —preguntó *El Santo*, interesado—. Los periódicos no lo dicen.

—Papaíto ha estado en la estación de Policía a primera hora de esta mañana con Spangler. Éste es el manager del Ángel Enmascarado.

Simón asintió.

—Ya veo. De modo que han puesto en libertad al Ángel a pesar de la recomendación de Hoppy...

—Steve tendrá que llevar a cabo ese combate..., si usted no hace algo al respecto. —La voz de Connie Grady demostró que no mantenía el dominio sobre sí misma—. ¡Lo matará!

Hoppy se tragó una cantidad de comida que habría ahogado a un caballo.

—¿Matarle? ¿Al campeón? ¡Bah! ¡Le dará una paliza a ese holgazán!

Connie se volvió a él bruscamente:

—¿Lo cree usted así? ¿Después de lo que el Ángel Enmascarado le hizo anoche a Torpedo Smith? Ese... ese holgazán deja fuera de combate a todos los hombres con los que lucha.

—Por lo menos desde que está bajo la dirección del doctor Spangler —repuso *El Santo*.

—¡Bah, todo es un cuento! —dijo Hoppy despectivamente.

—¿También fue un cuento la muerte de Torpedo Smith? —preguntó ella tensamente.

—Usted sabe quién es realmente el Ángel Enmascarado, ¿verdad? —preguntó Simón a su vez.

Ella asintió cansadamente.

—Naturalmente. Papá tiene participación en sus ganancias.... Alzó la vista apresuradamente, como si de pronto se hubiera dado cuenta de lo que había dicho.

—Desde luego no tiene directamente interés en él —balbuceó confusamente—. En realidad no es eso lo que he querido decir. Lo que sucede es que el doctor Spangler le debe dinero a papáito, y... y...

—Naturalmente —dijo Simón gentilmente—. Comprendo. El doctor Spangler está pagando a su padre con las ganancias que obtiene por mediación del Ángel Enmascarado.

Ella pareció agradecida por la ayuda.

—Sí, sí. Eso es.

—Después de todo —observó *El Santo*—, no se considera ético que un casamentero tenga un interés financiero en cualquiera de los contendientes. De forma que Mr. Grady tiene que evitar una cosa de esa especie. Sobre todo en lo que se refiere a un combate de campeonato.

Connie Grady le miró súbitamente.

—¡Yo no quiero que Steve sea uno de esos contendientes! —exclamó, con sus ojos de esmeralda nublados. Apartó la vista—. Debo parecerles... ridícula, ¿no es cierto? A mí no se me ocurriría pedirle eso a nadie más en el mundo. Usted..., usted es la única persona a quien considero capaz de... conseguir de algún modo que el combate no se efectúe.

—Exactamente, ¿qué es lo que usted sugiere? —preguntó Pat con curiosidad—. ¿Cree usted que *El Santo* puede persuadir a Nelson para que no luche?

Connie le dirigió una sorprendida mirada.

—¡Oh, no! —contestó—. Si se enterara de que he venido aquí a pedirle eso a Mr. Templar..., no me perdonaría jamás. —Se volvió implorante a Simón—. Debe haber algún... otro modo. No puedo decir cuál. Sólo sé que otras veces usted ha hecho cosas parecidas a milagros... Papáito me ha contado algunas de sus aventuras.

—Bien, bien —dijo Patricia, admirada—. Simón Templar, el Paul Bunyan del crimen moderno. ¿No tienes otro milagro debajo de la manga?

Entonces se dio cuenta de la expresión dolorida de Connie y dejó de reír. Puso un brazo alrededor de los hombros de la muchacha y miró a *El Santo* interrogativamente.

—¿Qué piensas tú, Simón?

—Yo pienso —contestó *El Santo*— que debemos seguir comiendo antes de que se enfríe o Hoppy nos deje sin nada.

Se entregó a su propio plato y no paró de comer hasta que Connie Grady y los otros le imitaron. Él sabía que ella necesitaba hallar un alivio a su tensión, y por su parte su gran apetito estaba mezclado con la necesidad de un interludio de pensamiento constructivo en proporciones aproximadamente iguales. Si era evidente que la preocupación de Connie por Steve Nelson era absolutamente real, no era menos patente que la muchacha no había manifestado aún todo lo que tenía en su mente.

Simón esperó hasta que la comida logró un aminoramiento de la atención, y entonces dijo casi casualmente:

—Naturalmente, una de las cosas que podemos hacer es meterle un balazo a Barrelhouse Bilinski...

—No, no —se opuso Connie, pero su tono fue más bien impaciente que aterrorizado—. No me refería a una cosa semejante. No quiero que nadie... sufra ningún daño. —Sacudió su cabeza—. Debe haber algo..., algo que usted pueda hacer en vez de eso. Usted es listo...

Simón observó un momento la punta de su cigarrillo, mientras el humo salía de su boca.

—¿Sabe su padre que está usted aquí? —preguntó.

—¡Por supuesto que no! —La idea pareció sobrecogerla—. No puedo decirle que estoy intentando anular el combate. ¡Él se enfadaría mucho más que Steve!

—Steve es muy bueno en su profesión —observó Simón—. ¿Conoce sus sentimientos acerca de sus probabilidades contra el Ángel?

—¿Cómo podría decírselo? He intentado persuadirle para que no combata. Pero no he conseguido nada. ¡Está tan seguro, tan confiado...! ¡Si tuviera el suficiente sentido para tener miedo, para darse cuenta...!

—¿Darse cuenta de qué? —preguntó Simón suavemente.

—De que no es..., no es digno arriesgar su vida...

—Según los periódicos, se retirará después del próximo combate —observó Patricia.

—Sí, lo sé. Me lo prometió... Mas para entonces puede ser demasiado tarde.

Hoppy sacudió la cabeza incrédulamente.

—Habla usted de él como si fuera un bollo de crema —dijo—. Es el campeón, ¿no?

—Connie —dijo *El Santo*. gentilmente, mirándola a los ojos—, ¿hay otra razón para que usted crea que Steve no va a ganar? ¿Se trata de algo que no me ha dicho aún?

Ella apartó la mirada.

—No. —Volvió a mirarle—. Se lo he dicho todo. Yo... Spangler fue doctor en otros tiempos —dijo apresuradamente—. Quiero decir un doctor verdadero... ¿Cree usted que hace uso del hipnotismo? Ya sé que esto suena muy estúpido, ¡pero algo le sucederá a Steve! ¡Sé que le sucederá!

Nada de esto era particularmente importante para Simón.

—Si Steve combate como tiene por costumbre —razonó—, no creo que Bilinski tenga muchas probabilidades. En cuanto a los poderes hipnóticos del doctor Spangler... Si estuviera en su lugar no me preocuparía demasiado de ellos, Connie.

La boca de la muchacha tembló.

—Lo siento. Debiera haber sabido que usted hablaría como Steve... Usted y ese... entrenador que tiene.

Simón alzó las cejas.

—¿Entrenador?

—Whitey Mullins.

Hoppy, que iba a coger el pote del café, se volvió apresuradamente.

—¿Quiere decir que Whitey está entrenando al campeón?

—Resplandeció con la mueca terrible de un encantado dinosaurio. — Whitey es un gran tipo.

Los verdes ojos de la muchacha relampaguearon.

—¿De veras? ¿Y qué le importa a Mullins lo que pueda sucederle a Steve? *Todo* lo que le importa es fastidiar a Spangler. ¡Utiliza a Steve para conseguirlo!

Hoppy parpadeó y se quedó con la boca abierta.

—Yo no sé cómo piensa el campeón, pero todo el mundo sabe que Whitey no se llevaba bien con Spangler desde que éste le quitó a Bilinski. Es una vieja historia. —Sacudió la cabeza aturdidamente—. Yo siempre he creído que Whitey es un buen entrenador.

Pat dejó de sonreír.

—No parece haber nada malo en tener a un entrenador tan interesado en ver derrotado al Ángel.

—Pero el Ángel no será derrotado —repuso Connie desesperanzadamente—. ¡Matará a Steve! ¡No tiene ninguna probabilidad!

Simón la observó atentamente.

—Usted parece muy segura de eso —dijo, y metiéndose la mano en el bolsillo sacó algo. Sin cambiar el tono de su voz, preguntó—: ¿Ha visto esto alguna vez?

Sobre la mesa puso el revólver que el visitante de la noche anterior había dejado tras de sí.

Aun no descubriendo ningún signo perceptible, *El Santo* notó un súbito cambio en ella cuando sus ojos se clavaron en la pistola con todo su ser aferrado por esa terrible quietud que se halla en los mismos umbrales del pánico.

—¿Dónde ha conseguido usted... esto? —preguntó con un hilo de voz.

—Anoche lo dejé aquí una especie de... pajarraco.

Patricia le miró fijamente.

—¿Anoche?

—Un pajarraco armó un gran estrépito —bufó Hoppy—. Consiguió escaparse antes de que pudiéramos ver quién era. Pero le dimos un susto tal que se olvidó de la artillería.

—¡No me lo habías dicho! —acusó Pat—. El alboroto del «Arena» lo acabaste aquí, ¿no es eso? —Buscó el rostro de Simón, y advirtió la verdad con la seguridad de una intuición que había alcanzado el grado de una física sutileza por los incontables sobresaltos de experiencias pasadas—. ¡Alguien te siguió hasta aquí e intentó matarte!

El Santo inclinó la cabeza.

—Querida, ya sabes cómo son nuestras amistades.

Connie Grady se levantó. Recogió con manos trémulas su bolso y los guantes. Su rostro estaba pálido. Intentó ignorar el revólver sobre la mesa, pero sus ojos se deslizaron hacia él, bajo el hechizo de una especie de amedrentadora fascinación.

—Siento haberles molestado de este modo —dijo nerviosamente y casi sin aliento—. Realmente ha sido estúpido. Yo... —Se interrumpió, y avanzó apresuradamente hacia la puerta—. Adiós.

—¡No, espere!

—Por favor...

Casi salió corriendo del apartamento, y la puerta se cerró con un portazo detrás de ella.

Patricia y Hoppy volvieron sus miradas a *El Santo*. En la de Patricia había una expresión de ironía.

—Demasiado malo —dijo—. ¡Y tú que esperabas producir una gran impresión!

—Jefe —dijo Hoppy con la boca llena, resumiendo su asalto a la comida—, la muerte de Torpedo anoche la ha trastornado, ¿eh?

—Ha sido esta pistola la que le ha trastornado —afirmó Pat—. ¿Por qué?

Simón cogió el revólver y lo volvió lentamente en sus manos.

—Mi bola de cristal no trabaja como las vuestras —contestó, y sonrió a Pat—. Es una cosa más bien atractiva, ¿verdad?

—¡Oh, ciertamente! —asintió Pat, con su sonrisa suavemente cáustica—, si es que te gustan por el lado histórico.

Simón se rió, mientras con la uña rascaba las pequeñas letras entrelazadas grabadas sobre el metal justamente encima de las cachas de la pistola.

—¡Pobre Melusina! —suspiró de un modo raro—. Me temo que su papaíto está haciéndola llorar.

—¿Melusina? ¿De qué demonios estás hablando? Yo creí que su nombre era Connie.

—Y lo es. El término ha sido meramente comparativo. Melusina fue un hada. Un hada francesa. —Simón sonrió provocativamente—. Si alguna vez hubieras penetrado en esas materias en tu juventud, querida, recordarías la historia.

—Nunca he sido tan buena lectora de cuentos de hadas como tú —dijo Pat modestamente.

—Melusina —continuó Simón imperturbablemente— no fue un fin atractivo y fácil de alcanzar..., aun cuando también tuviera su lado ligeramente histórico. Sin embargo, sufrió una injuria por parte de su padre, debido a lo cual lo encerró dentro de una montaña. Ella, a su vez, fue castigada a convertirse en una serpiente de cintura hacia abajo la noche de cada sábado.

—Debió ser capaz de escaparse a ese castigo alguna vez —dijo Patricia secamente—. ¿Pero qué vas a hacer con miss Grady?

—Jefe, ¿cree ella que Smith murió por accidente? —inquirió Hoppy.

—Puesto que has hecho esa pregunta —dijo Simón—, te daré una respuesta. No.

—Evidentemente —asintió Patricia—. ¿Pero qué te lo hace creer a *ti*?

—Está en lo cierto. No fue un accidente...

Mr. Uniatz sorbió de un solo trago una taza de café y amigó la frente con interés.

—¿Quiere decir que Torpedo no fue dejado fuera de combate honesta y legalmente?

El Santo movió la cabeza pensativamente.

—Indudablemente, no..., si el instinto sirve de algo, y yo creo que sirve. En cualquier caso, nosotros vamos a echar una ojeada al asunto.

—¿Qué vas a hacer, Simón?

El Santo sonrió, y después le mostró la pistola posada en la palma de su mano.

—Vamos a hacer una visita al hombre a quien pertenece esta pistola —respondió—. Me agradecería que estuvieras más tiempo con nosotros, pero desgraciadamente...

—¡Pero tú has dicho que no habíais visto al que dejó la pistola aquí! —exclamó ella—. ¿Cómo sabes quién...?

—Sé a quién pertenecen estas iniciales —contestó *El Santo* pacientemente, entregándole la pistola para que ella la inspeccionara. Le mostró el monograma sobre el metal—. Son un poco difíciles de desentrañar, pero creo que tú podrás hacerlo.

Hoppy se inclinó a mirar.

—¿Iniciales? —inquirió, mirando fijamente la pistola—. ¿Dónde?

—M... G. —leyó Pat—. ¿M. G.? Pero ¿quién es M. G.?

—No te extrañarás si digo que es el padre de Connie, Michael Grady, ¿verdad? —Simón la besó, y luego se levantó—. Vámonos, Hoppy. Creo que podremos desenterrar de la montaña al viejo.

CAPÍTULO VII

E*l Santo* entró por una de las puertas laterales del «Manhattan Arena» y se encontró, como esperaba, en el ala de las oficinas del edificio. Los corredores y salas de espera estaban llenos de deportistas, de diferentes categorías, pues éste era uno de sus lugares de cita. Por aquellos laberintos desfilaban sus más destacados y rezagados elementos representativos.

Simón se movió silenciosamente procurando pasar inadvertido a lo largo del vestíbulo central y se detuvo en la sala de espera principal.

Era una simple y vasta antecámara; las duras sillas y desnudos bancos estaban ocupados por una parlanchina cuadrilla de promotores, managers, reporteros de deportes, revendedores de localidades y atletas profesionales de diversas clasificaciones. Todos evidentemente esperaban ver al gran Mike Grady. Una niebla de humo de tabaco llenaba la habitación como rancio incienso, quemado a extraños y violentos dioses; las voces de los adoradores formaban una áspera letanía puntuada por roncadas carcajadas. Algo les señalaba como una especie distinta de la vida metropolitana: cada uno era sutilmente semejante al otro, sin que importara cuán diferentes pudieran ser sus pieles. La semejanza radicaba quizás en el brillo de los ojos, en la franca

expresión de primitivas emociones, en las comisuras de las bocas y en las profanas bravatas de su lenguaje. Sus ojos le examinaron crudamente cuando se abrió paso a través de ellos, como animales de circo tomando las medidas de un nuevo domador; pero en el mismo momento sus miradas se desviaron de nuevo como si bajo su elegancia hubieran reconocido a un miembro de su misma especie voraz.

La muchacha que estaba en el cuadro de distribución, junto a la puerta de la oficina de Grady, examinó a *El Santo* de la misma manera cuando se acercó a ella. Pero su mirada se suavizó ante su sonrisa lisonjera, la irresistible expresión de sus ojos azules y las alegres líneas de su mentón y de su boca... Estaba abriendo la puerta de la oficina de Grady antes de que ella recordara súbitamente sus deberes como centinela del santuario.

¡Eh, vuelva aquí! —gritó—. ¡No puede entrar ahí!

Como otras mujeres que habían intentado decir a *El Santo* que no podía hacer algo, ella pensó en sus objeciones un poco tarde. *El Santo* estaba ya dentro.

Michael Grady se hallaba reclinado en su silla giratoria, con los pies posados sobre el borde de la mesa y el rostro alzado hacia el techo porque sostenía el aparato telefónico entre la mandíbula y el hombro. Su mirada se deslizó hacia abajo cuando oyó cerrarse la puerta, y sus ojos, que se parecían a los de *El Santo* por su color azul mostraron una incipiente erupción.

El Santo le hizo un cortés saludo y se sentó en una desgastada silla de piel situada frente a él.

El promotor gruñó un par de veces, con los ojos fijos en Simón Templar, y luego colgó el teléfono. En el mismo instante sus pies retornaron al suelo con cierto estrépito.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó ásperamente.

Un fuerte acento irlandés impregnaba aún su voz de tenor, aunque como *El Santo* sabía bien hacía ya más de treinta años que había dejado a Irlanda. Los altibajos de la turbulenta carrera de Mike Grady hasta alcanzar su actual puesto como promotor del «Manhattan Arena» eran una historia familiar en los ambientes deportistas de la ciudad. Simón sabía que era una carrera durante la cual Grady se había ganado más amigos que enemigos..., y esos enemigos eran los que un honesto pero terco individuo se hace casi siempre en su camino a las alturas.

—Mi nombre —anunció *El Santo*— es Simón Templar.

Grady le miró fijamente con las cejas cautelosamente fruncidas. Abrió la boca como si fuera a hablar, pero la cerró de nuevo cuando el reconocimiento

brilló en sus ojos y cesó el fruncimiento. Se inclinó hacia delante sobre su mesa.

—¿*El Santo*? —preguntó incrédulamente, y se puso de pie sin esperar la respuesta—. ¡Naturalmente! ¡Debiera haberle reconocido! —Abandonó la mesa y le tendió rápidamente la mano—. ¡Encantado de conocerlo, *Santo*!

Simón se levantó y permitió que su brazo fuera usado como la palanca de una fuente.

—Es una vergüenza que no me haya visitado antes —dijo Grady—. Precisamente ayer mismo uno de los muchachos mencionó su nombre como una posibilidad para las principales ceremonias del *Summer lee Follies* que prepararemos pronto. ¡*El Santo* y Sonja Henie! ¿Se imagina usted este cartel? ¡Sería sensacional! ¡Se los metería a todos en el bolsillo! Lo anunciaríamos en los periódicos..., en los carteles..., en la radio...

—Y en el cielo por medio de aviones —dijo *El Santo*—. Bien, supongo que el mundo hará siempre un camino hasta la puerta del hombre que sepa idear el mejor artificio para alcanzar popularidad, pero yo no he venido aquí como un ejecutante en esa línea. Yo..., ¡ejem!, tengo ya una... especie de profesión, ¿sabe?

—¿Una profesión? ¿Usted? —Grady sonrió burlonamente—. ¿Y en qué consiste?

—Soy lo que usted podría llamar un rondador —contestó *El Santo*.

Grady frunció las cejas.

—¿Un rondador?

—De conciencias culpables.

—Eso —dijo Mr. Grady después de una pausa— no lo comprendo.

Simón tomó un cigarrillo de la caja que había sobre la mesa.

—Bien —dijo en tono conciliador—, tomemos su conciencia, por ejemplo.

Grady sonrió burlonamente.

—¿Y por qué había de rondar *mi* conciencia? Es cristal claro.

Simón encendió un fósforo.

—¿De veras?

—Seguro.

—¿Incluso en lo que se refiere a su secreta asociación con el doctor Spangler?

La sonrisa de Grady se esfumó. Se volvió bruscamente, se metió tras su mesa y se sentó. Sus dedos repiquetearon nerviosamente sobre la mesa durante un momento.

—Aun cuando eso fuera verdad —dijo finalmente—, ¿sería un crimen?

El Santo también se sentó, envuelto en una bocanada de humo.

—Siempre he oído decir que es usted un hombre honesto, Mike —contestó tranquilamente—. Spangler es un granuja, y usted lo sabe.

Grady enrojeció.

—¡Yo no sé nada de eso! —estalló—. Desde luego, cumplió una condena una vez. ¿Y qué importa? Cualquiera puede cometer una equivocación.

—Lo sé —asintió Simón—. Y usted lo levantó, dándole un empleo en el gimnasio Queensberry.

—¡Fue el mejor masajista que jamás he tenido!

—Probablemente. Fue un MD antes de que le quitaran la licencia por vender drogas. —Simón observó la ceniza de su cigarrillo—. Mike, usted le adelantó dinero para que se convirtiera en manager, ¿verdad?

Grady se removió impacientemente.

—Bien, ¿y qué importa? —preguntó—. Cuando obtuve este empleo aquí en el «Arena» renuncié al gimnasio. El doctor no quería trabajar allí sin mí, y por eso le presté un par de los grandes.

—Por lo cual él le dio a usted una participación en Barrelhouse Bilinski como colateral.

—Bueno... —Grady rió entre dientes, pero su humor estaba nublado por una cierta inquietud—. En aquellos momentos no parecía que fuera a ser tal colateral. No era aún el Ángel Enmascarado, ¿sabe?

—Lo sé.

—Muy bien —dijo Grady, extendiendo expresivamente sus manos cuadradas y pecosas—. Usted sabe lo bueno que es Spangler. Ha conseguido hacer un gran luchador de un boxeador de mala muerte.

El Santo sacudió la cabeza tristemente.

—Mike —protestó—, cualquiera, un niño, incluso Connie, su propia hija, podría mostrarse escéptico sobre eso. En efecto, si ella conociera su asociación con Spangler, podría creer que está usted mezclado en algo no enteramente...

Grady se puso rígido y su rostro enrojeció.

—¿Qué demonios tiene que ver mi hija con esto?

La expresión de *El Santo* fue tan suave como el *cold cream*.

—Nada en absoluto, Mike. Simplemente la he mencionado como una posibilidad.

—¡Pues hará mejor en dejarla fuera de esto! —Grady le miró fijamente y después apartó la vista, inquieto—. Puede ser que no esté de acuerdo conmigo

por tener un interés financiero en Bilinski —gruñó—, pero me importa un comino si gana o pierde. Lo único que deseo es recobrar mis dos grandes.

—A propósito —dijo *El Santo*—, ¿cómo se las arregló Spangler para lograr que Bilinski llevara ese viejo calcetín sobre la cabeza?

—Tiene un permiso especial de la Federación de Boxeo —contestó Grady brevemente—. Es un asunto legítimamente publicitario.

—Sí, hay una cosa semejante —repuso Simón—. Pero ciertamente mejora su aspecto.

—No lo llevará puesto en el combate para el campeonato —le informó Grady agriamente—, cuando le dé a Steve Nelson la paliza que se merece.

Los escudriñadores ojos de *El Santo* se desviaron con una ofensiva cohibición.

—Parece usted necesitar un cierto entusiasmo por su futuro yerno —observó.

—¡No es *mi* yerno! —gritó el promotor—. Ningún boxeador se casará con la hija de Mike Grady, puede usted estar seguro de ello. No sé qué cuentos ha oído usted, pero mi hija no se casará con ese tipo.

—¿Y qué hará usted? ¿Prohibir las amonestaciones?

—No la verá atada a un pelanas con menos porvenir que una cucaracha —replicó Grady beligerante—. Sé lo que les sucede a la mayor parte de ellos cuando sus días de lucha se han ido. Todos tienen los sesos huecos y no logran salvar ningún dinero, por lo cual sus esposas tienen que afanarse para ganarlo.

El Santo formó una «O» de humo.

—Por eso han disputado.

—Yo no lo llamaría una disputa —los ojos del empresario relucieron—. Le dije lo que acabo de decirle a usted, y le aconsejé que dejara en paz a Connie.

—Pero si Steve se retira después de su lucha con el Ángel, según dice...

—¡Seguro! Eso es lo que él dice —gruñó Grady—. ¿Cuántas veces he oído *eso* antes de ahora? De modo que se va a retirar... ¿Con qué?

Simón se encogió de hombros.

—Con la bolsa, supongo. A menos, por supuesto, que muera antes de poder recogerla. Del mismo modo que murió Smith.

Mike Grady puso los codos sobre la mesa y se llevó las manos a la frente, mirando fijamente a la mesa.

—Fue algo terrible —dijo sombríamente—. Pero fue un accidente. —Alzó la vista desafiadoramente—. Son cosas que suceden una vez entre un

millón de combates.

El Santo le miró, pensativo. Un cuadro parecía estar revelándose. Grady no sentía ningún interés por el prometido de Connie. Tenía una medio asociación con el doctor Spangler. ¿Pero desaprobaba lo bastante a Nelson para concertar su muerte? ¿Era de la misma calaña que Spangler...? Por alguna razón *El Santo* no podía aceptar por completo esto. Grady no carecía de los esenciales elementos de humanidad. Quizás era exaltado, obstinado e inflexible..., pero no perverso. Tal vez era astuto, consentidor e intrigante... Pero no canalla. No había duda de que tenía un corazón ingenuamente sentimental. Siendo experto en tales cosas, *El Santo* se sintió seguro de su suposición. Y sin embargo...

—Quizá —dijo—. Pero hay que considerar algunas cosas —sacó de su bolsillo el achatado revólver y lo colocó casi casualmente sobre la mesa de Grady—. Sin duda alguna fue también una probabilidad entre un millón el que anoche hallara esto en mi apartamento.

Grady contempló la pistola con la boca abierta en una expresión de perplejidad.

—¿De dónde demonios ha sacado usted esto? —preguntó.

—Es suya, ¿verdad?

—Claro que es mía. ¡Tiene mis iniciales! ¿De dónde la ha sacado?

—Ya se lo he dicho. En mi apartamento, anoche. Después de mi pequeña entrevista con Spangler, alguien entró en nuestra torre de marfil con la aparente idea de acondicionarnos el aire con su calentador. Desgraciadamente habíamos tendido una trampa en la puerta en previsión de una visita del recaudador de impuestos. Ese individuo carecía del sentido del humor, y huyó bufando.

Grady abandonó la silla y se acercó a la ventana. Miraba ciegamente, con las manos cruzadas sobre el pecho y el rostro completamente sombrío.

—No lo comprendo —murmuró—. A menos que la vendiera, o... —Se volvió bruscamente a Simón—. ¡Esa pistola me la robó Steve Nelson!

El Santo desprendió desapasionadamente la ceniza de su cigarrillo.

—¿Robada? —murmuró.

—¡Sí, robada! —Grady retornó a la silla—. La semana pasada, en esta misma oficina. Se llevó la pistola y ya no he vuelto a verla desde entonces... es decir, hasta este momento.

—¿Cómo sabe usted que se la llevó? —preguntó *El Santo*.

—¡Cómo sé que se la llevó! —bramó Grady—. ¡El bastardo casi me rompió el brazo!

—Oh —exclamó Simón inocentemente—. Es decir, que se la llevó durante la disputa que no tuvieron.

Grady miró ceñudamente la pistola.

—Si no hubiera por medio un asunto de negocios y ese dinero que deseo recobrar, le habría metido en la cárcel por tanto tiempo...

—¿Qué Connie no lo reconocería cuando saliera?

—Dejemos eso.

—Le apuntó usted con esta pistola, ¿verdad? Y él se la quitó. ¿No fue así? La alta presión sanguínea de Grady se hizo penosamente evidente.

—¡Ya le he dicho que dejemos eso! —gritó—. Estaba defendiéndome... y no porque no hubiera podido darle un buen vapuleo con las manos simplemente si hubiera querido.

Simón se levantó y recuperó la pistola.

—¿No le importa prestármela hasta que encuentre las huellas del individuo que intentó usarla contra mí anoche?

—Quédesela —gruño Grady secamente—. ¿Tiene usted una idea de quién puede ser?

—¿Cree usted que Steve Nelson podrá contestar a esa pregunta?

Grady frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—No parece un tipo capaz de colarse en la casa de nadie... ¡No, no ha sido él! Probablemente la vendería... o bien la perdería. El que la consiguió de Nelson es el hombre que usted está buscando.

Él Santo se levantó.

—Eso es lo que voy a tratar de descubrir —dijo—. Le veré de nuevo, Mike.

Antes de que el empresario se diera cuenta de que la entrevista había terminado, él había abierto la puerta y estaba fuera.

Hubo un súbito enfriamiento en el tono de las conversaciones cuando salió de la oficina de Grady. Mientras que al entrar en la sala de espera había atraído poca atención, su desfachatez en colarse en la oficina de Grady antes que todos los demás, le convirtió en un hombre marcado, en el blanco de una concentrada batería de ojos indignados. Pero *El Santo* parecía enteramente ignorante de la hostilidad general cuando se detuvo junto a la muchacha y la observó accionar una clavija de conexión.

—Sí, Mr. Grady —dijo. Y al cabo de un momento—: ¿Doctor qué...? Sí, señor. Le buscaré el número ahora mismo.

Tomó una guía telefónica de un estante que había junto a ella.

—Crescent 3-1465 —indicó *El Santo*, complaciente.

Ella alzó la vista como una ardilla sorprendida, y Simón Templar le dedicó la misma sonrisa amistosa que tanto la había impresionado antes.

—Se refiere al doctor Kurt Spangler, ¿verdad? —dijo, y se alejó a grandes zancadas antes de que ella pudiera recobrar la voz.

Hoppy Uniatz tenía en marcha el motor del convertible cuando *El Santo* abrió la portezuela, y Simón apenas tuvo tiempo de sentarse cuando ya había oprimido el embrague y lanzado el coche calle arriba y doblado la primera esquina sin preocuparse de las señales de tráfico.

—¿Qué estás intentando hacer? —preguntó Simón—. ¿Ganarte una multa?

—No se preocupe, jefe —contestó Hoppy—. Huiremos fácilmente. Esto lo he hecho muchas veces antes de ahora. ¿Le ha metido un buen balazo?

Simón le miró.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Hablo de ese tipo, de Grady. Le ha dado usted lo que se merecía, ¿verdad?

El Santo movió la cabeza pacientemente.

—No, Hoppy, no. Nunca he dicho que nuestro visitante de anoche fuera Mike Grady. Llévame a Riverside Drive. Quiero hablar con Steve Nelson en persona.

CAPÍTULO VIII

El convertible azul se dirigió a Riverside Drive a través de la Sesenta, y pasó la Setenta. El viento y el sol acariciaban el oscuro y rizado cabello de Simón Templar. Era un viento claro y vivo enfriado por el majestuoso Hudson, que corría paralelamente a su izquierda; sus brillantes aguas punteadas por el viento formaban un millón de facetas en las que resplandecía la luz del sol como mosaicos de oro pulido. *El Santo* pensó que todo era demasiado alegre y hermoso para dedicar el día a explorar cloacas espirituales, o zambullirse en los fétidos laberintos del crimen.

Estuvieron en la Ochenta antes de que *El Santo* indicara a Hoppy que moderara la marcha.

—Es esa casa que hay al final de la manzana —dijo.

El enorme coche se acercó a la acera y se detuvo ante uno de los edificios de tres pisos y de piedras grises que se alzan a lo largo de Riverside Drive

como otoñales solteronas; su elegancia pasada de moda recuerda una época más sosegada y feliz.

—¿El campeón vive aquí? —preguntó Hoppy con cierta sorpresa.

—Así dice en la guía telefónica.

—Con su *pasta*, yo viviría en Park Avenue.

—Por eso no tendrías su *pasta* durante mucho tiempo.

—Simón salió del coche. —Espérame aquí, Hoppy. No tardaré mucho.

Una ojeada a los buzones de las cartas le reveló que Steve Nelson tenía un apartamento en el segundo piso. Simón abrió la puerta y se acercó al pie de la alfombrada escalera. Dentro, la oscuridad era casi completa en contraste con la luminosidad de la calle, pero logró descubrir la puerta del apartamento de Steve Nelson en lo alto de las escaleras. De la misma dirección llegaron voces masculinas discutiendo.

Simón puso la mano sobre la tallada baranda y subió ligeramente y con absoluto silencio; pero antes de que hubiera alcanzado la parte superior, las voces se elevaron súbitamente hasta alcanzar una vociferante violencia. Se oyó el grito de una muchacha, y la puerta se abrió bruscamente. Un individuo de cuello de toro se tambaleó hacia atrás, seguido por un hombre de alta estatura y de rápidos movimientos que le tenía cogido por los hombros. Le hizo volverse en redondo con un empujón, y lo envió hacia las escaleras dándole una salvaje patada.

Si *El Santo* no hubiera estado en su trayectoria, es probable que hubiera continuado hasta el portal solamente con dos saltos. Pero Simón recibió el impacto de su peso sobre un brazo y un hombre, le hizo ponerse de pie, y echó una mirada a su rostro.

—¡Hombre, Karl! —dijo afablemente, manteniéndolo cogido firmemente por la solapa—. ¿Cómo estás aquí?

El reconocimiento y el temor brillaron simultáneamente en los ojos del pistolero. Con un súbito giro se desprendió de la mano de *El Santo*, descendió a saltos el resto de las escaleras y desapareció más allá de la puerta, dejando su americana en las manos de *El Santo*.

—¡*El Santo*! —exclamó entrecortadamente Connie Grady.

Hubo un pálido hilo de pánico reprimido en su voz. Estaba de pie en el umbral del apartamento de Steve Nelson, mirando a Simón por encima de los anchos hombros de su novio.

El Santo subió las escaleras llevando la americana de Karl sobre el brazo.

—Su compañero debía tener mucha prisa —murmuro—. ¿No sabe que hay escasez de ropa?

Nelson, rubio y de estrecha cintura, miró perplejamente a *El Santo*. Se volvió a Connie.

—Es *El Santo* —dijo ella—. Simón Templar. Ya te he dicho que lo había conocido ayer... Mi prometido, Steve Nelson —lo presentó.

Cuando Nelson se volvió para tenderle la mano a Simón, *El Santo* observó los ojos de Connie sobre su hombro, tensos y suplicantes. Al parecer temía que se fuera de la lengua acerca de su visita a su apartamento aquella misma mañana.

—Me temo que haya venido en un momento difícil —dijo con risa nerviosa.

—Si ese tipo viene aquí nuevamente —dijo Nelson lentamente— se dejará más que una simple americana. —Sonrió—. Encantado de conocerle, *Santo*. He oído hablar bastante de usted. ¿Quiere entrar?

El interior del apartamento de Steve Nelson era considerablemente más atractivo que lo que el conservador exterior del edificio parecía indicar. Simón miró a su alrededor con gesto aprobatorio.

—Siéntese, ¿quiere? —invitó Connie, y él pudo sentir su nerviosismo como un secreto entre ellos.

El Santo se sentó, estirando las piernas confortablemente para buscar cigarrillos.

Nelson se dejó caer en una silla junto a la mesa y atrajo hacia sí un pequeño asno de madera. Hizo presión sobre la cola y un cigarrillo brotó de su boca y cayó en el regazo de *El Santo*.

Simón lo cogió, admirado.

—Un verdadero juguete —observó—. Es una lástima que no tenga otro juguetito para desembarazarse con igual facilidad de los huéspedes indeseables.

—Esto lo tengo a mano —dijo Nelson—. Conoce usted a ese tipo, ¿eh?

Los hombros de *El Santo* se alzaron ligeramente.

—¿A Karl? Nos hemos conocido —miró a Connie. Estaba aún de pie, observándole tensamente—. Es uno de los secuaces favoritos del doctor Spangler. —Accionó su encendedor, y encendió su cigarrillo, percatándose de la silenciosa curiosidad de Nelson acerca de su visita—. Desgraciadamente, su mente tiene con exceso una específica pesadez, lo cual quizás es natural si se considera que está rodeada de un mármol más sólido del que incluso mi amigo Hoppy puede alardear.

—¿Quién? —preguntó Nelson, sorprendido.

Todos se volvieron hacia la puerta cuando unos súbitos pasos de gigante hicieron crujir las escaleras.

—Ahora lo conocerá usted —anunció Simón tranquilamente.

—¡Jefe! —El bramido de Hoppy sacudió los paneles de la puerta casi tan potentemente como el puñetazo que dio sobre ella—. Jefe, ¿está usted bien? ¡Jefe!

El Santo se puso en pie, pero Connie había abierto ya la puerta.

Hoppy se precipitó dentro, mirando a su alrededor alertamente. Cuando observó la presencia de Simón lanzó un estrepitoso suspiro de alivio.

—Hoppy —gritó Connie alarmada—. ¿Qué pasa?

—¡Diablos! —jadeó Mr. Uniatz—. He visto a ese mono de Karl salir después de que usted ha entrado, y al ver que usted no corría tras él...

—¿Has creído realmente que ese simio sin sesos podía desembarazarse de mí? ¿Y no lo has detenido para descubrirlo?

Mr. Uniatz vaciló, aturdido.

—Lo he perseguido, jefe, pero lo perdí de vista en la West End Avenue, y estaba tan preocupado por lo que hubiera podido pasarle a usted, que he vuelto para enterarme.

El Santo le entregó la americana de Karl.

—El hombre estaba deshaciéndose de su guardarropa. Puedes quedártela. Es aproximadamente de tu talla y positivamente de tu estilo.

Se volvió a Nelson.

—Éste es Hoppy Uniatz. Hoppy... saluda al campeón.

Hoppy tendió una manaza como un jarrón mientras con la otra cogía la americana.

—Encantado —dijo radiante.

—¿Es su *sparring*? —preguntó Nelson, mirando respetuosamente a Hoppy de arriba abajo.

—No —contestó *El Santo* como si lo lamentara—. Hace tiempo que ha olvidado todas las reglas del Queensberry. Cuando Hoppy lucha, lo usa todo... incluyendo la cabeza, los codos, las rodillas y los pies. Es decir, cuando no puede usar barras de hierro, botellas de cerveza o cachiporras.

—Bueno —admitió Hoppy—, un estúpido hace las cosas más fácilmente, pero uno no siempre puede darle a alguien una paliza con guantes de boxeo.

—Supongo que no —dijo Nelson cortésmente.

—De todas formas me gustaría ejercitarme con usted —repuso Hoppy—. Yo mismo podría dejar fuera de combate al Ángel Enmascarado, de forma que a usted no le será nada difícil.

—Eso es lo que parece temer el *manager* del Ángel —dijo Nelson. Se volvió a Simón—. Ha enviado a ese tipo a hacerme una proposición.

El Santo le miró fijamente.

—Dígame más.

—¡Spangler le ha propuesto algo terrible! —exclamó Connie, con una nota de histeria en la voz—. Steve se quedaría con toda la bolsa si... si...

Estaba temblando.

—Tómalo con tranquilidad, nena —le aconsejó Nelson, poniendo un brazo alrededor de los hombros a *El Santo*—. Me quedaré con la bolsa si le concedo el combate al Ángel. Ésa es la proposición. —Mostró sus dientes en una mueca—. La Federación de Boxeo se mostrará muy interesada cuando le informe de ello...

Simón sacudió la cabeza.

—Me temo que Spangler se apresurará a negarlo.

—¡Pero Connie es testigo!

—Desde luego. Pero Karl estaba borracho. No sabía lo que estaba haciendo o diciendo. Y además estaba embrollando las cosas. Karl es un pequeño embrollón. Por lo menos, esto es lo que Spangler dirá, y Karl se mostrará con él completamente de acuerdo en todo. Spangler incluso puede regañarle —en público, se comprende— por ser un mal muchacho. —*El Santo* se encogió de hombros—. En su lugar, Steve, no me tomaría la molestia de informar a la Federación. Lo que debe hacer es seguir adelante y apabullar al Ángel. Después de eso puede informar a la Comisión.

—¡No! —gritó Connie—. Steve debe hacer el informe primero. Spangler no conseguiría escapar de ésta. Es un fullero y hará todo lo posible para que el combate no sea leal.

—Yo sé cuidarme de mí mismo —dijo Nelson irritablemente—. El combate se celebrará, nena, aunque me amenacen con el infierno. Y no te preocupes, no me pasará nada. Después de haber peleado con hombres tan buenos, no debes preocuparte por un boxeador de tres al cuarto como el Ángel.

—Escuche, campeón —dijo Hoppy orgullosamente—. Tengo una idea.

—¿Cuál?

—¿Por qué no le dice al doctor que acepta su proposición, si le entrega el dinero por adelantado? Usted coge la *pasta* y después le da una paliza a ese gordinflón. ¿Qué hay de malo en eso?

—Me temo que la idea produciría complicaciones indeseables —repuso Simón amigablemente—. Son ya muchas las complicaciones que hay que

resolver. —Sacó de su bolsillo la pistola de Mike Grady—. Ésta, por ejemplo —dijo, y entregó la pistola a Steve Nelson.

Por el espacio de dos segundos una sobrecogedora quietud gravitó sobre la habitación.

Después Nelson tendió su mano lentamente y tomó el arma. La observó, miró a *El Santo* un momento, y después se volvió para encontrarse con la mirada de Connie. Sus ojos estaban oscurecidos por la duda.

La estrecha mente de Mr. Uniatz se arrugó en una expresión de perplejidad.

—Jefe —dijo roncamente—, ¿quiere decir que fue *él*?

El campeón clavó sus ojos en *El Santo*.

—¿De qué se trata? —preguntó—. ¿Dónde ha conseguido esto?

—Se la dejó en nuestro apartamento alguien que nos hizo una visita anoche. Estamos tratando de saber quién fue para devolvérsela, por si se siente desnudo sin ella. Mike Grady admite que la pistola es suya, pero pretende que usted se la robó.

—¡Eso es ridículo! — exclamó Connie. —Sus ojos relampagueaban—. ¡Papaito no está en sus cabales! —Súbitas lágrimas resbalaron por la curva de sus mejillas. Continuó con dificultad—: Está... está bebiendo demasiado. Steve tuvo que quitarle la pistola.

Se dejó caer sobre el sofá y se cubrió el rostro con las manos. Steve Nelson le puso un brazo alrededor de los hombros.

—Serénate, nena —la animó—. Serénate.

Hoppy se removió incómodamente; pero *El Santo* aceptó con ecuanimidad india la demostración emocional y la insegura mirada de Nelson. Se mostró completamente sereno, absolutamente libre de confusión.

Encendió otro cigarrillo y exhaló el humo poco a poco.

—Lo único que me interesa saber —dijo— es cómo esa pistola se encontró anoche en mi apartamento.

Nelson pareció dudar entre dar explicaciones o luchar...

—Yo le quité la pistola a Grady, pero lo que no sé es cómo fue a caer en manos de un ladrón. Se la di a Connie para que se la devolviera a su padre. — Se volvió a ella—. Se la devolviste a él, ¿verdad, querida?

La muchacha se levantó, secándose las lágrimas que humedecían su nariz, y sacudió la cabeza en silenciosa negativa.

Nelson la miró fijamente.

—¿No se la devolviste?

Ella se guardó el pañuelo.

—¡No deseaba que la tuviera! —contestó vehemente—. No le convenía tenerla. Después de lo que te hizo a ti...

—Pero...

—Se la di a Whitey para que se desembarazara de ella —dijo Connie—. Le dije que la arrojara al río.

—Conozco a Whitey —dijo Mr. Uniatz—. Es un buen entrenador, campeón.

—Ahora es también mi *manager* —explicó Nelson.

Simón se acercó con la punta del cigarrillo al cenicero, y desprendió la ceniza.

—¿Desde cuándo? —inquirió.

—Firmamos los papeles ayer —Nelson se volvió a Connie—. Whitey no me ha dicho nunca que le hubieras dado la pistola.

—¿Por qué había de decírtelo? Le dije que se desembarazara de ella y que no dijera nada a nadie.

—Whitey es un buen muchacho —aseguró Hoppy, haciendo que este punto resultara claro—. El puede hacer de usted un buen luchador.

—Seguro —asintió Nelson pensativamente—. Y es un hombre honesto, lo cual es mucho más de lo que se puede decir de la mayoría de ellos... No quiero decir que tu padre no sea honesto, querida —corrigió apresuradamente—. Nunca discutiremos por eso.

El Santo acercó la colilla encendida a un nuevo cigarrillo.

—Eso suena muy agradable —murmuró—. Pero me gustaría mucho saber qué hizo el hermano Mullins con la pistola después de que usted se la dio.

La muchacha murmuró:

—No lo sé... No lo sé...

Unos nuevos pasos sonaron en la escalera y el timbre de la puerta se oyó en seguida.

—Probablemente es él —dijo Nelson—. Irá al gimnasio conmigo.

Abrió la puerta y Whitey Mullins entró.

—Hola, campeón —saludó, y se detuvo al ver a Hoppy ponerse de pie.

—¡Whitey! —gritó Mr. Uniatz, lanzándose hacia adelante y poniendo un brazo como una grúa alrededor de los hombros de Whitey con camaradería.

Mullins se tambaleó al recibir todo su peso. Su sombrero hongo se deslizó sobre la frente y él se lo echó hacia atrás enojado.

—¡Apártate, gorila! —gruñó.

—Acabamos de saber qué eres el nuevo *manager* del campeón —bramó Hoppy alegremente.

—Éste es *El Santo* —le presentó Steve—. Supongo que habrás oído hablar de él.

Los pálidos ojos de Mullins se ensancharon un poco y su boca formó una abierta sonrisa.

—Naturalmente.

Alargó su estrecha mano, semejante a la de un mono.

—Le vi anoche en el combate, ¿verdad?

Simón asintió, estrechándole la mano.

—Sí, estuve allí.

—Claro que nos viste —dijo Hoppy—. Tú fuiste él primero en decirnos que Torpedo la había diñado, ¿recuerdas?

—No desearía que volviera a sucederme de nuevo algo como eso —dijo Mullins sombríamente—. Fue terrible. Todavía no comprendo cómo pudo suceder. Torpedo estaba en muy buenas condiciones. El pobre muchacho debía tener el corazón débil. —Se volvió a Simón, y un débil resplandor se animó en sus pálidos ojos—. He oído que anoche le armó usted un lío a ese piojoso de Spangler.

El Santo lanzó una bocanada de humo en dirección a la pistola posada sobre la mesa y sonrió.

—El lío que usted menciona —dijo— estaba ya allí Hoppy y yo simplemente fuimos a investigar sus orígenes.

—Sí —corroboró Hoppy—. ¡El Ángel es un lioso! Porque ese tipo no sabe luchar.

—¿Cómo puede usted decir eso cuando acaba de matar a un hombre en el ring? —objetó Connie.

—Fue un accidente —Mullins ahuyentó sus temores con un impaciente gesto de su delgada y velluda mano—. Ese granuja de Spangler perderá su seguridad cuando le demos una buena paliza al Ángel, ¿eh, campeón? ¡Le harás papilla a ese buey que me robó!

Su magra cara tenía una expresión maligna, como si estuviera crispada por una interna visión de venganza.

—Whitey —dijo Connie—, ¿qué hizo usted con esa pistola?

La extasiada mirada de Whitey descendió a la tierra y se volvió en su dirección.

—¿Pistola? —preguntó sin comprender, y siguió su mirada hacia la mesa—. Oh, *esa*.

Miró apresuradamente a Steve, a Simón y a Hoppy, y luego volvió a mirar a Connie de nuevo.

—Sí, esa —dijo ella—. Yo le dije que se desembarazara de ella.

—Y lo hice —aseguró Whitey—. ¿Cómo ha venido a parar aquí?

—Un tipo se coló anoche en el piso de *El Santo*. Él se dejó la artillería.

—¿Sí? ¿Quién era?

—Eso —contestó *El Santo* amigablemente— es lo que me gustaría saber. Si usted no se desembarazó de esta pistola, ¿qué es lo que hizo con ella?

Mullins chasqueó los dedos.

—¡Oh, Cristo! ¡Casi lo había olvidado! —Se metió la mano en un bolsillo de la americana, extrajo una cartera y escogió un billete de diez y otro de cinco. Ofreció los dos billetes a Connie—. Tenga. Es *su pasta*.

—¿Mía? —La muchacha no tocó el dinero—. ¿Por qué?

—Es la *pasta* que conseguí por ella en la casa de empeños —explicó—. Diez *pavos* por la artillería... y cinco por la papeleta que canjeé por fichas en una sesión de póquer la otra noche.

Ella sacudió la cabeza apresuradamente.

—No. Quédeselos usted. Por las molestias.

Whitey no vaciló en volver a meter los billetes en la cartera.

—Muy bien, si usted lo dice así.

—¿A quién vendió usted la papeleta? —preguntó Simón casualmente.

—A Mushky Thompson —contestó Whitey—. Pero se esfumó de sus manos como una dosis de sal. Muy pronto estuvo yendo de uno a otro como si fuera dinero contante.

—Sí, pero ¿quién se la quedó al final? —preguntó Nelson.

—Yo me fui a las tres de la mañana. No puedo decir quién se quedó con ella. —Whitey miró su reloj de pulsera—. Es hora de que vayamos al gimnasio, Steve.

—¿Estuvo jugando Karl? —insistió Simón.

Whitey parpadeó.

No lo creo.

—Es una pistola cara, Whitey —prosiguió Simón, suavemente—. ¿Diez dólares fue todo lo que pudo conseguir por ella?

Mullins extendió las manos expresivamente.

—No he seguido el mercado últimamente —confesó Simón—. ¿Dónde la empeñó?

El entrenador se quitó el sombrero hongo y pensativamente se rascó la cabeza al mismo tiempo.

—En la Sexta Avenida, creo recordar —dijo finalmente, volviendo a poner el sombrero en su acostumbrada percha—. Cerca de la Cuarenta y

Cuatro. La «Polar Bear Trading».

El Santo cogió de nuevo la pistola.

—Gracias. Es posible que necesite esto por algún tiempo más... si a nadie le importa —la deslizó en su bolsillo y miró fijamente a Nelson. Añadió inconsecuentemente—: No debiera boxear hasta que esa mano se le cure, Steve.

Los ojos de Whitey se posaron sobre la mano que Steve Nelson había estado manteniendo todo el tiempo con la palma hacia arriba para ocultar la descamada cicatriz a lo largo de su dorso. Juró suavemente al examinarla.

—Es un simple rasguño —se burló Nelson—. Me cuidaré de ella antes de irnos.

—La próxima vez que nuestro amigo Karl le visite —le avisó Simón— no le dé la oportunidad de que le toque. Las joyas que lleva en los dedos son más peligrosas que una cachiporra.

—¡Karl! —exclamó Whitey con incredulidad—. ¿Ha estado aquí?

—Ha venido a hacerme una pequeña proposición —contestó Nelson—. Que me quede la bolsa si les dejo ganar el combate.

—¡El piojoso! —estalló Mullins—. El maldito piojoso. Debiera haber sabido que Spangler intentaría una cosa tan sucia como esa. Él sabe que ese buey suyo no tiene ninguna probabilidad.

Simón aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Yo me sentiría más seguro de ello si pudiera vigilar su entrenamiento, Steve —dijo—. En efecto, me gustaría entrenarme con usted mismo.

—Cuando quiera —dijo Nelson.

—Mañana por la mañana —contestó *El Santo*—. Vamos, Hoppy. Es preciso que le sigamos el rastro al fantasma errante.

CAPÍTULO IX

La única relación que la «Polar Bear Trading»^[4] posiblemente podía tener con el animal cuyo nombre llevaba, pensó Simón cuando penetró en su interior, era la ártica mirada de su propietario. Este personaje, sin embargo, distaba mucho de ser el convencional judío barbudo y con chaqueta que en otros tiempos fue prácticamente una fotografía en la mente del público. Era, en efecto, un joven pálido y muy bien rasurado, de cabellos negros y rizados, elegantemente ataviado con una americana de *sport* y pantalones de franela rayada, que examinó a *El Santo* cuando entró con ojos dotados de la dureza

del ébano. Apenas levantó una ceja de reconocimiento al observar a Hoppy pisándole los talones a Simón.

—Eh, Ruby —dijo Hoppy—. Tengo la idea de que recuerdo este lugar de tiempo atrás. Hacía tiempo que no nos veíamos, ¿eh?

Para los ojos azules de *El Santo*. Ruby se deslizó en un nicho familiar como una moneda en la rendija. De la misma manera que un habitante de la jungla distingue con una mirada supo que en la jungla de piedra de la ciudad este espécimen era al buitre del águila, y al rumiante del carnívoro, así *El Santo* un animal que se alimentaba de carroña... con un toque de reptil, quizá. Y el hecho de que Mr. Uniatz conociera el lugar de tiempo atrás era suficiente para confirmar el descrédito de su propietario.

Ruby echó el cuerpo hacia atrás instintivamente cuando el revólver de Mike Grady apareció en la mano de *El Santo*, con su boca apuntando al diafragma del prestamista, antes de que Simón lo dejara sobre el mostrador.

—Esta pistola fue empeñada aquí hace unos pocos días. ¿Recuerda?

El prestamista la examinó durante un momento. Sus cejas delicadamente curvadas se elevaron ligeramente, a la par que sus hombros insinuaban un mero encogimiento.

—Veo muchas pistolas —dijo con voz sin inflexión— cada día.

Miró a Simón con ojos que tenían la cualidad de la ceguera.

—Whitey Mullins la empeñó —amplió Hoppy—. Tú conoces a Whitey.

—Sin embargo, él no vino a desempeñarla —continuó Simón—. Lo hizo alguien... hace unos pocos días. Deseo saber quién.

—¿Quién es usted? —preguntó Ruby con acento monótono.

Hoppy le aferró por el hombro con una garra trituradora, y con su otra mano extendió un dedo calloso directamente bajo la nariz de Simón.

—Éste —explicó inequívocamente— es *El Santo*. Cuando el jefe te haga una pregunta, tú no debes hacerle a él otra.

Ruby se sacudió la garra de Hoppy y se quitó una imaginaria contaminación en el lugar donde había estado. Volvió a mirar a *El Santo*.

—¿Y qué? —dijo.

—Esta pistola —continuó *El Santo* en tono conciliador—, fue desempeñada. ¿Quién trajo la papeleta? Le prometo que usted no tendrá ninguna molestia.

El prestamista examinó pensativamente la pistola.

—Muy bien, usted me da su palabra. ¿Podrá mi esposa ingresar dinero en el Banco si a mí me quitan de en medio por haber hablado demasiado?

—No —concedió Simón—. Pero si me da la información que deseo, sus probabilidades de alcanzar una edad madura serán mucho mayores créame.

Los ojos del prestamista se deslizaron sobre él opacamente.

Empezó a ser evidente para Mr. Uniatz que su viejo compañero se mostrara muy lento en cooperar. Su reacción ante este hecho fue un sombrío fruncimiento de desaprobación. Su rostro mostró una expresión de advertencia tan sutil como el primer humo de un volcán en actividad. Ruby se dio cuenta de ello en una ojeada, y cualesquiera que fuesen sus pensamientos detrás de la cortina de su rostro, llegaron a una inmediata conclusión.

—¿Por qué me pregunta a mí? —se quejó—. No le pregunté el nombre. No tenía ningún interés. Es un tipo alto y flaco con cara de caballo. Una vez me compró una serie de cuchillos de lanzar. Eso es todo lo que sé.

La imaginación de *El Santo* bogó a través de un corredor de recuerdos que la descripción de Ruby había iluminado débilmente. Una imagen nebulosa se formó en su mente, y trató de darle perfiles reconocibles; pero por el momento la forma le eludía.

—Le doy diez *pavos* por la artillería —ofreció Ruby desinteresadamente.

Simón recogió el revólver y se lo metió en el bolsillo.

—Me temo que no es mío —contestó, y un sardónico resplandor brilló por un instante en los ojos del prestamista.

—No me diga.

—En realidad pertenece a George Murphy, cuyas iniciales son M. G., léidas hacia atrás —informó Simón con solemnidad, y abandonó la tienda con Hoppy pisándole los talones.

Fue quizá el modo en que el negro sedán se apartó de la acera al final de la manzana lo que oprimió un botón de alarma en los reflejos de *El Santo*. Se introdujo en la corriente de tráfico con tal rapidez que obligó a los conductores que le seguían a desviarse con un chirrido de frenos. Durante un vívido instante, tan fugaz como la iluminación del relámpago, Simón vio al conductor, solo en el asiento delantero, inclinado sobre el volante, con el ala del sombrero echada sobre los ojos y el rostro oculto por la sombra. Una ojeada le bastó para advertir los destellos de una joya apenas visible. Tuvo la impresión de que otros dos hombres estaban agazapados en la oscuridad más profunda del asiento trasero, sus rostros ocultos por pañuelos, y el ángulo de sus brazos alzados apuntando hacia él... Todo esto vio *El Santo*, lo absorbió, lo analizó y actuó sobre ello en el microscópico fragmento de un instante antes de empujar a Hoppy y de que ambos cayeran juntos en la acera en el

instante en que el sedán se acercaba enviando una lluvia de balas que silbaron sobre ellos y atravesaron la ventana de la casa de empeños.

Hoppy Uniatz, echado sobre su estómago, sacó la pistola y disparó un solo tiro, justamente cuando el coche de los pistoleros pasó ante un camión sin preocuparse de la luz roja del tráfico.

—¡Guarda eso! —ordenó Simón—. Es más probable que hieras a cualquier persona inocente.

Se pusieron de pie y se quitaron el polvo.

—¿Está bien, jefe? —preguntó Hoppy ansiosamente.

—Sólo un poco frío por la corriente de las balas al pasar junto a mí.

Hoppy miró la calle y la esquina por donde sus asaltantes se habían desvanecido.

—Los malditos bastardos —gruñó—. ¿Quiénes eran, jefe?

El Santo no podía dar ninguna respuesta; pero si la hubiera tenido habría sido interrumpido por el aullido de un joven de cabello rizado que miraba pálidamente desde el interior de la casa de empeños.

—¡Váyanse de aquí! —gritó, con vibración chillona en la voz—. ¡Háganse matar en otra parte!

Hoppy se volvió a él ciegamente, como un búfalo preparándose a acometer, pero Simón le agarró por el brazo y le hizo girar en redondo.

—¡Detente, estúpido! —estalló—. ¡No dispaes contra él!

Se dirigió a la puerta, sacando el cuchillo que llevaba sujeto a su antebrazo.

Desde dentro de la casa de empeños la voz de Ruby, estridente a causa del miedo, aulló:

—¡Si entra aquí, le juro por Dios que le achicharraré!

Simón le vio agazapado detrás del mostrador, con los ojos muy abiertos sobre el punto de mira de una pistola. Alargó una rodilla como una barrera contra la impulsiva aceptación de Hoppy al reto, y empezó a trabajar apresuradamente.

Se dio cuenta de que algunos rostros asustados habían empezado a atisbar desde las ventanas, y que algunas personas se asomaban a las puertas y miraban cautamente a su alrededor. La gente venía desde todas las direcciones, atraída por los disparos y por la excitación.

En breves segundos logró extraer una de las balas incrustadas en el marco de la puerta. Se la guardó en el bolsillo, y se apartó de la tienda.

—Vámonos de aquí —dijo, cogiendo a Hoppy por el brazo—. Sigo creyendo que sería un error ser arrestado en la Sexta Avenida, aunque hayan

intentado cambiarle el nombre por el de «Avenida de las Américas».

CAPÍTULO X

—¿**Q**uién lo ha hecho? —preguntó Hoppy una vez más, con su rostro pitecántropo arrugado con las huellas de la rabia—. Han conseguido que me ensucie el traje nuevo.

El Santo sonrió burlonamente cuando hizo que el convertible doblara una esquina.

—No te preocupes, Hoppy —dijo—. Así cambiarás de modelo. Por lo demás, todo lo que he visto ha sido dos caballeros con el rostro cubierto por pañuelos en un sedán negro sin matrícula detrás.

Hoppy frunció el ceño.

—También yo le he visto —gruñó—. Lo que quiero saber es quiénes son.

—¿Te has dado cuenta de la mano del tipo que conducía el coche? Destellaba al sol.

Mr. Uniatz parpadeó.

—¿Eh?

—Quiero decir que llevaba muchas joyas.

—¿Joyas?

—Anillos... enormes anillos llamativos.

Durante un largo momento Hoppy se esforzó penosamente en determinar la relación de la ornamentación del conductor con su identidad.

—No sé quién demonios puede ser —concluyó desalentado.

El coche se lanzó por la Cincuenta Avenida y después hacia el Sur, moviéndose fácilmente entre el tráfico.

El Santo no tenía ninguna prisa. Deseaba darse tiempo para resumir la situación.

Hasta entonces se habían realizado dos intentos para matarle desde el asunto en el vestuario la noche anterior. Un apasionado secuaz podía haber hallado la insolencia de *El Santo* suficientemente provocativa como para inspirarle un urgente deseo de matarle, y ciertamente un puñetazo en el plexo solar era considerado en algunos círculos como un acto de guerra, y digno de un acto de represalia. Pero *El Santo* no podía concebir al doctor Spangler, incluso con esa especie de provocación, corriendo el riesgo de merecer una acusación de asesinato. Pues Spangler no era ni apasionado ni temerario. Era un individuo a quien la experiencia le había enseñado a correr los menos

riesgos posibles, concediéndose un margen de seguridad lo más amplio posible en cada una de sus empresas. Un intento de sobornar a Nelson estaba de acuerdo con su carácter, pero el único motivo que probablemente Spangler consideraba lo bastante fuerte para justificar un intento de asesinato era el miedo de que la interferencia de *El Santo* pudiera afectar las probabilidades del Ángel de lograr el título.

¿Tenía conciencia culpable y se había alarmado tan precipitadamente? ¿Temía, con tan escasa evidencia, que *El Santo* hubiera descubierto el secreto de las victorias del Ángel? ¿Había en este asunto algún secreto más siniestro que una trapacería y simple corrupción? Hasta ahora, sólo podía hacer conjeturas.

—Esto —dijo— nos obliga a hacer una visita más.

—¿A quién vamos a ver ahora, jefe? —preguntó Mr. Uniatz, tomándose las cosas filosóficamente.

—Eso depende de quien esté en casa.

Simón condujo el coche hacia Gramercy Park, y luego disminuyó la marcha cuando entró en una calle lateral flanqueada de casas tan conservadoramente pasadas de moda en su modo como las de Riverside Drive lo eran en el suyo, si bien las de aquí tenían una pulida elegancia que indicaba substancialmente altas rentas.

—¿Qué casa, jefe? —insistió Hoppy.

El Santo miraba los números de las casas a medida que pasaba ante ellas.

—La del doctor Spangler.

Los ojos de Hoppy se hicieron casi tan grandes como platos.

—¿Quiere decir que fue el doctor quien intentó entrar en casa?

—Lo más probable es que fuera uno de los malos muchachos que tiene a su alrededor —contestó *El Santo*—. Pero indudablemente él lo sabe. Las malas compañías, Hoppy, hace que un hombre se vea metido en líos. Naturalmente tú no sabías esto.

—No, jefe —dijo Mr. Uniatz seriamente.

El Santo se acercaba a una de las casas cuando vio el coche. Ahora llevaba la matrícula trasera, pero no había ninguna duda acerca del origen del agujero con su radiación de hendeduras que perforaba la ventana trasera. Simón se lo mostró a Hoppy cuando el convertible se detuvo a unas veinte yardas más allá de la manzana.

—Jefe —dijo Hoppy con admiración—, acerté en el centro. Debieron de sentir una buena brisa cuando la bala pasó junto a ellos.

—Espero que hayan sentido un frío tan malo como el que hemos sentido nosotros —repuso *El Santo*.

Volvieron a la casa, subieron los amplios escalones de piedra y tocaron el timbre. Al cabo de un rato la puerta se abrió unas pocas pulgadas. Simón se apoyó sobre ella y la abrió del todo. Al hacerlo obligó a retroceder a un hombre de rostro de caballo y brazos colgantes. Y cuando le vio, un resplandor de reconocimiento se encendió en la memoria de *El Santo*.

El reconocimiento del hombre alto fue bastante más lento, quizá porque sus facultades estaban ligeramente embotadas por la sorpresa de haber sentido la puerta lanzarse contra su pecho. Respiró bruscamente y se tambaleó hacia atrás, con los largos brazos colgando fláccidamente. Cuando recobró el equilibrio vio la monstruosa masa de Hoppy, y después la ligera y flexible figura de *El Santo* cerrando la puerta tras él y reclinándose sobre ella con la relajación de un gato, con la pistola empuñada casi negligentemente.

La descripción del joven prestamista se repitió en la memoria de *El Santo*. También recordó la oficina de Mike Grady y un alto y delgado individuo entre los holgazanes en la sala de espera. Era el mismo individuo. La odisea de la pistola estaba empezando a mostrar conexiones.

—¿Quién eres, compañero? —preguntó *El Santo*, moviéndose ligeramente hacia él.

—Yo lo conozco, jefe —dijo Hoppy—. Se llama Slim Mancini. Antes era ladrón de coches.

—Trabajo aquí —dijo el hombre con un acento nasal que tenía una notable inflexión equina. Su voz sonaba, pensó *El Santo*, justamente como el relincho de un caballo. Un caballo enfermo—. Soy el mayordomo —añadió Mancini.

Miró hacia la puerta que había al fondo del vestíbulo y abrió la boca una fracción de segundo antes de que *El Santo* se acercara a él y le pusiera una mano sobre ella.

—No nos anuncies, por favor —dijo, mientras con el otro brazo rodeaba el cuello de Mancini como una venda de acero flexible—. Esto es estrictamente informal. Comprendes, ¿verdad?

El hombre asintió y lanzó una gran bocanada de aire cuando *El Santo* mitigó la operación sobre la garganta.

—¡Slim Mancini, mayordomo! —exclamó ronca y despectivamente Hoppy—. Esto me da ganas de reír.

Gruñó súbitamente cuando Simón le dio un codazo de advertencia en el estómago.

Las voces sofocadas de la habitación del otro lado del vestíbulo se habían quedado calladas.

—Camina ante nosotros hasta la puerta —murmuró *El Santo* al cadavérico lacayo de Spangler—. Luego la abres y entras. No digas nada. Nosotros estaremos detrás de ti. Vamos.

Los ojos de Mancini se abrieron súbitamente al mirar sobre el hombro de *El Santo*, aparentemente como si estuviera viendo a alguien que se hallara detrás de él.

Simón se sintió más bien resentido por ello. Implicaba una falta de respeto a su experiencia. Sin embargo, fue lo bastante complaciente como para empezar a volverse y mirar en la dirección indicada. Fue sólo un movimiento sugerido, pues se volvió tan apresuradamente que la mano de Mancini estaba aún a varias pulgadas de su pistolera cuando un izquierdazo de *El Santo* explotó contra su reducida mandíbula.

Simón cogió el cuerpo antes de que cayera al suelo y lo dejó sigilosamente sobre la alfombra.

Mr. Uniatz le dio cuidadosamente una patada en el estómago como una seguridad adicional.

—¡Qué tipo más cerdo! —dijo—. Intentar una treta tan idiota como esa. ¿Quién se creará que somos?

—La próxima vez lo sabrá mejor —repuso *El Santo*—. Pero ahora supongo que tendremos que abrir la puerta nosotros mismos...

¡Blam!

El atronador estallido de una pistola de gran calibre hizo vibrar sus tímpanos y los hizo lanzarse al otro lado del vestíbulo.

El Santo permaneció tumbado allí, con la pistola lista, esperando. El disparo había procedido de la habitación de enfrente, donde habían oído voces; pero se dio cuenta de que la puerta estaba aún cerrada... Pasaron los segundos... Un débil lamento, sofocado por la puerta cerrada, hizo resaltar el silencio.

Simón le hizo a Hoppy una seña alzando la barbilla, y ambos se levantaron de nuevo y avanzaron silenciosamente. Con un gesto le indicó a Hoppy que se apartara cuando alcanzaron la puerta. Hizo girar el picaporte, abrió la puerta de una patada, y se quedó a un lado, fuera del alcance de un disparo.

Reinó el silencio durante un momento. Todo lo que pudo ver en la soleada porción visible de la habitación fue una gran chimenea y la esquina de una

mesa de despacho... Después desde dentro vino un reto en un acento que resultó inequívoco.

—¿Bien? —gritó el doctor Spangler impacientemente—. ¡Entre!

El Santo permaneció quieto un momento, mirando la parte visible del interior, estimando las probabilidades que tenía de recibir un balazo si se mostraba. En los dos segundos que permaneció considerando los pros y los contras, se dio cuenta de que una inesperada distracción había tenido lugar. La causa no la conocía. Pero esperó que eso hubiera cambiado las cosas. Era una esperanza bastante débil, pero decidió apoyarse en ella. Hizo una señal a Hoppy para que retrocediera y le cubriera lo mejor posible, y entró en la habitación.

El doctor Spangler estaba sentado detrás de la mesa, inclinado hacia adelante. En un ángulo de la amplia habitación se hallaba Karl, arrodillado junto al postrado cuerpo de un hombre cuya cabeza quedaba oculta por el rechoncho cuerpo del peludo secuaz de Spangler. Empuñaba una pistola con la que apuntaba a *El Santo* desde su cadera, como si hubiera sido interrumpido en la observación del hombre al que acababa de meterle un balazo.

Durante un segundo el cuadro resultó escalofriante, y después *El Santo* dio un rápido paso hacia un costado de forma que el cuerpo de Spangler quedara entre él y la boca de la pistola de Karl.

—Mejor será que su mandril deje la pistola sobre el suelo, doctor —sugirió, y su sonrisa tuvo una maligna expresión—. Usted podría resultar herido.

Spangler se volvió en su silla giratoria hacia Karl.

—¡Imbécil! —le regañó, con su acostumbrada complacencia temporalmente desconectada—. ¡Ya te he dicho que te guardaras esa pistola! Ya me has metido en bastantes líos por hoy. Ponla en el suelo como te ha dicho.

Karl dejó la pistola lentamente, gruñendo y mirando terriblemente a *El Santo*.

—Gracias —dijo éste—. Ahora levántate y apártate de ahí.

Karl se incorporó lentamente y se apartó a un lado cuando *El Santo* avanzó por el otro lado de la mesa y se detuvo.

Miró incrédulamente el rostro del hombre que yacía en el suelo. Uno de sus lados tenía sangre coagulada y su cabello había quedado enrojecido por ella, pero no impedía reconocerle. Era Whitey Mullins.

CAPÍTULO XI

La pesada respiración de Mr. Uniatz resonó en el oído de *El Santo*.

—¡Se han cargado a Whitey! —Se volvió súbitamente hacia Karl y Spangler, con la pistola levantada—. ¡Whitey era compañero mío! —gritó—. ¿Por qué...?

Simón le detuvo.

—No dispaes contra el doctor... aún. Whitey puede necesitarlo. —Los ojos de *El Santo* eran como frías cuentas azules—. Haga lo que sea, Spangler, y hágalo de prisa.

—No está muerto —jadeó el hombre desatentadamente—. Sólo tiene una rozadura. Se la ha merecido, por haber venido a mi casa a provocarme. Karl ha disparado contra él, pero no le ha causado gran daño. Puede comprobarlo usted mismo. La bala le ha rozado el cuero cabelludo y ha ido a incrustarse en esa pared..., ¿ve?

Apuntó con un rollizo dedo un agujero que había en la pared sobre la forma postrada de Mr. Mullins.

Whitey gimió y abrió los ojos.

—¡*Santo!* —murmuró febrilmente.

Simón se guardó en el bolsillo la automática y se inclinó sobre él.

—Tómeselo con tranquilidad, Whitey. Está bien —continuó sin volver la cabeza—: Doctor, le apuesto una caja de *Old Forrester* a que Karl no vive para disparar esa pistola que está intentando sacar del bolsillo.

—¿Eh? —gruñó Spangler.

La atención de Hoppy se concentró sobre el peligro inminente, y su pistola giró hacia el vientre del secuaz. Una de las peludas garras de Karl estaba ya medio introducida en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Deja eso! —ordenó ásperamente Mr. Uniatz.

—Las manos vacías, por favor —sonrió agradablemente Simón.

El corpulento pistolero sacó lentamente la mano del bolsillo y levantó ambos brazos sobre la cabeza.

Simón se acercó a él y le extrajo del bolsillo un Colt automático. Después procedió a registrar expertamente a Karl a lo largo de sus costados, bajo sus brazos, entre los muslos, y a lo largo de la espalda. Le dio unas palmaditas en las mangas y sacó otra pistola de entre los puños del pistolero. Parecía un juguete, pero en su cámara tenía una bala del calibre 22.

—Perdóname por haberte subestimado, camarada —dijo Simón—. Eres un arsenal andante, ¿verdad?

Del bolsillo superior de Karl arrancó lo que parecía ser una pluma estilográfica y la examinó brevemente. Se rió entre dientes, y empujó a Karl de forma que éste se tambaleó hacia atrás. Simultáneamente, Simón hizo explotar una cápsula de gas lacrimógeno que había al final de la «estilográfica». El estallido se produjo precisamente debajo de la nariz del gángster. Karl se cubrió la cara con ambas manos y, tambaleándose a través de la habitación, tropezó con una silla y se desplomó estrepitosamente en el suelo.

—¡Ese gas se extiende! —exclamó Spangler—. Vamos a...

—Tómeselo con tranquilidad —dijo *El Santo*—. Las ventanas están abiertas, y en una de estas píldoras no hay el gas suficiente para hacer mucho daño, a menos que le sea disparado directamente.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Spangler, con un destello de pánico en los ojos—. ¿Por qué ha venido aquí?

—Miró a Whitey cuando el entrenador se agarró al borde de la mesa y se puso de pie con la apresurada ayuda de Hoppy. Spangler le apuntó, con los ojos entrecerrados. —Ya comprendo... ¡Ahora está usted trabajando para él!

Simón encendió un cigarrillo.

—No se confunda, doctor. Hoppy y yo sólo representamos nuestros propios negocios. Somos propietarios de la compañía «Mortajas y Ataúdes». Lamento no haber podido atender a Karl anoche. Nos habría gustado darle algo muy conveniente, pero tenía tanta prisa...

Miró a Karl quien, a cuatro patas, se arrastraba ciegamente hacia la puerta.

Una expresión de gárgola transfiguró las facciones de Hoppy cuando observó el blanco que se le brindaba. Dio tres pasos a través de la habitación y, en una forma mucho mejor que la noche anterior, lanzó una tremenda patada que alcanzó plenamente al infortunado secuaz y lo elevó por entero del suelo, lanzándolo con los brazos extendidos a un rincón.

Spangler miró fascinado a su secuaz, y después a Hoppy. Su mirada se volvió inseguramente a *El Santo*. Se aclaró la garganta.

—No consigo comprender —empezó, con un intento de recobrar su habitual pomposidad— por qué usted...

—Estoy completamente seguro de que comprenderá —le interrumpió *El Santo* suavemente— que esté resentido por haber enviado anoche a ese tipo a mi apartamento para que me matara.

Spangler abrió y cerró la boca como una rana.

—¿Que yo le envié a su apartamento? —preguntó sorprendido.

—¡Usted lo envió! —gruñó Hoppy.

—Mi querido muchacho, yo no hice semejante cosa —el doctor Spangler sacó un pañuelo de su bolsillo superior y se enjugó su brillante frente. Miró con el ceño fruncido a Karl, que estaba agitándose de nuevo en el rincón—. Si corrió el riesgo de..., ¡ejem!, visitarle a usted anoche, debió hacerlo como un asunto de inspiración personal. Yo no tengo nada que ver con eso, créame.

—Aunque parezca extraño —dijo *El Santo* sorprendentemente—, le creo.

—¡Está mintiendo! —dijo Whitey fríamente—. Me habrían quitado de en medio si usted no hubiera venido tan a tiempo.

—Eso es enteramente incierto —replicó Spangler—. Mullins entró aquí a la fuerza. Se ha mostrado abusivo y amenazador, y cuando intentó atacarme, Karl le disparó un tiro para defenderme.

—Sin embargo —repuso *El Santo*—, una nueva representación ha tenido lugar hace menos de una hora cerca de la Sexta Avenida, con tres personajes y un sedán desempeñando el papel principal en otro intento de reunirnos a Hoppy y a mí con nuestros ilustres antecesores.

—Le aseguro, señor, que yo...

—Excúseme —le interrumpió *El Santo*—. Estoy deseando creer que Karl pudo llevar a cabo por su cuenta el intento de anoche a causa de las pequeñas patadas que le dimos en el vestuario, pero en el segundo intento han participado tres hombres. Estoy más que seguro de que el conductor era, Karl. Es posible que él lo haya hecho por estar interesado en ello; pero los otros dos, han debido tener otros alicientes, doctor. Alicientes probablemente adelantados por usted.

Spangler sacudió la cabeza con perplejidad.

—Está usted enteramente desencaminado, querido muchacho. Karl está en casa desde hace más de tres horas.

—Entonces debe de tener un hermano gemelo corriendo por ahí dispuesto a meterme un balazo... En cuanto a los otros dos, casi juraría que uno de ellos era su nuevo mayordomo, Slim Mancini, quien parecía haberse ido a dormir la última vez que lo he visto. El tercer hombre —añadió desapasionadamente— podía muy bien haber sido usted.

La expresión de ultrajada inocencia de Spangler podía haber dado crédito a un cardenal acusado de cometer bigamia.

—Pero es sencillamente absurdo. Yo todavía no he salido hoy de casa. En realidad, Karl, Slim y yo íbamos a ir al gimnasio para reunirnos con el Ángel, cuando usted ha llegado. —Extendió las manos—. Seguramente no habla usted en serio cuando dice que esperaba encontrar en mi casa a tres gangsters que han disparado contra usted desde un coche.

—No he dicho que tuviera esa idea —admitió Simón—. Se me ha ocurrido solamente cuando he visto su coche aparcado ante esta casa. Supongo que es su «Stanley Syeamer», doctor Livingstone.

—¿Qué? —Los ojos de Spangler se abrieron con aterrada perplejidad—. Mi querido muchacho, ¿está usted seguro de que no siente el calor? Mi coche está aparcado ahí todo el día...

—He sentido el calor —dijo *El Santo* gentilmente— del motor de su coche. Considerando que no se ha movido en todo el día, estaba terriblemente caliente.

—Estando bajo el sol...

—Ha podido quitarse bien el frío de encima. Pero no creo que el sol sea lo suficientemente caliente para hacer los agujeros que hay en la ventana trasera y en el parabrisas.

Spangler se reclinó en su silla, sacudiendo la cabeza desesperanzadamente.

—No sé qué está intentando probar —dijo seriamente—. Pero si se refiere a esos agujeros de bala, debo decirle que llevan ahí más de un mes. Uno de los muchachos se sintió un poco excitado una noche y...

—Déjelo estar —dijo *El Santo* amablemente—. Yo no he venido aquí a atormentarle poniendo a prueba su capacidad imaginativa. En cualquier momento que se necesite una buena historia, estoy seguro de que usted es muy capaz de urdir la perfectamente. Lo único que de momento deseo es hacerle una advertencia. La próxima vez que algo desagradable me ocurra a mí o a cualquiera de mis amigos, entre los cuales incluyo a Steve Nelson, automáticamente me dejaré caer por aquí y le romperé la crisma a usted y a cualquiera de sus esbirros que esté a su alrededor. Es posible que esto sea arbitrario por mi parte, doctor; pero un experto como usted será capaz de admitir mis fijaciones psicopáticas... Vámonos, Whitey.

Este dejó la mesa tambaleándose.

—Muy bien puedo valerme por mí mismo —dijo, y rechazó la ayuda ofrecida por Hoppy.

Siguió a Simón, escupiendo despectivamente en el suelo cuando pasó junto a la abatida figura de Karl, que seguía acurrucado en el rincón.

Cuando se dirigieron hacia el Norte por la Cincuenta Avenida, Mullins explicó las causas del apuro en el que *El Santo* le había hallado.

—Ya sé que parece estúpido venir solo a una guarida de ladrones —dijo—, pero he perdido los estribos al pensar que ese piojoso ha enviado a su esbirro a hacer esa proposición a mi muchacho.

—Deberías haber venido armado, compañero —dijo Mr. Uniatz.

—Y lo he hecho —contestó Whitey, dándose un golpecito en su cadera derecha—. Pero mi intención era discutir con Spangler, no matarlo. Pero el otro cerdo me ha disparado por detrás.

—¿Cuánto tiempo llevaba ahí? —preguntó Simón.

—Una media hora. ¡Escuche! —Whitey alzó la voz como si hubiera recordado algo—. Karl no podía ir con esos tipos que han disparado contra usted. Ha permanecido en la habitación la mayor parte del tiempo. —Sus pálidos ojos se iluminaron con un pensamiento—. ¿Sabe? Hay un par de tipos de la banda de Scarponi a los que Spangler contrata algunas veces para hacer algún trabajo. Uno de ellos se parece bastante a Karl.

El Santo se encogió de hombros.

—Aún así puede haberlo hecho él. Me figuro que Karl reunió apresuradamente a un par de compañeros cuando abandonó la casa de Steve, y nos siguió a Hoppy y a mí cuando salimos. No le concedería una coartada a menos que pudiera demostrármela con un cronómetro. Usted, desde luego, no estaba en forma para conocer la hora al minuto. —Miró a Whitey—. Será mejor que le llevemos a un doctor para que le eche una ojeada. ¿Cómo se siente?

—¡Oh, estoy bien, *Santo*! —contestó Whitey, quitándole importancia a la cosa—. La bala se ha llevado unos cuantos cabellos, eso es todo. Déjenme en el gimnasio de Kayo Jackson. Me lavaré allí.

Simón giró el volante a su izquierda y se dirigió hacia la Sexta Avenida.

—¿Qué ha querido decir cuando ha dicho que se entrenaría con el campeón? —preguntó Whitey al cabo de un momento.

El Santo sacó un cigarrillo de su bolsillo superior.

—Usted es el entrenador, Whitey.

Éste halló un fósforo en su bolsillo y lo encendió con la uña. Protegió la llama entre las manos mientras Simón encendía el cigarrillo.

—Kayo se alegrará mucho cuando se lo diga —aseguró Whitey—. Con usted y el campeón trabajando juntos, nos los meteremos en el bolsillo.

—¿Y las ganancias qué? —mencionó Hoppy—. ¿Qué es lo que sacará el jefe de todo esto?

—Ya me cuidaré yo de que *El Santo* saque algo, no te preocupes.

—Hoppy es mi agente —dijo Simón.

Estaba pensando más en la bala que llevaba en el bolsillo..., la bala que había extraído del marco de la puerta de la casa de empeños. Tenía que ponderar el hecho de que ni la pistola de Karl ni la de Slim Mancini eran del

mismo calibre..., y a pesar de lo que había dicho, realmente no podía imaginarse al doctor Spangler haciendo por sí mismo el trabajo. Esto parecía indicar que Whitey estaba en lo cierto al afirmar que Karl había estado en la casa durante el tiempo que *El Santo* creía haberlo visto ante el volante del coche de los pistoleros. Sin embargo, a Simón le parecía imposible conciliar su impresión indeleblemente fotográfica del hombre que conducía el coche con la posibilidad de que hubiera sido otra persona y no Karl... Si no había visto a Karl, entonces era que éste tenía un hermano gemelo.

CAPÍTULO XII

El sol naciente lanzaba una cascada de luz dorada a través de la ventana del dormitorio de *El Santo*, iluminándole los negros y ondulados cabellos. Éste se ataba los zapatos de suela de goma con los que cada mañana trotaba con Steve. Hoppy, con ojos soñolientos, estaba recostado contra el marco de la puerta, observándole infelizmente.

—Jefe —se lamentó roncamente—, me alegraré mucho cuando mañana por la noche haya acabado el combate. Estoy condenadamente cansado de tener que levantarme cada mañana temprano para trotar con Nelson. —Bostezó cavernosamente—. Esta vida atlética es una porquería.

—¿Qué vida atlética? —preguntó *El Santo* con suave ironía—. Lo único que haces tú es seguimos en el coche con Whitey.

Hoppy suspiró tristemente.

No tengo fuerzas, jefe. No duermo lo que un tipo necesita a mi edad.

—Bueno, debo decir que llevas la carga de tus años con gallardía y dignidad —le felicitó Simón. Se puso de pie y se dirigió a la puerta—. Vamos. Steve y Whitey estarán esperándonos.

Hoppy gruñó y le siguió como un elefante exhausto.

Encontraron a Nelson cerca de la calle Cincuenta, en la entrada de Central Park, solo.

—Whitey tiene otro de esos dolores de cabeza —explicó—. Creo que el disparo que le hizo Karl el mes pasado debió de fastidiarle el cerebro más de lo que él admite.

El Santo asintió, iniciando un trote lento junto a Nelson a lo largo de uno de los caminos del parque.

—Podría ser —admitió.

Mr. Uniatz volvió a subir al coche y esperó desconsoladamente durante muchos minutos para darles tiempo a tomarle una buena ventaja. Después puso en marcha el vehículo y los siguió lentamente.

Unos treinta minutos después, *El Santo* y Steve Nelson estaban trotando hacia el Este a lo largo del límite norte de Central Park, siguiendo el borde del camino. Las largas piernas de *El Santo* accionaban suavemente, a un ritmo incansable mientras aspiraba la fresca fragancia de los arbustos floridos que cubrían los grandes taludes. A esa hora temprana prácticamente no había tráfico a través de Central Park, y se llenaba los pulmones con un aire no contaminado por el humo de carbón monóxido y las emanaciones del aceite pesado... Durante las pasadas semanas el régimen de entrenamiento le había hecho adquirir una flexibilidad como el acero de Toledo y sus reflejos habían adquirido una ligereza extraordinaria. Cuando corría su sangre parecía hervir con la alegría de vivir. Aspiraba profundamente el perfume de la mañana, sonriendo en un cielo del mismo azul claro de sus ojos, todos sus nervios entonados, sintiendo renovarse su juventud indestructiblemente.

Miró hacia atrás una vez y vio el rostro de Hoppy detrás del volante. Se rió entre dientes suavemente. Nelson, que trotaba junto a él, preguntó:

—¿Por qué se ríe?

El Santo volvió la cabeza sobre su hombro.

—Hoppy... Se siente muy desdichado. No tiene con quién hablar. Y nada para beber.

Nelson volvió la cabeza y sonrió burlonamente.

Al frente y a la izquierda, a alguna distancia sobre el muro del parque, Simón podía ver la gran estación terminal de Lenox Avenue. Directamente frente a ellos, a través de los árboles, observó el resplandor del lago situado en el extremo norte del parque. El camino descendía bruscamente a la derecha en ese punto, paralelamente al lago durante una distancia antes de torcer hacia el Sur de nuevo.

El zumbido de un coche que se aproximaba se oyó de pronto y apagó el sonido del vehículo de *El Santo* que avanzaba por el borde del camino. El coche que acababa de aparecer aceleró la marcha al llegar junto a ellos, y desapareció más allá de una curva a cierta distancia al frente.

El Santo lo miró pensativamente. Sólo dos coches particulares habían pasado por su lado desde que habían comenzado a trotar..., y los dos habían sido esta misma *limousine* con las ventanillas encortinadas.

—Espero que no estará muy ocupado el día siguiente al combate —dijo Nelson, mirándole.

El Santo ponderó esta observación durante un momento.

—No puedo saberlo. ¿Por qué?

—Connie y yo hemos fijado esa fecha para nuestra boda. ¿Le importará ser nuestro padrino?

El Santo sonrió encantadoramente.

—Será un placer, Steve.

Nelson le dio unas palmaditas en la espalda mientras continuaban trotando.

—Gracias.

—¿Seguirán viviendo en el mismo apartamento de Riverside Drive?

—Sí. Volveremos a decorarlo. En realidad, han empezado a trabajar hoy. He tenido que hacerlo así para que el trabajo esté concluido cuando regresemos de nuestra luna de miel, pero el apartamento está ahora completamente revuelto.

—¿Por qué no se traslada al mío hasta pasado mañana? —sugirió Simón —. Disponemos de una cama que le dispensará una buena acogida.

—Es usted muy amable, *Santo*.

—No nos causará ninguna molestia. Además, será más fácil cuidar de usted.

Trotaron de un modo incansable, dejando otra milla tras de sí. La ciudad estaba empezando a cobrar vida. A lo lejos Simón podía ver las cúpulas de las entradas de la estación del Metro en la Lenox Avenue y los tempraneros trabajadores que se dirigían apresuradamente hacia ellas. Pero el parque continuaba aún completamente desierto. El lago era como una hoja de latón plateado sobre el que se mecían verdes barcas a lo largo de la próxima orilla junto a la casilla de botes... Cuando se aproximaron a la curva, el camino se estrechó y *El Santo* cruzó al otro lado para correr paralelo a Steve.

Había alcanzado justamente la curva cuando, de pronto, oyó el zumbido de un coche que se aproximaba por detrás de ellos. Miró sobre su hombro. La negra *limousine* que ya les había pasado dos veces se acercaba con creciente rapidez, dirigida rectamente hacia él. En un instante descubrió con cristalina claridad la alta y huesuda figura inclinada sobre el volante, con los ojos empañados por una expresión asesina, y comprendió que el conductor había estado acechándolos con la esperanza de sorprenderlo separado de Nelson.

Se arrojó al suave malecón que descendía desde la orilla del camino antes de haber oído el grito de advertencia de Nelson. La enorme *limousine* chirrió sobre dos ruedas cuando intentó salvar la curva, pero su velocidad era demasiado grande. Rodó de costado sobre el declive, arrancando por

completo la baranda de hierro que bordeaba el camino, chocando contra el pavimento de cemento con gran estrépito. Dio un salto de quince pies y cayó en el lago, con las ruedas justamente visibles sobre el agua y girando aún.

El Santo se puso de pie y corrió hacia la orilla del agua con Nelson siguiéndole a todo correr. Un chirrido de frenos cortó como un cuchillo la quietud de la mañana cuando Hoppy detuvo el coche y descendió apresuradamente para reunirse con ellos.

—¡Se ha lanzado contra usted deliberadamente! —exclamó Nelson.

—Ése es uno de los riesgos de mi profesión —contestó *El Santo*, y se lanzó al agua.

—¡Déjelo que se ahogue! —gritó Hoppy sin aliento cuando llegó a todo correr—. ¡El tipo ha intentado quitarle de en medio!

El Santo sólo necesitó una zambullida para conocer lo que deseaba saber. Nelson leyó la verdad en su rostro cuando subió a la superficie y se reunió con ellos en la orilla.

—¿Le conocía? —preguntó.

—El doctor Spangler necesitará un nuevo mayordomo —contestó *El Santo* lacónicamente.

Miró a lo largo del parque hacia la entrada de Lenox Avenue. Muchas personas, que habían aparecido como por arte de magia, se acercaban corriendo a la escena del «accidente».

—Será mejor que nos alejemos de aquí —dijo, saltó la valla de hierro y subió al malecón.

Hoppy y Nelson lo siguieron. Subieron al coche y emprendieron la marcha cuando la sirena de un coche de Policía sonó claramente en el aire de la mañana.

—Spangler de nuevo... —murmuró Nelson sombríamente, mirando con fijeza hacia delante.

Una corriente de blasfemias brotó de los labios de Hoppy.

—Debió de hundir un cuchillo en esa rata cuando estuvo debajo del agua con él —concluyó—. Esos estúpidos policías son capaces de sacarlo antes de que se ahogue.

—Tendrán que arrancarlo primero de la columna del volante —dijo Simón insensiblemente—. Se ha clavado en ella como una cucaracha en un alfiler.

—Pero ¿por qué ha intentado hacer eso? —preguntó Steve Nelson con perplejidad—. ¿Qué es lo que tienen contra *usted*?

—Puede que piensen que estoy trayéndole suerte a usted. Si me quitan de en medio, Spangler cree que el Ángel podrá cuidarse de usted.

Nelson no dijo nada durante un momento. Después sacudió la cabeza.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo—. No lo comprendo.

El Santo se encogió de hombros.

—Olvídelo. Spangler y su equipo son un puñado de psicópatas. —Desprendió una llave del llavero y se la entregó a Nelson—. Tenga, es la de mi apartamento. Yo usaré la de Hoppy.

Nelson la tomó con turbada gratitud.

—Gracias..., muchas gracias, *Santo*. Espero que podré recoger mis cachivaches en cualquier momento de esta tarde. Tengo que hacer algunas cosas antes de trasladarme.

—Yo también tengo que atender unas cuantas cosas —dijo *El Santo*—. Trasládese tan pronto como esté listo.

Dejaron a Steve en la calle Cincuenta y Nueve, al final del parque, donde tenía aparcado su coche. Puso una mano en el brazo de *El Santo*, inclinándose sobre la portezuela del descapotable.

—Dígame —preguntó preocupadamente—, ¿qué hay entre usted y Spangler? ¿Por qué le odia de ese modo?

Una burlona sonrisa iluminó el cínico rostro de *El Santo*.

—Supongo que porque somos alérgicos el uno para el otro —respondió—. Pero no se preocupe por eso.

Steve suspiró y sacudió la cabeza, perplejo. Se volvió y avanzó hacia su coche.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Hoppy cuando *El Santo* metió el coche en la marea de la Cincuenta Avenida.

—A casa de Mike Grady —contestó *El Santo* escuetamente.

CAPÍTULO XIII

Mr. Michael Grady se mostró incrédulo. Se inclinó hacia delante en su silla giratoria, con la boca abierta y las cejas levantadas.

—¡Dos intentos contra su vida! —replicó—. ¿Por Spangler?

El Santo, relajado en una de las desgastadas sillas de piel de Grady, le estudió a través de las nubes de humo que brotaban de su cigarrillo.

—No por Spangler en persona, quizás. Es demasiado listo..., y excesivamente grueso para eso. —Envió un anillo de humo sobre la pelirroja

cabeza de Mike como un halo de un azul pálido—. Simplemente paga a la gente para que intente matarme. Por supuesto —añadió pensativamente—, cuando digo dos intentos, no cuento el primero hecho por el hermano Karl. Diré que ése lo hizo por su cuenta y concederé al buen doctor el beneficio de cualquier duda que yo pueda tener sobre ese motivo particular... Los otros intentos no hay duda de que proceden del doctor Spangler. Son la muestra de un esfuerzo organizado. Hay cerebro detrás de ellos.

Un confuso fruncimiento arrugó la frente de Grady.

—¿Y por qué ha de precipitarse en juzgar mal al doctor Spangler? —inquirió—. Me ha hablado acerca de la irrupción que hizo usted en su casa y de lo que hizo con sus hombres, acusándole luego de las mismas cosas que acaba de contarme a mí.

—¿De veras? —Simón echó la ceniza en un cenicero que había a su lado—. El doctor está mostrando su candor por todos lados estos días.

—Hay hombres —dijo Grady sentenciosamente— que tienen la virtud de crearse enemigos sin razón aparente. —Apuntó a *El Santo* con un dedo regordete—. Y usted, Mr. Templar, es uno de esos hombres.

El Santo inclinó la cabeza graciosamente.

—Yo siempre me he sentido orgulloso de mis enemigos, Mike. Generalmente suelen ser de los que cada hombre debe crearse. —Su boca se curvó en una sonrisa—. ¿Le ha dicho también su amigo Spangler que Karl le metió un balazo a Whitey Mullins? Cuando llegamos allí lo encontramos desangrándose sobre la alfombra.

—¡Lo sé todo acerca de eso! Si Whitey o cualquier persona llega a la casa de un hombre lanzando amenazas y dispuesto a armar un zipizape, debe estar preparado a sufrir las consecuencias. —Los labios de Grady se plegaron despectivamente—. Y ése es el manager que Nelson se ha escogido, ¿eh? Los dos son de la misma calaña y no pueden reprocharse nada el uno al otro. —Se inclinó de nuevo hacia delante—. ¿Por qué, le pregunto a usted, por qué, en el nombre de Dios, tendría Spangler que quitarle a usted de en medio? ¿Por qué? Deme una razón que yo pueda aceptar.

El Santo sonrió con simpatía.

—Parece algo misterioso, ¿verdad? ¿Le he dicho ya que tiene miedo de que pueda mostrarle a Steve cómo dejar fuera de combate al Ángel?

Grady bufó impacientemente.

—¡Eso es una tontería! ¡No hay ningún hombre viviente que pueda dejar fuera de combate al Ángel! ¡Ni usted ni nadie pueden hacer un vencedor de un boxeador de mala muerte como Steve Nelson!

El Santo alzó las cejas cortésmente.

—¿Boxeador de mala muerte? Usted parece olvidar que es campeón. Si apuesta usted su camisa por el Ángel, espero que disponga de otra. Tendrá que esperar bastante tiempo para...

Se detuvo bruscamente cuando vio a Grady tenso, mirando más allá de él. Se volvió para mirar hacia atrás.

Connie Grady y Steve Nelson estaban de pie en el umbral de la puerta. Entraron, cogidos de la mano. Nelson cerró la puerta tras él, con una expresión de determinación en tu rostro juvenil.

El Santo se levantó perezosamente cuando los ojos de Grady erraron con colérica suspicacia de Nelson a su hija.

—¿Qué significa esto? —bramó el empresario, echando bruscamente su silla hacia atrás y levantándose acto seguido.

Connie abrió la boca para hablar, pero Nelson dio un paso hacia adelante antes de que ella pudiera decir una palabra.

—Será mejor que me pregunte a mí eso, Mr. Grady —dijo, y miró a *El Santo*—. Lo siento, no sabía que estuviera usted aquí. De haberlo sabido habríamos esperado.

—¡Perfectamente! —gruñó Grady—. ¡Entonces se lo preguntaré a usted! ¿Qué demonios significa irrumpir en mi oficina de ese modo? ¿Y cuántas veces tengo que decirle que se aparte de mi hija, maldito cochino?

—¡No te atrevas a hablarle de ese modo! —gritó Connie, con sus ojos verdes centelleando coléricamente—. ¡Me casaré con él después del combate, con o sin tu permiso!

Grady abrió la boca de par en par. Luego tragó saliva.

—Acabas de decir una condenada cosa —pronunció al fin.

—Quizá preferirán estar solos para resolver sus asuntos de familia —murmuró *El Santo*.

Hizo un movimiento hacia la puerta, pero Nelson lo cogió por el brazo.

—No, quédese aquí. Es usted mi padrino, ¿verdad?

Grady se volvió hacia *El Santo*.

—¿Su padrino, usted? —bramó—. ¡Pero esto es un complot!

—No en lo que a mí se refiere —dijo *El Santo* apresuradamente.

—Escuche, Mike. —Steve cogió a Grady por la solapa—. Puesto que va a ser mi suegro, usted también...

—¡Un cuerno quemado! —farfulló Grady—. Deje mi chaqueta, o le... le...

Se volvió salvajemente y aferró un trofeo de boxeo que había sobre su mesa. Steve se abalanzó sobre él rápidamente y le cogió por la muñeca, consiguiendo arrebatarse la pesada estatua de metal.

—Usted debe acostumbrarse también a la idea, Mike —observó *El Santo*—. Parece ser evidente que Steve ama a Connie y Connie a Steve. Se van a casar, y puesto que ambos son mayores de edad no veo cómo podrá usted impedirlo.

—¡Oh, papaíto! —rogó Connie, echándose a su cuello—. ¡Estás obrando como un niño enfurruñado! En realidad, no tienes nada contra Steve.

—¡Déjeme el brazo! —le gritó Grady a Nelson—. ¿O es que está usted intentando rompérmelo, sinvergüenza?

Nelson le soltó el brazo y retrocedió.

—He venido aquí a decírselo porque no quiero que usted pueda decir nunca que he hecho algo a sus espaldas, Mike —dijo débilmente.

Connie continuó abrazada a su padre, mirándole al rostro.

—Querido, tú sabes condenadamente bien que no tienes ninguna razón real para que no te guste Steve.

—Yo sé que todo se debe a que usted desea para Connie el mejor marido, Mike —dijo Nelson—. Ya sé que no soy millonario, pero...

—Tendremos bastante —le interrumpió Connie—. Aun cuando... —miró a Steve nerviosamente, la sombra de su miedo pasando sobre su rostro—, aun cuando no luche mañana por la noche.

—Estaré perfectamente en condiciones de cuidar de una esposa —sonrió Nelson—. Especialmente *después* de mañana por la noche.

Grady le miró durante un momento con ojos empañados. Después se desembarazó de Connie, cogió el sombrero, se lo colocó bruscamente en la cabeza, y se dirigió hacia la puerta.

—¡Papá, espera! —gritó ella.

La puerta se cerró con un portazo detrás de él.

—Felicitaciones —sonrió *El Santo* desde las profundidades de la silla en la que se había sentado, con una pierna colgada sobre el brazo tapizado—. Estoy seguro de que danzará en la boda.

—¡Oh, yo también lo espero! —dijo la muchacha. El rubor que el esfuerzo había puesto en sus suaves y encantadoras facciones estaba convirtiéndose en una palidez de infelicidad—. ¡Oh, Steve...!

—No se preocupe —dijo *El Santo*—. En realidad, le agrada Steve. Acaba de comprender que estaba equivocado con respecto a él, pero es demasiado testarudo para admitirlo.

Se puso de pie una vez más.

—Venga a comer con nosotros —le invitó Steve ávidamente—. ¿Quiere? Tenemos reservada una mesa en el «Brevoort». Iremos primero a su apartamento para que pueda dejar mis cosas, y después...

—Muchas gracias, hijos míos —le interrumpió *El Santo*—, pero desgraciadamente tengo ya otro compromiso. Algún otro día, quizá.

Levantó una mano en un cortés gesto de despedida, abrió la puerta y abandonó la oficina bruscamente antes de que la discusión pudiera continuar.

No quería ser rudo, pero había tenido la súbita intuición de adónde había ido Michael Grady, y no quería llegar mucho después que él.

CAPÍTULO XIV

Mike Grady estaba sentado en una esquina del sofá en el estudio del doctor Spangler, masticando pensativamente un cigarro sin encender. Spangler, con los codos sobre la mesa, mantenía los dedos entrelazados; en su acento de buen humor destacaba notablemente un tono de reproche.

—Mi querido Mike —argüía—, todo hombre afortunado en esta profesión es el blanco natural de viles rumores y de maliciosas charlatanerías. Estoy ofendido con usted, pues con toda su experiencia en estas cosas, no ha dudado en dar crédito a lo que acaba de mencionar.

—Yo no he dicho que lo crea —replicó Grady—. Sólo deseo saber exactamente su opinión sobre esto.

—Si Karl atacó a Templar, fue algo que partió enteramente de él, Mike, se lo aseguro. Después de todo, *El Santo* le dio motivo suficiente, ¿no le parece a usted?

—Desde luego —admitió Grady—. Es posible. ¿Pero qué me dice de lo que ha sucedido esta mañana? He comprado este periódico cuando venía hacia aquí. La noticia está en primera página... Mire... —Tomó el periódico que yacía en su regazo y lo colocó sobre la mesa de Spangler—. De acuerdo con lo que aquí dice, ha sido un accidente. Pero ¿es verdad? ¿Me ha dicho Templar la verdad? ¿Ha intentado Mancini atropellarle?

Spangler se encogió de hombros, extendiendo las manos desesperadamente.

—¿Cómo podría saberlo yo? Ciertamente, Slim tenía tantos motivos como Karl para intentar lo que podríamos llamar un acto retributivo. Es decir, si *no* ha sido un accidente, lo cual puede muy bien haber sido. —Suspiró—.

Después de todo, el masaje que ambos sufrieron por parte de Templar y ese gorila suyo fue lo suficientemente fuerte para que desearan tomarse el desquite unas..., ¡ejem!, angélicas criaturas como Karl y Slim, pobre individuo. En fin de cuentas, Mike, yo no soy niñera. No mantengo a mis empleados atados con una cadena.

—Sí, sí —concedió Mike inquietamente, quitándose el cigarro de la boca—. Pero eso no es todo. La gente habla. Acerca del último combate. La muerte de Torpedo Smith está siendo..., bien, muy comentada. Hay rumores...

—Rumores, rumores... —El doctor sacudió la cabeza tristemente—. ¿Y usted les presta oído? ¿Cuál supone usted que es su origen? Proceden del campo de Nelson, naturalmente. Están intentando desacreditarme y ensuciar al Ángel. Nelson sabe muy bien que no tiene ninguna probabilidad contra mi hombre, de forma que está preparándose una excusa por anticipado. ¿No lo ve usted? Usted sabe tan bien como yo que la razón real de los triunfos del Ángel radica en la técnica psíquico-hipnótica que uso en mis métodos de entrenamiento. Eso le da a un individuo un gran poder y una velocidad mucho mayor de la que cualquier hombre puede desarrollar normalmente.

—Es posible. —Grady se puso el cigarro entre los dientes y agitó un dedo en gesto de advertencia—. Pero debo decirle, doctor, que si Smith murió a causa de algo sospechoso...

El buen humor se desvaneció completamente del carnosos rostro de Spangler.

—¡Mi querido Mike! —protestó ofensivamente—. ¡Tenga la bondad de confiar en mi inteligencia al menos! —Extendió las manos ampliamente—. ¿Qué posible razón podía tener yo para desearle cualquier daño?

—Una buena razón, doctor —pronunció lentamente *El Santo*.

Ambos hombres se volvieron bruscamente hacia la puerta abierta.

Simón Templar estaba allí, sosteniendo la automática con engañosa negligencia.

—¡*El Santo!* —exclamó Spangler.

Un ardiente rubor se extendió por su rostro, y sus manos se deslizaron a su regazo por detrás de la mesa.

—Sí, caballeros —sonrió Simón Templar—. Sin embargo, tendrán que darse cuenta de que este pequeño juguete que empuño no es un arpa. Las manos sobre la mesa, por favor, doctor.

Spangler obedeció lentamente, con su habitual buen humor convertido en una parodia de sí mismo sobre su rostro.

Grady recobró la voz.

—¿Qué es esto? —preguntó coléricamente—. ¿Es que está siguiéndome a todas partes?

—Afortunadamente para usted —contestó *El Santo*—. He podido oír lo bastante de su conversación para librarme de unas cuantas dudas acerca de su honestidad. Lo cual coloca a su inteligencia en un lugar más dudoso que nunca.

Spangler gritó súbitamente.

—¡Karl! ¡Socorro!

Simón sacudió la cabeza tristemente.

—No se esfuerce la laringe, doctor. Eso no le hará ningún bien. Hemos encontrado en la puerta al sucesor de Mancini. Mi amigo Mr. Uniatz está vigilándole en el vestíbulo para que nadie perturbe su sueño. —*El Santo* miró afectuosamente los nudillos de su mano izquierda—. Si esto sucede muchas veces, me temo que el sindicato de mayordomos le pondrá a usted en la lista negra.

Grady se puso de pie, con expresión de cólera en los ojos.

—Escuche... —empezó.

Se oyó un súbito ruido de pasos en el vestíbulo, y la puerta de afuera se abrió en el mismo instante en que Hoppy lanzaba un furioso grito.

El Santo suspiró:

—Me parece que Karl se ha largado. Esperaba que estuviera dormido durante mucho más tiempo.

—¿Qué significa todo esto? —balbuceó Grady.

—Sí —dijo Spangler, todo su pretendido buen humor desplazado por el venenoso odio que brillaba detrás del resplandor de ónice de sus ojos—. ¿Qué es lo que quiere?

—Su firma —contestó *El Santo* tranquilamente. Se acercó a la mesa de Spangler, y sacó de su bolsillo dos cheques. Los puso ante Spangler—. Se dará cuenta de que ambos están extendidos por la misma cantidad. La cantidad, como podrá comprobar, es el total de las bolsas que su carnero enmascarado ha ganado a través de prácticas extremadamente ilegales.

Spangler le miró fieramente, y sus manos se deslizaron de la mesa.

—¡Está usted delirando como un loco! —estalló.

—Mantenga sus manos sobre la mesa, doctor —le recordó Simón amablemente—. Será mejor... Ambos cheques, como podrá ver, serán pagados a la Fundación Simón Templar para Alivio de Pugilistas Desvalidos.

—¿Qué? —gritó Spangler incrédulamente.

—¿Qué clase de lío es éste? —preguntó Grady.

La sombra de una sonrisa pasó por el rostro de *El Santo*. Se apartó a un lado y miró a la puerta cuando los pesados pasos de Hoppy resonaron a través de la puerta de afuera y en el vestíbulo y se detuvieron en el umbral de la puerta de la habitación.

Mr. Uniatz permaneció allí un momento, recuperando el aliento.

—Se ha ido —anunció con sombrío disgusto—. Cuando yo no estaba mirando.

—No te preocupes por eso —dijo Simón—. Pondremos un aviso en el periódico. —Se volvió a Spangler, que se había puesto de pie cuando la maciza figura de Mr. Uniatz llenó el umbral de la puerta—. Como usted ve, doctor, he firmado ya uno de esos cheques. Ahora firmará usted el otro.

Spangler se volvió bruscamente a Grady.

—Usted es testigo, Mike. ¡Esto es chantaje, extorsión!

—Ni mucho menos —le corrigió Simón—. Esto es simplemente una forma de formalizar nuestra apuesta, doctor. Estoy apostándole a que Barrelhouse Bilinski quedará fuera de combate mañana por la noche.

Durante un largo momento el doctor Spangler permaneció mirando con la boca abierta a *El Santo*. Y después una mueca burlona empezó a extenderse por su rostro.

—¿Y eso es lo que usted quiere que yo firme? —preguntó suavemente.

El Santo asintió amigablemente.

—Exactamente. Si no lo hace, me temo que nuestro amigo el inspector Fernack se dejará caer por aquí y le hará a usted algunas rudas preguntas...

Una profunda risa pareció ascender del rotundo vientre del doctor y estalló en una carcajada que sacudió su cuerpo.

—Mi querido Mr. Templar —dijo despectivamente, agitando una mano regordeta—. Retire esa pistola. —Se enjugó los ojos con su puño como rendido por alguna secreta broma, y volvió a sentarse ante la mesa, riéndose aún—. ¿Dónde está mi pluma? —La halló y la atrajo hacia sí, inclinándose sobre la mesa. Alzó la vista—. Supongo que Mike Grady será depositario de estos cheques, ¿verdad?

—Por mí no hay inconveniente.

—Esperen un momento —dijo Grady ceñudamente, atormentado por una vaga perplejidad—. Yo no quiero tomar parte...

—Claro que lo hará —insistió *El Santo* persuasivamente—. Le aseguro que esto es algo absolutamente honesto, Mike.

—Por lo menos —concedió Spangler amablemente—, yo sé que puedo confiar en *usted*. —Se inclinó y después de firmar su cheque, tendió ambos a Grady—. Por favor, Mike.

Grady los tomó aprensivo.

—Nada me agradaría más —dijo Spangler— que tener un cheque suyo rechazado, Mr. Templar. Me alegraría enviarlo a la cárcel por algo como eso. Ciertamente sería una buena noticia para los periódicos. —Se lamió los labios como si estuviera ya saboreando la ignominia de *El Santo*—. Famoso aventurero sentenciado a un año y un día en County Hoosegow.

—Eso no sería tan embarazoso —replicó *El Santo* imperturbablemente— como veinte años en Sing Sing por asesinato de segundo grado. No creo que usted realmente deseara matar a Torpedo Smith. Pero, sin embargo, murió por culpa suya.

Spangler abrió completamente la boca. Empezó a hablar.

—Escuchen —dijo Grady—. Esto no me gusta nada, *Santo*. No quiero verme mezclado en algo...

—Usted sólo tiene que ocuparse de conservar estas apuestas —le interrumpió *El Santo*—. Y ahora me llevará a su oficina. Vamos.

—Le advierto —dijo Spangler fríamente— que le haré ajustarse a los términos exactos de esta apuesta. Si luego intenta negarla, la Comisión de Apuestas...

—¡Cómase el bigote! —exclamó Mr. Uniatz delicadamente.

Puso una enorme y callosa mano sobre el ancho rostro de Spangler, y le empujó con la fuerza de una mula impaciente. El doctor Spangler cayó hacia atrás contra la silla y rodó estrepitosamente sobre el suelo, con silla y todo. Aún yacía cuando Simón y Hoppy condujeron a Grady firmemente fuera de la habitación y luego fuera de la casa.

—No puedo decirle cuán alegre estoy —dijo *El Santo* cuando se dirigían hacia el Norte por la Cincuenta Avenida— por saber que no tiene usted ningún lío con Spangler, Mike. Esto era lo que más me preocupaba de todo.

—Gracias —respondió Grady cáusticamente—. Yo también me siento aliviado —frunció el ceño—. Pero no crea que le acompaño por el arbitrario modo con que me lo ha ordenado con la punta de esa pistola.

—Perdóneme —se excusó *El Santo*—, pero no podía correr el riesgo de verme privado de su compañía para comer.

—Tengo muchas cosas que hacer, *Santo*. No tengo tiempo para ir a comer. Lléveme al «Arena» tan rápidamente como pueda.

—No perderá mucho tiempo —sonrió Simón—. Tengo una mesa en el Brevoort...

Grady frunció el ceño.

—Bien..., veré si puedo acompañarle.

Aparcaron frente al Arena y Simón acompañó a Grady a su oficina.

La muchacha del cuadro de distribución le dijo a Mike:

—Ha habido muchas llamadas de su hija y de Mr. Mullins...

—Muy bien —gruñó Mike, y recogió el montón de cartas y mensajes apilados sobre su mesa—. Me pregunto qué es lo que querrá Whitey Mullins —murmuró, manoseando los papeles—. De acuerdo con este montón de notas de llamada, ha telefoneado seis veces.

El teléfono sonó. Grady tomó el receptor.

—¿Quién...? Muy bien, póngame con él... ¡Hola, Whitey...! —Mike Grady súbitamente se puso rígido. Palideció visiblemente y durante unos pocos segundos escuchó en silencio. Luego dijo—: ¿En el apartamento de *El Santo*? ¿Qué ha ido a hacer allí...? Sí, por supuesto. Iremos tan pronto como nos sea posible.

Colgó y se volvió a *El Santo*.

—Steve Nelson ha recibido un balazo —dijo—. En el apartamento de usted.

Todo el cuerpo de *El Santo* pareció sufrir una descarga eléctrica.

—Karl... —dijo lenta y amargamente—. Sin duda estaba esperándome en mi apartamento...

Grady le miró estúpidamente.

—No... Por lo menos Whitey dice que la Policía no cree que hubiera alguien esperándole a usted en su apartamento. En vez de eso creen que estaba aguardándole en el tejado de la casa de apartamentos de la acera de enfrente. Hay un agujero de bala en la ventana de la habitación donde lo ha encontrado Connie.

—¿Connie? —repitió *El Santo*, sabiendo, no obstante, cómo debía haber sucedido.

—Ella estaba esperándole en el coche mientras él subía a su apartamento a dejar sus cosas. Iba a vivir con usted, ¿verdad?

Simón asintió.

—¿Dónde está?

—En Bellevue. Le han extraído la bala. Whitey dice que tiene bastantes probabilidades de salvarse. —El rostro de Grady se arrugó con una expresión

de pena—. ¡Pobre chico...! Es un buen muchacho, *Santo*. ¡He sido un verdadero estúpido, y debo confesarlo!

Miró a Simón como disculpándose.

—Escuche, Mike. —*El Santo* le agarró por el brazo—. Quienquiera que haya hecho eso ha debido pensar que era yo. Solamente ha podido ser uno de los hombres de Spangler. El que eso haya sucedido es culpa mía.

—¿Por qué Spangler había de querer quitarle a *usted* de en medio?

—Teme que descubra lo que se trae entre manos. Yo empecé el asunto golpeándole después del combate de Torpedo Smith. Ahora tengo que acabarlo. Escuche... Yo ocuparé el lugar de Steve mañana por la noche.

Los ojos de Grady se abrieron desmesuradamente.

—¿Qué?

—¡Ya me ha oído! ¡Tiene que ponerme a mí contra el Ángel! —Los dedos de acero de *El Santo* se apretaron sobre el brazo de Grady—. ¡Tiene que hacerlo, Mike!

—Pero...

Grady se interrumpió en seco y le miró durante un largo momento. Retrocedió unos pasos y lo examinó de arriba abajo críticamente. Finalmente, dijo:

—Bien, parece estar usted en buenas condiciones. Y creo que es bastante duro. He oído hablar de la forma que tiene usted de pegar...

—He estado entrenándome con Steve —dijo *El Santo*—. Estoy en tan buenas condiciones como pueda estar cualquier hombre, Mike. ¡Y puedo dejar fuera de combate a Bilinski, créame!

—¡Pero es ridículo! —explotó Grady—. Jamás ha habido tal combate...

Simón dijo apresuradamente:

—Anúncielo en el ring. Hable de mi apuesta con Spangler. Si quieren que se les devuelva el dinero, se les devolverá. Pero si quieren ver un combate..., aunque sólo sea *El Santo*...

—¡Sólo *El Santo*! —los ojos de Grady brillaron. Un luminoso resplandor se extendió por su redondo y pecoso rostro—. ¡Dios del Cielo! Es posible que no sea un combate de campeonato como se ha anunciado, pero con *usted*...

—Vamos, entonces. —*El Santo* le empujó hacia la puerta—. Tengo que hablar con Whitey.

CAPÍTULO XV

Los preliminares de la velada habían comenzado ya cuando *El Santo*, con Hoppy y Patricia Holm, pasaron a través de los granujas que estaban congregados ante la puerta de los «artistas» en el «Manhattan Arena».

Whitey se reunió con ellos en el umbral.

—Estaba empezando a sentirme preocupado —dijo ansiosamente—. ¿Qué le ha sucedido? La velada ha comenzado ya.

Avanzaron por el corredor que conducía a la sección de vestuarios. *El Santo* lo detuvo.

—Whitey, ¿quiere mostrarle a miss Holm su asiento? No creo que pueda hallar el camino desde esta parte del «Arena».

La tentadora curva de la roja boca de miss Holm hizo un pucherito.

—¿Quieres decir que debo pasar la próxima hora en refinada soledad?

—Bueno, desde luego no puedes pasarla en mi vestuario —dijo *El Santo*—. No es exactamente un *boudoir* de damas.

Whitey hizo un signo a Patricia, visiblemente admirado por su hermosura.

—Sígueme —dijo. Se volvió a Simón—. Comprobaré las vendas del Ángel cuando vuelva hacia aquí.

Desaparecieron en una vuelta del corredor desde donde los gritos del público llegaban como el sofocado bramido de una distante marejada.

El Santo entró con Hoppy en el vestuario, sintiendo los fantasmales dedos del peligro tocar una vez más su familiar cadencia a lo largo de su columna vertebral y a través de las raíces de su cabello... Sabía, porque el instinto se lo decía, que aquella noche iba a combatir por mayores móviles que la gloria o los dólares. Aquella noche llevaría a cabo algo más que un simple encuentro con unos guantes forrados. Aquella noche iba a combatir por su vida.

Un tipo moreno de dientes salidos con una sucia camisa estaba sentado en una silla cuando ellos entraron en el vestuario. Hoppy lo reconoció en seguida.

—Mushky... —gruñó—. Yo creía que estabas en el lado del Ángel.

—Y lo estoy, compañero, lo estoy —Mr. Mushky Thompson concedió afablemente—. He venido aquí para echar una ojeada cuando vendes las manos de *El Santo*.

—Eso es lo que yo admiro en este asunto —observó *El Santo* alegremente—: Todo el mundo confía en los demás.

Hoppy clavó en Mr. Thompson una terrible mirada.

—¡Largo de aquí, granuja! —ordenó.

—No puede ser —protestó Mushky—. Hay reglas. Yo...

—¡Oh, déjalo que se quede! —dijo *El Santo*—. Whitey también va a vigilar, al Ángel, ¿verdad? No es exactamente una proposición unilateral.

—Seguro —admitió Mr. Thompson con apresurada ansiedad—. No hay motivo para que te pongas furioso, Hoppy.

Éste gruñó y procedió a sacar las vendas de las manos, la cinta adhesiva, la embocadura de goma, el colodión, el amoníaco, y otros avíos del moderno gladiador.

—¿Trabajas con Karl, Mushky? —preguntó *El Santo* casualmente cuando empezó a quitarse sus ropas de calle.

Thompson sacudió la cabeza.

—No... Un caballo le ha dado una coz en la cara. He oído decir que le ha roto la mandíbula en dos partes.

Hoppy le miró durante un momento, y después estalló en una profunda carcajada.

—¡No me digas! —farfulló.

Simón se puso unos calzones de satín rojo y empezó a atarse ligeramente los zapatos de boxeo mientras Hoppy le ponía tiras de cinta adhesiva en los nudillos. Mushky Thompson permaneció en su silla con un cigarrillo pendiente del ángulo de su boca hasta que Hoppy hubo acabado de vendar las manos de *El Santo* con práctica precisión, reforzando los huesos sin impedirles la libertad. Después Mushky se puso de pie.

—Gracias —dijo Hoppy, y dio un paso hacia delante cuando comprendió la burla.

—¡Ven aquí! —ordenó *El Santo*—. ¡No armes líos *ahora*!

Hoppy entró en el vestuario, sin aliento por haber tenido que abrirse camino entre la gente.

—¡Qué gentío! —exclamó, con los ojos resplandecientes—. Grady está haciendo el anuncio.

Un enorme clamor se alzó como una enorme ola y estalló ruidosamente en sus oídos.

—Escuche —gritó Hoppy—, suena como si les hubiera agradado lo que les ha dicho, ¿eh? —Se inclinó sobre *El Santo*—. Jefe, ¿qué dijo Spangler cuando Grady le anunció que usted ocuparía el lugar de Steve?

El Santo bostezó.

—¡Oh!, primero protestó un poco, pero Mike le recordó que mi apuesta afirma que Bilinski quedará fuera de combate..., pero sin concretar con quién. Eso le hizo cambiar de idea... A propósito, ¿tiene Pat un buen asiento?

—Sí. —Hoppy se rió roncamente—. ¡Adivine quién se sienta junto a ella!

—Si no estás entrenándote para un programa de adivinanzas, será mejor que me lo digas.

—¡El inspector Fernack!

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Simón—. Creo que estaré más atento a eso que a mi propio combate.

Se oyó un ruido acompasado de pasos y Whitey Mullins entró en el vestuario. Su rostro estaba contorsionado por una expresión de alegría.

—Muy bien —dijo—. Adelante, *Santo*. Están esperándole. —Tomó el cubo del agua—. Coge la botella del agua y la esponja —le dijo a Hoppy, y se dirigió a la puerta.

El Santo posó sobre el suelo sus largas piernas y abandonó la mesa. Siguió a Whitey al corredor, con Hoppy pisándole los talones.

—Hermano, lo único que deseo es que le dé una buena lección esta noche a ese asqueroso granuja de Spangler —dijo Mullins con ácida amargura cuando ascendían en la rampa—. Me agrada ver cómo le da una gran paliza a ese estúpido buey que me robó.

Simón sintió en el público una excitación que era muy diferente de la acostumbrada tensión con que la gente esperaba un ordinario combate en las veladas semanales que ofrecía Grady. La gente sentía la eléctrica anticipación de lo inesperado y aguardaba con el aliento contenido, según pudo darse cuenta al ascender al batiente del ring e introducirse entre las cuerdas en medio de una estrepitosa aclamación. Hubo una ligera nota de histeria en ella, pensó al sentarse en el banquillo en su ángulo y mirar el océano de rostros que se extendía por todos lados.

El Ángel Enmascarado no había aparecido aún, pero *El Santo* ya se lo había figurado. Spangler intentaría todas las tretas que tenía en el saco, incluyendo la de extenuar los nervios de la oposición haciéndole esperar.

Se preguntó momentáneamente si Steve estaría en condiciones de poder escuchar el combate desde la cama...

Un bramido semejante al fuego de un bosque atronó en el coliseo con un agitado clamor cuando el Ángel Enmascarado apareció en lo alto de la rampa, precedido por el doctor Spangler y seguido por una cohorte de masajistas que llevaban los diversos accesorios necesarios para refrescarle y reanimarles. La increíble masa del Ángel ascendió sobre el batiente y pasó a través de las cuerdas; sus rollos de carne se estremecían como la jalea. Desenmascarado ahora, su cabeza ridículamente pequeña, en forma de mazorca, se inclinó de lado a lado agradeciendo los gritos de aclamación del público. Sus redondas

mejillas y su chata nariz producían más bien deseo de reír que el terrible horror que su negra máscara había producido.

Cuando *El Santo* lo observó con los ojos semicerrados, sintió una vez más los espectrales pasos de fantasmales ciempiés desfilando a lo largo de su espina dorsal. Sabía que su peligro real era aún indeterminado, y que el punto de ataque seguía siendo desconocido. Cómo vendría, y en qué forma o de qué modo, era algo de lo cual no estaba completamente seguro.

El gong sonó agudamente unas cuantas veces.

Simón se levantó, seguido por Whitey y Hoppy, y fue a colocarse frente al Ángel, quien se acercó al árbitro flanqueado por Spangler y Mushky Thompson. El Ángel destacaba sobre todos ellos, como un feo espécimen del así llamado *homo sapiens*.

El árbitro pronunció la familiar fórmula: «... apártense cuando yo lo ordene... No se golpeen cuando estén apartados... Protéjense todo el tiempo... Dense la mano, y a luchar...».

Se tocaron los guantes, y *El Santo* se dirigió negligentemente a su ángulo. Se frotó los pies un par de veces sobre la resina desparramada en el suelo mientras Hoppy tomaba el taburete y abandonaba el ring... El sonido del gong pareció irreal y lejano cuando, después de lo que pareció un tiempo extraordinariamente largo, sonó finalmente.

CAPÍTULO XVI

E*l Santo* se volvió y abandonó, sin prisas, su ángulo para ir a encontrarse con el Ángel, que se aproximaba lentamente. Bilinski miraba a través de los brazos alzados ante él; mantenía el cuerpo casi doblado, de forma que los codos le preservaran el vientre mientras los guantes le protegían la cara. Ninguna pulgada de su cuerpo, legalmente vulnerable, estaba sin protección. Avanzó firmemente, pulgada a pulgada, sin intentar ninguna treta, con el aspecto de un enorme tanque, mirando fijamente, cautamente —casi terriblemente, pensó Simón— a través de la barrera de sus enormes brazos.

El Santo se movió alrededor de él, con cada uno de sus músculos completamente relajados y coordinados. Ahora se había olvidado del público y estaba estudiando su problema con un despego casi académico, con el pulso en las muñecas perfectamente animado. Él no podía sentir el mismo asombro que Torpedo Smith, y en este aspecto todos los demás oponentes del Ángel, debieron sentir ante la aparente impotencia del Ángel hasta el momento en

que lanzaba el puñetazo fulminante. Se dijo a sí mismo: *Nada sucede en el primer round... Nada sucede nunca en el primer round...* El Ángel siempre dejaba fuera de combate a sus víctimas después del primer round.

Bilinski, aparentemente cansado de seguir a *El Santo* alrededor del ring, se detuvo en el centro y se quedó allí, limitándose a seguir las lánguidas circunvalaciones de *El Santo* alrededor de él.

El público empezó a sacudir el estadio con el ruido de sus pitadas, exigiendo acción. Una exigencia, pensó Simón, muy justa... Súbitamente lanzó un izquierdazo que chasqueó como un látigo contra los peludos brazos del Ángel, y acto seguido le lanzó un derechazo dirigido contra su macizo vientre. Pero el Ángel, instintivamente, cerró aún más los brazos de forma que el puñetazo de *El Santo* chocó contra su barrera de hueso.

Bilinski, visiblemente sorprendido por la acometividad del puñetazo, aun sin perder su guardia, echó los brazos alrededor de *El Santo* como los tentáculos de un pulpo, con la idea de que su terrible peso impidiera a su oponente volver a golpearle de nuevo; pero Simón, familiarizado con esa trepa, simplemente se relajó y esperó a que el árbitro viniera a separarlos.

El árbitro estaba aún batallando para apartar al Ángel cuando el gong anunció el final del primer round.

Cuando se dirigía a su ángulo, *El Santo* se dio cuenta de que el público no protestaba por la inacción del primer round. Había simplemente una más intensa corriente de anticipada excitación, como si todos ellos sintieran que iban a ser testigos de un fenómeno, aun cuando se retrasara algo.

Hoppy pretendió enjugar en la frente de *El Santo* un sudor que no existía.

—Este primer round ha sido muy lento, jefe —dijo animadoramente—. ¿Cómo se siente?

El Santo sonrió con frialdad.

—Muy bien. ¿Dónde está Whitey?

—Ha olvidado las toallas. —Hoppy puso la boca de la botella del agua en los labios de Simón—. ¿Quiere un trago?

El Santo se inclinó hacia atrás y apartó su rostro ligeramente cuando el agua salió de la botella y se deslizó sobre su cuello y su pecho.

—¡Oh, jefe! —Hoppy examinó el rostro de *El Santo*—. ¿Ha bebido algo?

—Toda la que necesito. Límpiame la cara.

Hoppy miró a su alrededor vagamente en busca de una toalla, cogió el albornoz de *El Santo* colgado sobre el borde del batiente del ring, y lo usó para secar el rostro y el cuerpo de Simón.

—Hoppy —dijo *El Santo* en voz baja, cuando su fiel discípulo empezó a abanicarle con el albornoz—. Escucha.

—Diga, jefe.

—Esto es importante —dijo Simón apresuradamente—. Pon el corcho en esa botella de agua... ¿comprendes? No dejes que nadie tire el agua que hay en ella. ¿Comprendes esto, Hoppy?

Míster Uniatz asintió aturdido.

—Sí, pero...

—¡No te apartes de esa botella! —dijo Simón urgentemente, obsesionado por el terrible problema de imprimir un curso de acción sobre los reflejos de Mr. Uniatz más allá de toda posibilidad de confusión—. No dejes que nadie te la quite. La necesitaré después del combate. Mézetela en el bolsillo, o pónetela debajo del brazo. Si alguien intenta vaciarla, lo coges por el cuello y no lo sueltas. ¿Está claro?

—Seguro, pero no lo comprendo, jefe. ¿Por qué...?

El gong sonó y *El Santo* avanzó hacia el centro... Confiaba en que su sospecha estuviera en lo cierto, en que realmente hubiera penetrado en el secreto de la técnica psico-hipnótica del doctor Spangler. Si estaba equivocado, podía producirse una catastrófica sorpresa. Estaba contestando a un gambito de cuyo desenlace final no estaba seguro.

Ahora *El Santo* se descubrió. Se lanzó con la velocidad y ferocidad de un tigre; su flexible cuerpo se movía en fiera armonía de científica destrucción; lanzaba una lluvia de puñetazos como jabalinas, con el fin de penetrar el muro de brazos y guantes que defendía la cabeza del Ángel.

Bilinski empezó a ceder, agachándose cada vez más y más bajo la furiosa arremetida. Súbitamente *El Santo* cambió su modo de ataque, lanzando sus puños hacia arriba en una serie de *uppercuts*. Uno de ellos consiguió alcanzar al Ángel en la frente, echando su cabeza hacia atrás momentáneamente con el primer puñetazo, otro penetró a través de la guardia del Ángel y en su chata nariz apareció una mancha sangrienta.

Bilinski empezó a ceder rápidamente, con el primer destello de verdadero miedo en sus pequeños y embotados ojos. Pero todavía rehusó desquitarse. Continuó recibiendo los golpes de *El Santo* en los brazos, en los guantes, en los hombros, en los codos, cubriéndose instintivamente a cada uno que recibía, como diestro veterano que indiscutiblemente era. Y cuando sintió las cuerdas en la espalda, se apoyó contra ellas y se lanzó hacia adelante de nuevo, aprovechándose de su impulso para lanzar su enorme masa contra *El*

Santo y rodearle de nuevo con los brazos, girando de modo que la espalda de *El Santo* fue la que tocó las cuerdas. Inexorablemente le empujó contra ellas.

Pat se puso de pie, saltando arriba y abajo.

—¡Apártate de él, Simón! —gritó—. ¡Apártate de él!

—¡Vamos, siéntese! —le ordenó Fernack. Puso las manos en torno a su boca y gritó—: ¡Dale un buen golpe, Ángel! ¡Dale uno por mí! ¡Por Fernack!

Pat se volvió a él furiosamente.

—Sí —gritó— por el pobre Fernack —y dejó caer una mano sobre el sombrero hongo del detective, echándoselo sobre los ojos.

El Santo se hallaba, evidentemente, en un apuro. Estaba aún contra las cuerdas, como Torpedo Smith había estado, sacudiendo su cabeza como si intentara aclararla, cuando el Ángel, aproximándose más, comenzó a lanzarle deliberados puñetazos en el cuerpo. Carecían de un poder fulminante, pero sin embargo, estaban dotados del monstruoso peso que había tras ellos. El Ángel parecía estar intentando dejar a *El Santo* lo suficientemente aturdido para darle un puñetazo definitivo. Y parecía que iba a conseguirlo en un plazo de tiempo muy breve. *El Santo* empezaba ya a tambalearse y al parecer, se sostenía ciegamente.

Extrañas cosas le sucedieron al inspector John Fernack... cosas que, en abstracta teoría, las había rechazado como algo fantásticamente imposible. Enfrentado con la inminente caída de su viejo adversario, una cosa que en el fondo de su corazón hacía tiempo había cesado de creer posible, se halló a sí mismo inexplicablemente de pie, gritando:

—¿Qué pasa, *Santo*? ¿Va a dejar que este tipo haga eso con usted? ¡Apártese, Templar, apártese!

Pero *El Santo* parecía acabado. Dejó que el árbitro se interpusiera entre él y el Ángel, se tambaleó a lo largo de las cuerdas, aparentemente desvalido y maduro para recibir el golpe que lo dejara K. O.

El Santo sabía que éste era el último movimiento en su juego, la treta decisiva. Esperaba haber abierto la guardia del Ángel lo suficiente para darle un puñetazo en la mandíbula.

Probaría algo también. Pues él sabía que la experiencia de Bilinski estaba advertida contra tal treta... *a menos que tuviera un motivo para creer que el súbito terror de El Santo no era engañoso, sino real*. Pues el Ángel debía saber perfectamente bien que no había lanzado ningún puñetazo capaz de aturdir a su oponente hasta ese extremo. Sin embargo, empezó a descubrirse cada vez más, como si esperara que *El Santo* estuviera a punto de sufrir un colapso. *El Santo* dudaba que el Ángel supiera realmente que estaba

engañándole. Confiaba en Spangler y en corroborativas experiencias pasadas...

El Santo se hundió en las cuerdas, y nadie podía haber sospechado la sensación de triunfo que corrió a través de cada uno de sus nervios cuando el Ángel se lanzó al ataque ampliamente descubierto, proyectando un derechazo contra la mandíbula de *El Santo*.

Pero el puñetazo no alcanzó su destino.

En el mismo instante en que el Ángel lo lanzó, Simón Templar alzó la mano derecha y asestó un puñetazo como una coz en la barbilla del Ángel. Los pies de Barrelhouse Bilinski se apartaron del suelo unas buenas tres pulgadas, y cuando cayó de nuevo, con los ojos vidriosos y los brazos pendiendo flácidamente, rodó por la lona como una montañosa masa de gelatina.

Permaneció en el suelo agitándose ligeramente, y fue evidente, incluso para el más ciego de los espectadores completamente histérico, que continuaría allí hasta que alguien se lo llevara.

El Santo se dirigió a su ángulo neutral cuando el árbitro empezó la formalidad de contar sobre el dormido Ángel. No le fue posible ver ni a Hoppy ni a Whitey cuando se inclinó sobre las cuerdas, y durante un momento se sintió perplejo. Después, a través del ensordecedor griterío, creyó oír la ronca voz de Hoppy desde alguna parte de abajo. Cuando el árbitro acabó de contar y Mushky subió al ring para retirar la carroña del Ángel, Simón se deslizó a través de las cuerdas y miró a su alrededor ansiosamente.

—¡Hoppy! —llamó.

—¡Jefe, lo he cogido! ¡Lo he cogido!

—¿Dónde estás? —gritó Simón.

—¡Debajo del ring!

El gran órgano empezó a tocar *Hail the Conquering Hero Comes* cuando Simón miró debajo del batiente y, recostado contra las columnas, vio a Mr. Uniatz que sujetaba una serie de brazos y de piernas de un cuerpo sobre el que permanecía sentado.

—Sácalo —dijo *El Santo*.

Muchas docenas de espectadores se amontonaron alrededor, bullendo de excitación, mientras los fotógrafos, frustrados en su esfuerzo de retratarle en el ring, lo fotografiaban agachado debajo del batiente. Sus *flash* estallaron cuando Hoppy salió arrastrando a su presa.

—¡Hagan sitio, vamos, hagan sitio! ¡Hagan sitio! ¿Qué pasa aquí? —trompeteó el Inspector Fernack cuando consiguió abrirse paso a través de la

gente.

Hoppy, finalmente logró sacar a rastras a su cautivo agarrándolo por el alto cuello de su jersey.

—Ha intentado apuntarme con su artillería —dijo, y entregó la pistola a Simón. De un tirón hizo al hombre ponerse de pie, cuando Fernack consiguió romper la barrera final de humanidad—. ¡Arriba, tú!

Como *El Santo* esperaba, era Whitey Mullins.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó Fernack, y Simón le entregó la pistola.

—Tome esto, John Henry. Tengo una bala extraída del marco de la puerta de una casa de empeños y creo que fue disparada por ésta pistola. Y la bala extraída a Steve Nelson también ha sido disparada por la pistola de Whitey.

CAPÍTULO XVII

Simón y Patricia estaban en la habitación de Steve en el hospital a la mañana siguiente cuando el inspector Fernack llegó. Connie Grady también estaba allí, acompañada de un sometido y simpático Michael. Mr. Uniatz también estaba presente, acompañado de una botella de borbón.

—He oído decir que está usted bien, campeón —dijo Fernack—. ¿Cuándo va a preparar Grady un combate entre usted y *El Santo*?

—Por lo que oí por la radio —contestó Nelson—, creo que será una buena cosa que me retire.

Connie le estrechó la mano.

—Si desea contarme algo más acerca del asunto —dijo Fernack, con un tono de respeto como nunca había usado al hablar con *El Santo*— le escucharé con mucho gusto. Anoche detuvimos a Spangler, precisamente cuando estaba preparando el equipaje para hacer un viaje.

—Felicitaciones, John Henry —sonrió burlonamente Simón—. Nunca deje decir que el Departamento de Policía permite crecer la hierba bajo sus pies.

Fernack hizo una mueca.

—Lo que quiero saber —dijo— es cómo se figuró usted que Whitey estaba trabajando con Spangler.

—Bueno —empezó *El Santo* pensativamente—, fue el modo como Whitey demostraba su odio por Spangler lo primero que me hizo sospechar. Después, cuando llegamos a casa de Spangler y hallamos a Whitey

aparentemente herido por el balazo de Karl, me di cuenta de que la sangre sobre su cuero cabelludo había empezado ya a coagularse. No había podido ser herido por la bala que nosotros acabábamos de *oír* disparar. Habría tenido que pasar un poco más de tiempo para que la sangre hubiera empezado a coagularse. Me di cuenta entonces de que en realidad había sido herido por la bala que Hoppy había enviado a través de la ventanilla posterior del coche que él, Karl y Slim habían usado para tirotearnos en la casa de empeños. Probablemente, cuando se dieron cuenta de que yo estaba en la casa, Spangler le dijo a Karl que disparara contra la pared para hacer ver que el que había disparado contra Whitey había sido uno de los pistoleros, y prolongar su utilidad como *manager* de Steve.

—Si él era uno de los hombres de Spangler —ponderó Fernack—, debió ser el segundo de *todos* los oponentes del Ángel. Ya comprobaremos eso.

—Ya lo he hecho, hace un rato. Y Whitey fue el segundo de todos los oponentes del Ángel. Por esa razón el Ángel los dejaba fuera de combate en el segundo round. Estoy completamente seguro de que Whitey drogaba a todos los oponentes del Ángel. Debía ser fácil para él echar en el agua de sus botellas unos pocos de polvos de algo, y Spangler sabía qué prescribir que no pudiera ser descubierto en caso de accidente.

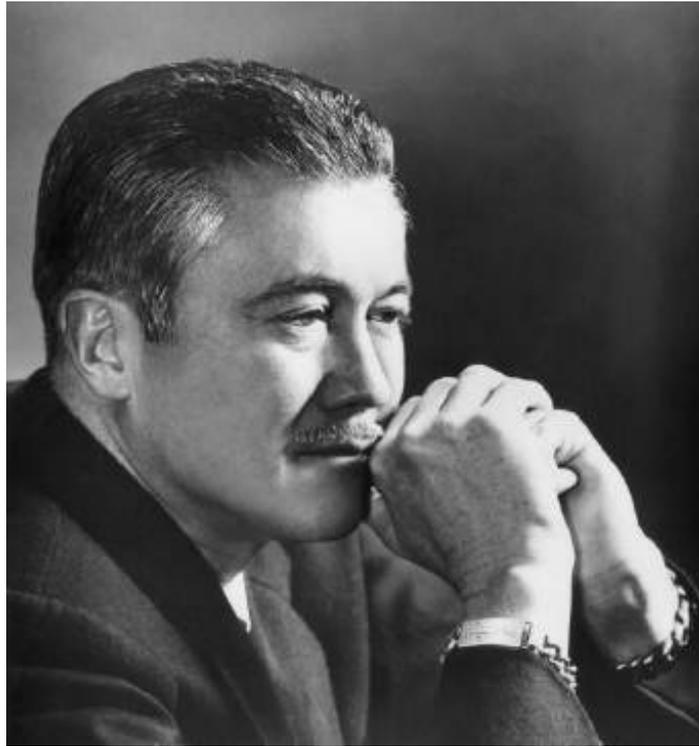
—Muy bien —admitió Fernack—. Pero si eran unos polvos que sólo aturdíán, ¿qué mató a Torpedo Emith?

—Ya lo vio usted mismo. El Ángel le golpeó duramente cuando estaba ya medio dormido, y créame, el hermano Bilinski puede realmente golpear firme cuando tiene ocasión de hacerlo. ¡Si lo sabré yo!

—Querido —dijo Patricia—, no estarás permanentemente herido, ¿verdad?

—Espero que no —contestó *El Santo*.

F I N



LESLIE CHARTERIS (1907-1993), nacido Leslie Charles Bowyer Yin, fue un autor británico principalmente de los géneros de misterio y ficción, así como guionista. Es conocido sobre todo por sus muchos libros en los que hacía crónica de las aventuras de Simón Templar, alias «El Santo».

La biografía personal de Charteris parece sacada de una de sus novelas o colecciones de cuentos cortos. Su padre era un médico chino de rancia ascendencia noble, descendiente directo de la dinastía de emperadores Chang, y su madre una bella mujer inglesa. Antes de aprender inglés, ya hablaba malayo y algunos dialectos chinos. Durante su larga vida, Charteris desempeñó los más variados oficios, como pescador de perlas, buscador de oro, plantador de caucho, minero, conductor de autobuses, policía, camarero, jugador profesional de cartas y en los años treinta, guionista en Hollywood. Sus novelas están traducidas a más de 15 lenguas.

Notas

[1] *Finger* significa dedos. (N. del T.) <<

[2] Cada uno a su gusto. (*N. del T.*) <<

[3] En inglés la palabra abeja suena *bi*, lo que tiene un sentido onomatopéyico, que en este caso es una sugerencia para Mr. Uniatz. (*N. del T.*) <<

[4] *Bear* significa oso. (N. del T.) <<